Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 30



AMÉRICA Y LOS AMERICANOS
EL IMPERIO MESIÁNICO



UrKultur



UrKultur

http://urkultur-imperium-europa.blogspot.com.es/

Escuela de Pensamiento Metapolítico

Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea

Director:

Sebastian J. Lorenz

sebastianjlorenz@gmail.com

Número 30

AMÉRICA Y LOS AMERICANOS

EL IMPERIO MESIÁNICO

Sumario

Yankees: el pueblo elegido para la modernidad

José Javier Esparza

No es raro que, en la historia de los pueblos, una nación se considere a sí misma privilegiada, elegida, sujeto de un destino manifiesto donde se alían la Providencia divina y el poder material. Pero una sola nación ha creído desde su origen en esa elección divinia: sólo una sociedad se ha creído, unánimemente y con buena conciencia, superior al resto de la humanidad; sólo un pueblo ha nacido exclusivamente para redimir a los hombres: esa sociedad es la de los Estados Unidos de América. Su suprema victoria: conseguir que, incluso los pueblos que su poder ha sometido, los consideren, realmente, un Pueblo Elegido.

Rasgos de un rostro omnipresente

"*América se constituyó para salir de la historia*", escribe Octavio Paz. Es esta perspectiva de ruptura la que permite comprender la esencia de los Estados Unidos. Thomas Molnar considera los Estados Unidos como un "post-Occidente". Para Raymond Abellio Norteamérica es "*El extremo occidente de Occidente, el lugar donde Occidente va a morir*". América significa una fuga, una huída hacia adelante (hacia el oeste) del espíritu aterrorizado de la modernidad occidental. Ya en 1929, Paul Morand escribía: "*Comenzamos hoy a percibir —y el psicoanálisis no ha sido ajeno a este descubrimiento— que si un continente entero es de tal modo víctima de la velocidad, es porque él mismo huye y porque busca, más que el dinero, la velocidad en sí, como medio de no pensar y evitar un cierto número de dolorosos problemas inconscientes y complejos ocultos. Delito de huída. A veces he tenido allá esa impresión, no de una civilización en marcha hacia el progreso, sino en huída ante sus espectros*".

¿Cuáles son esos espectros? ¿Cuándo nacen esos "dolorosos problemas" que enfrentan a los Estados Unidos con la tragedia de huir siempre? Esa huída es la de la modernidad. Y su origen, el momento mismo del nacimiento del mundo norteamericano; un nacimiento que lleva ya en sí el germen de un destino fugitivo.

El destino manifiesto de los Padres Peregrinos

John Adams, uno de los padres de la nación norteamericana, escribió que "*La revolución se efectuó antes de que comenzara. Estaba, en 1620, en la mente y en el corazón del pueblo*". En efecto, los norteamericanos asumen desde el día del desembarco del *Mayflower* los valores fundamentales que presidirán su desarrollo histórico. Hans-Jürgen Nigra y Robert de Herté sintetizan esos pilares teóricos en tres puntos centrales: "*Primero, que América, nueva Tierra Prometida, es la prefiguración de la cosmópolis, de la República universal futura, y que la misión de los americanos consiste en dar ejemplo, es decir, intentar exportar el modelo universal del Bien democrático; segundo, que todos los hombres son iguales, y que todos (eventualmente con la ayuda de Dios) pueden llegar a todo; por último, que toda autoridad es algo nefasto y odioso en sí y que las instituciones que deben recurrir a ella (gobierno, ejército, etc.) no son sino males necesarios, cuyas prerrogativas hay que limitar*".

Estos ideales se encarnan, por otra parte, en unas comunidades humanas predispuestas a la expansión y la conquista: los descontentos y los vencidos del turbulento siglo XVII británico. No sólo había puritanos en la América inicial; Virginia se pobló con Caballeros y Maryland con católicos. Pero pronto los puritanos y los cuáqueros tomarían la iniciativa. Exagerando todas las ideas calvinistas de la predestinación, la salvación por la fe y la inspiración integral de la Biblia, forman comunidades teocráticas regidas por un senado de ancianos y ministros del Señor, que obedecían las inspiraciones que escuchaban directamente de Dios. William Penn funda Filadelfia como "Ciudad del Amor Fraterno"; Brigham Young empeña su vida en instituir la "Ciudad de Dios" sobre el Gran Lago Salado. Como escribe Elise Marienstrass, "*Los peregrinos que abordan Plymouth y los puritanos que colonizan la bahía de Massachussetts tienen una meta precisa que porta en sí la agresión: creaar la Nueva Jerusalén*

en el corazón del desierto, y para ello, cazar al demonio bajo todos sus disfraces, incluído cuando se encarna en la persona de los indios.Cuando, entre 1633 y 1634, una terrible epidemia de viruela acabe con miles de indios "massachussets", los puritanos, nuevo pueblo elegido, darán gracias a Dios por enviar ese golpe contra sus enemigos".

George Washington afirma: "*Los Estados Unidos son una nueva Jerusalén, designada por la Providencia para ser el teatro donde el hombre debe alcanzar su verdadera falla, donde la ciencia, la libertad, la felicidad y la gloria deben extenderse en paz*". Thomas Jefferson dirá que "*Los Estados Unidos son una nación universal que persigue ideales universalmente válidos*". John Adams los definirá como "*una república pura y virtuosa cuyo destino es gobernar el globo e introducir la perfección del hombre*".

"Gobernar el globo"; "Universalmente válidos"; "extenderse en paz". El pacto entre los norteamericanos y su Dios pronto se materializa en lo político. Ya en este siglo, el historiador norteamericano George Brancoft afirma: "*La redacción de la Constitución de los Estados Unidos fue el hecho más jubiloso de la historia política de la humanidad*".

De Israel a la Utopía

Tamaño "hecho jubiloso" es la concreción de algo que había nacido en Europa: la transformación de la esperanza religiosa en utopía sociopolítica, es decir, la secularización. Octavio Paz ha explicado bien este proceso: "*Libertad e igualdad fueron valores subversivos; pero lo fueron porque antes habían sido valores religiosos. Libertad e igualdad eran dimensiones de la vida ultramundana; eran dones de Dios y aparecían misteriosamente como expresiones de la voluntad divina. Sin en la tragedia griega la libertad de los héroes es una dimensión del Destino, en la teología calvinista está ligada a la predestinación. Así, la revolución religiosa de la Reforma anticipó la revolución política de la democracia*". Pero si en Europa la secularización hubo de luchar contra una estructura social fuertemente teñida de catolicismo y de esencia política, en Nueva Inglaterra encontró el terreno despejado. Paradójicamente, por no existir allí lo político, la secularización que portaban los puritanos norteamericanos arraigó pronto en un terreno inexplorado: el de la utopía como realidad política y social posible. "*Los EEUU* —escribe Jean Baudrillard— *son la utopía realizada... Una utopía encarnada, una sociedad que, con un candor que se puede considerar insoportable, se instituye sobre la idea de que representa la realización de todo lo que los demás han soñado —justicia, abundancia, derecho, riqueza, libertad—; lo sabe, cree en ello y, finalmente, los demás también lo creen*".

Los EEUU se constituyen pues, en palabras de Francesco Alberoni, como nación utópica. Las comunidades utópicas (cuáqueros, memnonitas, shakers, etc.) que pueblan Nueva Inglaterra rompen con Europa y huyen de ella para crear, desde cero y con la ayuda de la Providencia, un terreno apto para la consecución de los planes divinos en la vida humana. Unos planes que son los de todas las utopías de la cultura occidental: la igualdad, la libertad, la muerte de la autoridad, el imperio de la moral...

Es curioso, pero esta "escena fundacional" de los EEUU reproduce, como ha explicado Geoffrey Gorer, la escena mitológica imaginada por Freud para describir el nacimiento de la civilización: "*Los hijos se unen para matar al padre-tirano; después, temiendo que uno de ellos ocupe el lugar del padre asesinado, hacen entre ellos un contrato que instituye legalmente su mutua igualdad, basada en la renuncia de cada uno a la autoridad y a los privilegios del padre*" (11). Europa sería ese padre tiránico; sus hijos, los colonos americanos; la Declaración de la Independencia y la Constitución, el contrato legal que garantiza la libertad y la igualdad (es interesante notar a ese respecto que la Declaración de Independencia de 1776 se formula como "ruptura contractual"); y el odioso privilegio al que se renuncia no sería otro que la autoridad, que es sustituida por el principio de la mutua coerción moral.

Muerte de la autoridad, imperio de la moral, regulación contractual de la vida social. Estos son los pilares de los EEUU, los fundamentos de la utopía moderna.

In God we trust

"In God we trust". "En Dios confiamos". Esta divisa, y sobre todo el hecho de que está impresa en los billetes de un dólar define

bien el espíritu norteamericano. Un espíritu que gira en torno a la afinidad entre puritanismo, democracia y capitalismo y que permitió a Stendhal definir a los EEUU como "*Ese país singular donde al hombre no le mueven más que tres ideas: el dinero, la libertad y Dios*".

El dólar. Ese trascendental papel que la propiedad tiene en el Orden Americano no es banal, sino que se deriva de los fundamentos mismos de la nación norteamericana. Toda la teoría política estadounidense se deriva de Locke, quien funda los derechos del hombre en el "derecho natural a la propiedad" *(Two Treaties on Civil Governmet, 1690)*; por la misma vía, toda soberanía política se considera perniciosa para la libertad humana. El resultado es que el baremo de la circulación de las élites se circunscribe a lo económico; como vió Keyserling, "*En América las gentes creen realmente que el rico es sólo por esta razón un hombre superior; en América, el hecho de tener dinero crea en realidad derechos morales*".

Esta radical preeminencia de lo económico sobre toda la vida política y social, reflejada en la enorme influencia de los *lobbies* financieros, es lo que ha permitido a Georges-Albert Astre y Pierre Lepinasse decir que los EEUU no son una nación, sino "*una inmensa sociedad anónima, cuyo consejo de Administración está constituído por una cincuentena de accionistas mayoritarios y cuyas deliberaciones son secretas, mientras que la misión del presidente es comunicar a la opinión pública las decisiones tomadas*".

La muerte de lo sagrado

La moral. El Dios de América, tan justamente analizado por Furio Colombo, es en realidad un juez moral, desacralizado, cuyos dogmas son una especie de idealismo y de buena conciencia inseparables de los derechos humanos y de la hegemonía estadounidense.

Según Cao Huy Thuan, "*Desde* John Quincy Adams a J. F. Kennedy, *el moralismo es un elemento importante de la política americana. A cada período de expansión de la influencia de los EEUU, corresponde una renovación del lirismo idealista. En ningún otro país el moralismo está tan fuertemente marcado como en los EEUU*". El 20 de enero de 1977, el presidente "Jimmy" Carter, en el discurso inaugural de su mandato en la Casa Blanca, afirmaba: "*Debemos cumplir nuestras obligaciones morales, que, cuando se las ha asumido, parecen coincidir siempre con nuestros intereses*". En una reunión con predicadores en 1984, el presidente Reagan declaraba: "*No creo que el Señor, que bendijo a este país como no lo ha hecho con ningún otro, quiera que nosotros tengamos que negociar algún día porque somos débiles" (EL PAÍS, 2-III-85).*

Este moralismo ha generado un modelo religioso que es típicamente norteamericano; ese modelo religioso tiene dos rostros, que generalmente se consideran opuestos, pero que en el fondo reenvían a la misma religiosidad desacralizada, individualista e hipermoralista de los "padres peregrinos". Uno de esos rostros es el de los "telepredicadores", esos apóstoles de lo que Isidro Palacios ha llamado "cristianismo electrónico", que han interrumpido con fuerza en nuestra década. Los telepredicadores adoptan un discurso maniqueo y nacionalista. Jerry Falwell, uno de los más conocidos, declaraba recientemente: "*Los Estados Unidos de América, nación bendecida por la omnipotencia de Dios como ninguna otra en la Tierra, están siendo atacados interna y externamente por un plan diabólico, que podría conducir a la aniquilación nacional. Esto entra en cruenta lucha con la voluntad de Dios, que confirió a los EEUU un estatuto que lo situaba por encima de las demás naciones, a modo de la antigua Israel...*". "*Resurgen pues* –señala Rafael Sánchez Ferlosio– *las viejas querencias veterotestamentarias del protestantismo no luterano, ni anglicano, y unidas al gusto por la imaginería del éxodo mosaico que sugirió a los pioneers de la coartada ideológica del "destino manifiesto", recrudece el concomitante delirio del narcisismo colectivo de ser un pueblo elevado de entre los otros pueblos por la señal de una elección divina*".

Sin embargo, el otro rostro, el "progresista", que alcanzó cierto poder en los últimos 60 y en la década de los 70, no difiere mucho del anterior ni en su inspiración ni en sus objetivos. Igualmente inspirado, como ha demostrado Arthur G. Gish, en los padres peregrinos, en los apocalipsis judíos y en los

valores del cristianismo primitivo, ejerció una considerable predicación sobre la "New Left" de aquella época, y trataba de retomar las ambiciones centrales de los anabaptistas del siglo XVI: "*Establecer sobre la tierra un reino de Dios fundado sobre la comunidad de bienes y de mujeres, y sobre la igualdad social*".

Esta concepción religiosa ha creado toda una teología, más amable cuando la presentan los progresistas, más agria cuando lo hacen los conservadores, pero que nace de ese utopismo secularizador (versión nacionalista o versión sociedad civil) común a todos; José Luis López Aranguren ha dibujado recientemente su trayectoria teórica desde los años sesenta. En 1965, Harvey Cox lanza su sociología de la secularización *(La ciudad secular)*; en 1966, William Hamilton y T.J.J. Alitzer hablan de "teología radical" o "teología de la muerte de Dios"; en 1967, Robert Bellah estudia "la religión civil" y Thomas Luckman habla de "religión invisible; en 1969, Harvey Cox (*The feast of fools)* propone la fe como juego, una teología de la esperanza próxima a Ernst Bloch, y la figura de Cristo como clown, como arlequín en línea con el Kolakowski de *El sacerdote y el bufón*. Ya en 1984, Mark C. Taylor rizaba el rizo con *Erring. A Post-modern A-theology* (Universidad of Chicago Press, Chicago, 1984), donde basándose en Derrida, ofrece una des-construcción de la Teología y una a-teología de la des-construcción, afirmando la entidad religiosa y del laberinto y proponiendo una "cristología radical en tanto que eterno retorno". Havery Cox, por su parte, volvía a la carga con *La religión en la ciudad secular,* donde considera al neofundamentalismo norteamericano (el rostro conservador) y a la teología de la liberación (hija del rostro progresista) como formas religiosas post-modernas.

Esta es la religiosidad norteamericana. Y esta es la religión que, poco a poco, se impone en los hábitos de los cristianos de la "americanosfera", ya sea en su versión ultraconservadora, o ya en su aspecto "liberacionista".

El fin de lo político

Y la libertad. La libertad americana se basa en los dos elementos anteriores: el derecho a la propiedad y el convencimiento moral de estar en el mejor orden de los posibles, sin autoridad soberana que oprima y con una relación personal y directa con Dios, con la Providencia. Una libertad distinta a la que en la tradición revolucionaria europea se había tenido por tal; una libertad en la que el ciudadano es reemplazado por el individuo, y la comunidad política por la "abstracción social". Una libertad que hizo exclamar a Bernard Shaw: "*Se dice de mí que soy un virtuoso de la ironía, pero una idea como la de erigir una estatua de la libertad en Nueva York no la habría tenido ni siquiera yo*". Sin embargo, es esa libertad lo que más a gala tienen los norteamericanos, y se consideran, con toda la buena fe y sinceridad, el modelo universal de los hombres.

En efecto, todas las teorías norteamericanas contemporáneas del Contrato Social (el llamado "neo-contractualismo norteamericano") hacen abstracción de las experiencias revolucionarias europeas y se ciñen a la Declaración de Independencia de los EEUU del 4 de julio de 1776: "*Los gobiernos derivan justos poderes del consentimiento de los gobernados*", partiendo de la consideración del individuo, no como sujeto político, sino como sujeto moral, lo que en la terminología norteamericana equivale a decir sujeto económico.

Así, para James Buchanan *(The limits of Liberty. Between Anarchy and Leviatan,* 1975), que parte de un individualismo radical, los individuos realizan un cálculo de costes y beneficios que conduce a un contrato que establece, primero, un Estado Protector (*Protective State)* que vigila el cumplimiento de los términos de ese contrato, y en segundo término, un Estado Productor *(Productive State)* cuya función es legislar para regular el comercio de bienes privados y públicos. Una tesis similar es la defendida por Robert Nozick *(Anarchy, State and Utopia,* 1974), para quien los individuos "egoístas y racionales", se asocian espontáneamente constituyendo primero "agencias protectoras" *(protective agencies)* para defender su natural derecho a hacer uso de sus bienes como mejor les plazca, e instaurando, posteriormente, un

legítimo Estado mínimo *(mínimal State)* que justificaría el capitalismo en nombre de la inviolabilidad moral de las personas. Esta identificación entre el individualismo, propiedad y moral, se da incluso en los teóricos más izquierdistas, como John Rawls *(A Theory of Justice,* 1971), que admite la ficción del razonamiento común de los individuos egoístas, pero, para hacerlos iguales, les atribuye un "velo de ignorancia" sobre sus respectivas funciones sociales, suavizando el feroz neoliberalismo por medio de una base igualitaria. Todas estas teorías son la manera americana de pensar la política: individualismo, propiedad, coerción moral. Lo político, en definitiva, deviene amenaza. Los EEUU son una sociedad sin Estado. Lyndon B. Johnson, en su momento, utilizó como eslogan electoral esta idea: "Creat Society", gran sociedad. Un sondeo publicado en 1983 arrojaba como resultado que "*para la gran mayoría del pueblo norteamericano, el Gobierno es la mayor amenaza para el progreso del país*". Wright Mills describió bien ese proceso de progresivo ocultamiento del poder. También Heller, en su *Teoría del Estado,* mostraba cómo el demoliberalismo de matiz anglo-americano relativizaba a la autoridad del Estado y la transfería a la autoridad impersonal de la opinión pública.

Naturalmente, los medios de comunicación se encargan periódicamente de alimentar un cierto patriotismo —al original modo americano. Recientemente, acontecimientos como la invasión de Granada, los Juegos Olímpicos de los Ángeles, el aniversario del desembarco de Normandía o la "razzia" anti-Gadafi, hiperamplificados por los mass-media, despertaron una considerable ola patriótica. Los resultados no fueron parcos; los ingresos de las compañías distribuidoras de banderas USA registraron un incremento del 30%.

La República Universal

Es con estos materiales como se ha edificado el modelo americano, ese modelo que hoy parece imponerse por todas pares, incluso entre los reformistas soviéticos y chinos —no en vano, Jean Marie Domenach escribía en octubre de 1970 en la revista *Esprit* que "*Los EEUU son hoy el mayor país comunista del mundo*". Un modelo que, como ha escrito Esmond Wright a propósito de Benjamin Franklin, "*ha convertido el materialismo, el utilitarismo y el sentido práctico en una ideología coherente*", y que ha generado una serie de mitos, bien analizados por Elise Marienstrass, que actúan como mitos universales de nuestro tiempo: el cosmopolitismo, la sociedad sin política, el bienestar planetario...

No es secundario, este gusto por la universalidad. Los EEUU no son una nación como las demás, no son un pueblo, sino un conglomerado de individuos venidos de todas partes y cuyo único punto en común es la voluntad de ruptura con su tierra de origen. Esta ruptura representa para el norteamericano una especie de bautismo. "*Todos estos millones de seres* —escribe Francesco Alberoni— *decidieron en un determinado momento de su vida adquierir la nacionalidad estadounidense. Eligieron su nueva patria abandonando la anterior y rompieron con su pasado que rechazaban. Para cada uno de ellos este cambio supuso algo similar a una conversión religiosa. Su historia, desvalorizada, fue olvidada para comenzar una nueva vida*". Es la cosmópolis universal, la República de los desarraigados, que materializa el sueño de los padres fundadores, para quienes el desarraigo era la condición misma de la libertad. Como escribe Christopher Lasch, "*En los EEUU la supresión de las raíces ha sido percibida siempre como la condición esencial del crecimiento de las libertades. Los símbolos dominantes de la vida americana, la "frontera" y el melting-pot, han contribuido, entre otros factores, a desarrollar la idea de que sólo los desarraigados pueden llegar a una verdadera libertad intelectual y política*".

Este culto al desarraigo y a la ruptura con el pasado, con la tradición, tiene una manifestación primordial bien visible en la vida occidental contemporánea: la absoluta indiferencia respecto a la historia. Se trata de un hecho bien constatado. Un estudio-encuesta realizado con estudiantes de enseñanza media norteamericanos a lo largo de los años 1986 y 1987, y dirigido por el profesor de Historia Lynne Cheney, arrojaba resultados sorprendentes: un tercio de los estudiantes sitúa la fecha del Descubrimiento

de América por Colón después de 1750; la mitad de ellos no sabe situar históricamente a Winston Churchill; el 60% no sabe fijar la fecha de la Constitución de los EEUU; el 70% no conoce la fecha de la Guerra de Secesión norteamericana. No obstante, este desconocimiento no se considera, por lo general, como una disfunción grave. Para los norteamericanos la historia no existe, o al menos no como se entiende en Europa. Y ello porque, según Jean Paul Dollé, "*lo que los otros pueblos viven como historia, es decir, como destino, los americanos lo perciben como subdesarrollo*".

Toda esta doctrina del desarraigo como liberación personal parece chocar con determinadas actitudes de la Administración norteamericana. Los EEUU han tratado siempre de asimilar lo "Otro", apoderarse de lo que es diferente y hacerlo como uno mismo, "americanizarlo" todo. En 1918, Th. Roosevelt ordenó que los inmigrantes que no aprendieron inglés en cinco años fueran deportados. Posteriormente, el Estado de Iowa prohibió la utilización de una lengua distinta del inglés en reuniones de más de tres personas. Recientemente una ley declaraba el inglés como única lengua oficial del Estado de California —el Estado donde mayor es el número de hispanos. ¿Contraría todo esto la profesión de fe en el desarraigo, en la universalidad? No. Precisamente, los EEUU son la universalidad, el desarraigo; americanizarse es desarraigarse, es "liberarse". Como explicaba, a propósito de los hispanos, el político californiano John Towler, "*los xenófobos son los que apoyan el bilingüismo; tratan de mantener a las minorías en sus pequeñas comunidades, donde su incapacidad para hablar inglés los mantiene alejados de la corriente común*".

Esta es la gran coartada. Una coartada que se agrava si tenemos en cuenta que, además, se ejerce con toda buena conciencia; los norteamericanos están convencidos de actuar por el bien de la humanidad, y así se permiten el lujo de llevar a cabo las mayores barbaridades. La fe en la república cosmopolita no impidió que, en 1941, más de cien mil japoneses residentes en los EEUU fueran internados en campos de concentración en California. Como no impidió, en 1945, dejar caer dos bombas atómicas sobre la población civil de una nación vencida. Ni masacrar, a finales del pasado siglo, a cerca de doscientos mil filipinos. Ni fue obstáculo para que el tan ensalzado John F. Kennedy autorizara, en 1962, el lanzamiento del célebre "agente naranja" sobre las selvas del Vietnam devastando el 50% de la superficie forestal del país y condenando a su población de un futuro de taras y deformaciones genéticas. La fe en la república cosmopolita no sólo no impidió todo esto, sino que fue su elemento impulsor. Como fue el elemento impulsor de Jeffrey Amherst cuando, a finales del siglo XVII, propuso exterminar a los indios a base de inocularles la viruela impregnando con pus de variolosos las mantas que les vendían. No mucho más tarde esa misma buena conciencia permitía a Benjamín Franklin afirmar: "*Si en los designios de la Providencia está el destruir a esos salvajes para dejar lugar a los cultivadores de la tierra, no parece inverosímil que el ron sea el medio indicado para ello. Con él se ha aniquilado ya a todas las tribus que en otro tiempo habitaron la región costera*".

Naturalmente, los EEUU no son el primer pueblo que considera tener un destino privilegiado, ni serán el último. Al margen del ejemplo clásico del pueblo de Israel, todas las naciones imperiales de la Antigüedad se han considerado superiores: la España de Carlos I y Felpe II también se creyó con una misión providencial. Los vascos del Padre Larramendi se creyeron designados por la Providencia. Thomas Carlyle estableció, a mediados del pasado siglo, las bases ideológicas del imperialismo británico apelando a la "*misión histórica de una nación predestinada*". Los blancos de Sudáfrica comparten ese sentimiento de superioridad. Pero en lo que los EEUU son originales, es en creer que su modelo es el único universalmente válido, en pretender imponerlo a todos y, sobre todo, en pensar que los otros deben aceptarlo para ser verdaderamente libres.

Del mismo modo, la forma de dominación americana también es original. Muchos pueblos han creído, en determinados momentos de su devenir, que

una regeneración histórica del mundo sólo podría proceder de un aumento de la propia potencia, de un convencimiento por parte de ese pueblo en poder forjar su propio destino, aunque fuera a costa de los otros pueblos. Ha habido así imperios, guerras, conquistas —y pueblos conquistadores. Pero Norteamérica no es un pueblo conquistador sino una nación mesiánica, y ahí radica su originalidad. América no cree que la historia dependa de su destino, sino que el destino del mundo depende de que los norteamericanos sean capaces de imponer su modelo universal, y por la misma vía, de que los otros pueblos acepten. Por eso la modalidad norteamericana de dominio no es la fuerza, la conquista, sino la seducción, a través del comercio y de la imposición de formas de vida, y sólo cuando éstas fallan emplean la fuerza —retoman así los norteamericanos los métodos de los imperios mercantiles y marítimos, y su figura no es la de una nueva Roma, sino la de una nueva Cartago.

Europa y el espejismo americano

Paradójicamente (o quizá no tanto) esa mezcla de Providencia y *business* ha fascinado a numerosos pensadores europeos de todas las tendencias, desde el teórico del nacionalsocialismo Alfred Rosenberg hasta el filósofo marxista Ernst Bloch. Rosenberg, en *El mito del siglo XX* (1930), veía en los EEUU una proyección del espíritu europeo, una prolongación que, por vía del hecho racial, daba a los EEUU un papel de continuador y copartícipe de la gloria europea; la guerra daría cuenta de esta ingenua ideación.

Una postura no muy diferente era la de Paul Valéry, quien, en un ensayo de 1938, escribía que América era "*la proyección del espíritu europeo*", un lugar memoria de la cultura europea donde se habían formado "*los espíritus en los que vivirán una segunda vida algunas de las maravillosas criaturas de los desgraciados europeos*".

Similar fascinación ante el modelo americano se encuentra en el pensamiento positivista. Por ejemplo, el positivista francés Michel Chevalier (1806-1879) escribía en 1838: "*En el granjero americano, la gran tradición se combina armoniosamente con los principios de la ciencia moderna enunciados por* Bacon *y* Descartes, *con la doctrina de la autonomía religiosa y moral proclamada por* Lutero, *y con las concepciones más recientes aún de la vida política. El granjero americano es el primero de los iniciados*".

Tampoco los teóricos de la izquierda han escapado de la seducción americana. Para Hannah Arendt, "*lo que los europeos temen realmente bajo el nombre de americanización no es otra cosa que el advenimiento del mundo moderno con todas sus perplejidades e implicaciones* y Arendt apuesta por la modernidad.

Por su parte, Ernst Bloch, quizá el último gran filósofo marxista, partidario de que el socialismo vaya "*de la ciencia a la utopía y no solamente de la utopía a la ciencia*" (*El espíritu de la utopía,* 1918), elogia a los puritanos anabaptistas que, a partir de las soflamas de Thomas Münzer, predicaron el advenimiento de un milenio igualitario estrictamente comunista, y que nutrieron los primeros contingentes de los "Padres Peregrinos" (*Thomas Münzer, teólogo de la revolución*, 1921).

Por una cosa o por otra, los EEUU han sido siempre el espejo donde los europeos han reflejado todos sus fantasmas, desde la pureza racial hasta el utopismo puritano, pasando por el culto a la modernidad y de la razón. El resultado ha sido la americanización completa de la vida europea, y el nacimiento de posturas como la que defiende Ernesto Galli della Loggia en *Lettera agli amici americani* (Mondadori, Milán, 1986): acomodarse al dominio americano siendo un buen comprador. O lo que es lo mismo: dimitir de la voluntad de crearse un destino propio.

El término *americanización* en tanto que influencia social, económica y cultural de los EEUU sobre Europa lo empleó por primera vez Thomas Arnold en 1879 (*Culture and Anarchy*). Desde entonces, el fenómeno no ha hecho sino arreciar. La instauración, en 1945, de dos grandes bloques en el mundo, ha oficializado la americanización de Europa. Hoy todo nos viene de América. Nuestras utopías e ilusiones son americanas; nuestros complejos y nuestros fantasmas también.

No aceptar

La Europa denominada "occidental" es ya americana, forma parte de lo que Guillaume Faye ha denominado "americanosfera". ¿Es irreversible este camino?

Al principio de este texto se citaba una frase de Paul Morand donde se aludía a una serie de "*problemas inconscientes y complejos ocultos*". Hoy esos problemas se hacen cada vez más patentes. Marvin Harris los ha enumerado en un ácido retrato de las sociedades americanizadas: "*frustración, soledad, angustia, inseguridad, sospechas, búsqueda de ilusorias evasiones espirituales y sexuales, rupturas familiares...*". Es ese mundo que los novelistas norteamericanos de la nueva generación (Bret Easton Ellis, Jay McInerney, etc) han descrito con un realismo tan inconsciente como libre de prejuicios. Ese mundo donde la vida es, como señala Saul Bellow, "*una búsqueda de sugerencias sobre quién deberíamos ser*".

Esta es la utopía que hoy se implanta en Europa. Escribe Baudrillard: "*Pero, ¿es esto una utopía realizada? ¿Es esto una revolución con éxito? Pues í, es esto. ¿Qué queréis que sea una revolución con éxito? Es el paraíso. Santa Bárbara es un paraíso, Disneylandia es un paraíso, los EEUU son un paraíso. El paraíso es lo que es, es posible que sea fúnebre, monótono, superficial; pero es el paraíso. Y no hay otro*".

Europa vive ya instalada en ese paraíso, en ese vértigo perezoso del olvido de sí mismo. Nuestra condición se asemeja cada vez más a la que Giuseppe D'Agata ha imaginado en *America oh kei* (Bompiani, Milán, 1984), una alucinante historia donde dibuja unos EEUU que, tras una guerra nuclear, materializan el sueño moral-consumista de los padres peregrinos, creando una humanidad histérica, inmersa en la búsqueda del paraíso dorado de un bienestar igualitario que la libere del lastre de la política, la historia y la tradición. Bajo la sombra de esa América, D'Agata pinta una Europa colonizada por el superficial consumismo homogeneizador americano; una Europa que, alabando el sueño americano, parece incapaz de encontrar en sí misma las razones de su propia existencia; una Europa en la que el cerebro de las jóvenes generaciones es devastado y paralizado por una "guerra cultural" que nadie quiere ya combatir.

D'Agata da en el clavo cuando se refiere a esa "guerra cultural". Porque, en efecto, la solución para Europa no está en construir un mercado autónomo dirigido por franceses, alemanes, españoles o ingleses diplomados en Harvard y con un master de dirección de empresas en Wisconsin [Nota: en efecto, a esto es a lo que en teoría se dirige la actual Unión Europea...], sino en buscar su propio camino a través de lo que le es íntimamente propio: su cultura, su historia. El cineasta norteamericano Elia Kazan lo decía recientemente: "*Europa tiene que resistir a la cultura americana... Sé que es difícil, pero los europeos deben continuar defendiéndose. Hay un imperialismo americano que no está hecho de soldados, de barcos o misiles, sino de industria y de economía en general. América le dice a Europa: ustedes van a vender nuestros productos; una vez que los hayan vendido, deberán aceptar nuestros valores*".

De eso se trata. De no aceptar.



La colonización sutil: "American Way of Life" y Dinámica Social

---

Marco Tarchi

Marco Tarchi, colaborador en el Doctorado de Investigación de Ciencias Políticas de Florencia, autor de la obra Partido único y dinámica autoritaria y de numerosos artículos y ensayos, es uno de los más inquietos animadores culturales de la floreciente vida intelectual italiana: director de las revistas "Transgresioni", (de cuyo número 3 procede el artículo que aquí presentamos) y "Diorama Letterario", así como de la cooperativa editorial "La Rocía de Erec", Tarchi se ha distinguido en la iniciativa de reaproximar una cierta nueva derecha y una cierta nueva izquierda de cara a revitalizar el debate político y social.

"Los Estados Unidos nos han colonizado el alma". Con esta frase, ahora célebre, el director de cine alemán Wim Wenders bautizaba hace algunos años, el estado de subordinación psicológica que hoy en día, y de forma permanente, aflige a la cultura y a las sociedades europeas frente al Gran Hermano del otro lado del Atlántico. Al pronunciarla, quizás confesaba también el propio contagio contraído por este creativo artista, con sus repetidas incursiones en el inquieto caleidoscopio de los States. Recientemente se ha hecho eco de los mismo y con mayor énfasis, su amigo y colega Werner Herzog quien, al justificar la ambientación de su último film entre los aborígenes de Australia —quienes ven amenazada la supervivencia de su identidad debido a la invasión del "modelo occidental" —ha comentado: "Me temo que en el plazo de algunos años, no quedará sobre esta tierra, otra cultura que la de los Mac Donald's".

El hecho de que sentencias tan implacables y sutiles hayan sido emitidas por dos maestros del cine, dos hombres del espectáculo, y no por científicos, historiadores o literatos, no debe sorprendernos, ya que ha sido apoyándose sobre el espectáculo, sobre el terreno de las imágenes, como la tarea de exportar el American Way of Life ha ganado su más enconada batalla.

Echemos la vista atrás. Han transcurrido poco más de diez años desde que, a mediados de los 70, el modelo de sociedad americana atravesara su punto más bajo de aceptación por parte de la opinión pública y de los media. Las televisiones de todo el mundo transmitían imágenes de la nada gloriosa figura del último embajador estadounidense en Saigón, del arriar la bandera, del desesperado apiñamiento de quienes intentaban salvarse como prófugos, y que eran expulsados por los marines con brutalidad. Camboya y Vietnam desaparecían del dominio estadounidense. Dos años antes, la explosión del Watergate había lacerado la hipócrita imagen de transparencia de la puritana democracia de Washington. En 1972, el dólar zozobraba hasta sus mínimos históricos en el mercado de divisas. En aquel entonces, nadie habría apostado por una rápida y fortalecedora recuperación del coloso herido.

Sin embargo, en este decenio, el proceso se ha invertido, ha cambiado íntegramente de signo, y hoy, resurgiendo de sus propias cenizas, el american dream (sueño americano), resplandece con más atractivo que nunca a los ojos del europeo medio. Pero con una diferencia significativa: los que hoy aplauden y celebran sus méritos, son los mismos que ayer pretendieron y conmemoraron frenéticamente su muerte. Muchas veces, uno se ha preguntado el por qué de este cambio brusco, y no han faltado respuestas: reacciones patrióticas frente a la humillación militar, relanzamiento económico, desarrollo de la tecnología, nueva orientación política. Muchas hipótesis se han encontrado frente a otras tantas contradicciones, porque la América del decenio pasado ha conocido y conoce tensiones raciales y miseria, altas tasas de desocupación, fracaso de proyectos científicos como los del sector aeroespacial,

escándalos y descalabros militares como los de Irán o los del Líbano. La respuesta apropiada a la cuestión es otra: la imagen norteamericana en el mundo ha recuperado su posición y capacidad de expansión gracias a su omnicomprensividad y a su impermeabilidad frente a cualquier crítica, a su hegemonismo pacientemente construido y consolidado. En el momento en el que aparentemente se derrumbaba, celebraba, en realidad, su triunfo, porque había hecho firmemente suyo "el centro" de todo proceso de comunicación. No olvidemos una cosa: la "pasión indochina" de tantos estudiantes europeos durante los años del conflicto vietnamita era, a su vez, de importación norteamericana; se trataba, más bien, de un signo de hegemonía estadounidense sobre el imaginario colectivo de sus supuestos "opositores": de esta forma, en los albores del movimiento de Mayo del 68, se produjo un estímulo emulativo, una reacción de emulación respecto a las revueltas de los campus de Berkeley de un par de años atrás.

Puede afirmarse sin miedo a exagerar, que en el período de siglo que estamos viviendo las clases dirigentes norteamericanas han preparado cuidadosamente el ascenso de su país a la categoría de escenario ejemplar, de laboratorio experimental de modelos sociales, psicológicos y culturales para exportar a escala planetaria, en lo que les favorecería esa mentalidad universalista y niveladora que les fue legada por los fundadores Pilgrim Fathers y que ratifica la inviolable Constitución. Después de haber borrado prácticamente el recuerdo del genocidio piel roja sobre el que construyeron su poder (sirviéndose ya en esta fase del poder de la imagen, porque son pocos los instrumentos que han alcanzado la eficacia de la epopeya western, rodeando de un halo de extraordinareidad el estilo de vida norteamericano), los EE.UU. han asumido en dos ocasiones el papel de árbitros y vengadores de las injusticias sufridas en el otro hemisferio: en 1917 y en 1941. Tomaron parte en los conflictos pero se atribuyeron la pretensión —poco más o menos desde una posición de nación extranjera superior— de juzgar moralmente a sus enemigos. Enmascarando la tutela de embarazosos intereses particulares con el aparente papel de paladines; amenazando constantemente con retirarse si sus deseos no eran satisfechos (recuérdese el caso Wilson-Sociedad de las Naciones); aprovechando la debilidad de sus más temidos rivales potenciales —los europeos desangrados entre dos guerras fraticidas y la inmadurez de los países del Tercer Mundo, que seguían siendo un botín en una fase "clásica" del dominio colonial; erigiéndose, en fin, en "guías del mundo libre" creado por el duopolio por ellos querido y suscrito en Yalta, los gobernantes de la Unión de las barras y de las estrellas han conseguido hacer de América una especie de tabú con una presencia permanente y obsesiva en el primer plano de cualquier ámbito de la información. A los ojos de América nadie es inferior, maldito o incurable. Lo que les pasa a los otros es que aun no han encontrado la única fórmula válida para la felicidad. Salvar a la humanidad de sus oscurantismos, de sus guerras, de sus revoluciones y de sus miserias es la misión de América.

Un sistema para matar los pueblos

Un dato esencial para nosotros, es que esta vocación hegemónica no se manifiesta sólo o principalmente en el plano de las relaciones internacionales. Por el contrario, el paradigma de la dependencia se ha transferido al interior de cada nación (empezando por las europeas, domesticadas con el incesante uso del calamitoso concepto de "civilización occidental") y ha incidido profundamente en las respectivas dinámicas sociales. La idea de un mercado mundial, perseguida y promovida por una sociedad mercantil, de la que los EE.UU. son la encarnación más perfecta y refinada, no podía, efectivamente, ir separada de la de la uniformidad de comportamientos de sus clientes-consumidores potenciales, lo que estimulaba automáticamente al American Way of Life a convertirse en el standard de toda la concepción de vida colectiva, como de hecho ya ha ocurrido.

Actualmente se experimenta cierto apuro a la hora de lanzar una crítica de ese modelo existencial, de la pérdida de sentido y de gusto que la americanización ha traído

consigo, a la hora de promover su caída, porque se tiene la sensación de que todo lo que se ha dicho contra este proceso ha sido en vano. A diferencia de las colonizaciones clásicas, fácilmente perceptibles por las numerosas diferencias (étnicas, lingüísticas, religiosas, incluso alimenticias o de indumentaria) existentes entre dominadores y dominados, la colonización sutil de la era norteamericana se basa en efectos de ósmosis, en la asimilación total, en un ciclo psicológico que activa en los dominados una búsqueda preventiva de bienes —materiales o inmateriales que corresponde a la oferta programada, de modo que se garantiza la credibilidad de la comedia del consenso. Los *media* son la clave de este sistema, y le aseguran su estabilidad, cumpliendo, a veces, el papel de suministradores de imágenes pedagógicas ejemplares; en otras ocasiones, por el contrario, hacen las veces de válvula de escape. Los *media* están en el centro de esta "koiné cultural transnacional", con núcleo irradiador en los EE.UU., como ha detallado uno de los intelectuales más perspicaces que ha recorrido un camino en absoluto insólito: desde la izquierda contestataria del 68 hasta las alabanzas al neoliberalismo occidental: Ernesto Galli de la Logia.

En su ensayo Il Mondo Contemporáneo (Il Mulino, Bologna, 1982), Galli describe el semblante de este gigantesco "lobby" que detenta el monopolio de la información, de las telecomunicaciones y de otros instrumentos de la cultura de masas. En sus manos está el "imperio de la antropología y del imaginario de los hombres de la Tierra" y, gracias a ello, nuestra época se encamina hacia la "unificación cultural del mundo". Es esta una triste realidad que actualmente condiciona todos los aspectos de la dinámica social de las naciones denominadas "desarrolladas" (y que afecta, aún más insidiosamente, a la evolución de las llamadas "en vías de desarrollo"). La unificación del "imperio del imaginario" ha alcanzado una perfección tal, que sus mensajes ya no necesitan adecuación o manipulación alguna que no sea de índole lingüística, para llegar a los distintos destinatarios. Los seriales, los cómics, las películas y los spots son idénticos en todas partes, y crean en el público las mismas sensaciones. "Dallas" o "Dinastía" gozan de similares índices de aceptación en países situados en continentes distintos; el sistema para matar los pueblos denunciado por Guillaume Faye, funciona por automatismos y produce, hoy en día, un fenómeno de "subarriendo": directores, diseñadores, técnicos publicitarios y músicos de los territorios colonizados ofrecen un nuevo estímulo al modelo, reproduciéndolo en sus territorios de forma "más auténtica que el modelo original". De esta forma se hace posible santificar el polivalente complejo cultural "occidental", declarándolo basado en los mismos valores vitales, desde el preciso instante en que la renuncia a la creatividad, por parte de las culturas autóctonas y la dependencia respecto a los parámetros dominantes, han acabado con todo antagonismo.

Y todo ello en lo que concierne al proceso de influencia del modelo norteamericano sobre los comportamientos sociales en el escenario "occidental", a su reducción a forma de mercancía y a su exportación a través del ciclo de producción-publicación-distribución. Pero nuestra atención ha de fijarse en los contenidos de este modelo.
Los defensores del American Way of Life, esos intelectuales que tan ufanadamente se definen como de tendencia liberal y que se irritan ante la denuncia del "mito" del imperialismo cultural estadounidense —tildando de provincianismo toda reivindicación de autonomía nacional o continental— no cesan de asegurar que su "Tierra Prometida" goza de una variedad poliédrica y vivaz, que es más bien el "Paraíso del pluralismo", el lugar donde cualquiera puede ser —o llegar a ser— "lo que quiera". Lo que se les olvida decir, es que esta libertad de expresión —puesta en tela de juicio con ocasión de cualquier "eclipse" de la imagen oficial de los States para legitimar la idea de "otra América"— sólo puede dar sus frutos cuando se aplica en el interior del campo cerrado de una concepción bien determinada del hombre y del mundo, cuyos fundamentos son

irrenunciables. La dialéctica entre las diversas expresiones de este monolítico paradigma, es indiscutiblemente amplia, y contiene formas que en apariencia están extremadamente en contraste: Woody Allen y John Wayne, Herny Miller y Judith Kranz, los Peanuts de Shulz y los personajes de Disney, el ascetismo progresista de Jimmy Carter y el populismo conservador de Ronald Reagan. Fuera de las coordenadas dictadas por el modelo, existe, sin embargo, el vacío, la sospecha, la marginación; como ha denunciado Soljenitsin —víctima ejemplar de este estado de cosas— existe el "corte del micrófono", la asfixia en la lunatic fringe, el desinterés absoluto de los media, versión mórbida y contemporánea del mecanicismo orwelliano de designación de las "no-personas". Tanto más peligrosa en la medida en que reprimiendo la diversidad sin violencia aparente, anulando toda posibilidad de vida pública sin impedir la prosecución de una existencia privada, se pone a la defensiva frente a las corrientes y ambiguas críticas al dominio autoritario.

El imperio del imaginario

El narcisismo, el culto individualista al Yo y la promoción del egoísmo social más desenfrenado, que se traduce en el imperativo del éxito (computable en dólares: "tanto tienes, tanto vales"), y en la asimilación de la relación de los otros a una insidiosa jungla de competencias exasperadas y entrecruzadas, son sólo los aspectos más superficiales del "típico" esquema de comportamiento norteamericano que el "Imperio del imaginario" se preocupa por reproducir en todos los rincones del planeta. Debajo de la reducción economicista que obsesiona a la sociedad mercantilista, subyace una labor de desarraigo sistemático de la identidad colectiva funcional, con vistas a conseguir los objetivos de una modernización capitalista cada vez más atrevida.

El proceso es complejo pero coherente. En una sociedad sin historia como la norteamericana, entregada al culto del self made man, se considera negativo todo vínculo no utilitario. La escatología secularizada del ideal de felicidad, la cancelación de la memoria y del sentido del tiempo y del espacio, a la que cada vez tienden más directamente las aplicaciones de la tecnología "avanzada", la adopción de un estilo de relaciones impersonales y burocrático, convergen en el mismo objetivo: la total racionalización de la vida colectiva, la evacuación de las exigencias espirituales, afectivas o simplemente no-materiales dentro de la programada esfera de la vida privada. No habiendo conocido jamás, contrariamente a cualquier otra cultura del mundo, una fase comunitaria —habiéndola, por el contrario, rechazado desde el comienzo de su creación como un "defecto de origen" de Europa, respecto a la cual los primeros colonos quisieron marcar la mayor distancia posible—, la Way of Life del otro lado del Atlántico no considera como motivo de interés a los grupos primarios, no concibe la noción de Pueblo (para la cual su idioma no posee ni tan siquiera un término específico: el pueblo y la gente son la misma cosa...), no basa su confrontación social en la selección de valores, sino exclusivamente en conflictos de intereses, susceptibles de mediaciones y manipulaciones continuas.

Una sociedad de individuos privados de todo sentido de solidaridad, que no sea aquel que produzcan las convergencias ocasionales de los hechos expuestos en una crónica (consumidos y reemplazados a un ritmo continuo), es, en efecto, la más funcional desde una concepción de la vida pública como un inmenso mercado, que las ciencias sociales americanas con sus técnicas cuantitativas, desde hace al menos treinta años, se esfuerzan por imponer a las élites intelectuales de cada país (mientras el aparato multimedia y económico gestionado por las multinacionales del capital estadounidense, se encarga de vender la versión vulgarizada a las masas europeas, asiáticas, africanas o latinoamericanas).

En cualquier caso, no debe creerse que los instrumentos empleados para transportar esta óptica antropológica al plano de la realidad, se restrinjan sólo al ámbito de la cultura en sentido estricto, y al de la sugestión publicitaria; el proyecto se desarrolla sistemáticamente, y con el concurso de las más variadas disciplinas. Entre éstas, juega un papel de primera

importancia la urbanística, que priva a las ciudades "modernas" de un centro, y que sustituye los tradicionales lugares de reunión —como las plazas—, con las arterias más "funcionales" y fluidas para el tránsito humano. Los interminables boulevards de Los Ángeles son un lugar de llegada, pero no debe pensarse que la "lógica" occidental se descuide en Europa: ya es un hecho corrientemente constatado, el ver los centros de las mayores ciudades europeas desprovistas de todo hábitat "habitable" e invadidas por sedes de oficinas y servicios; el desalojo de ese antiguo recinto urbano coincide con la irrupción de las ciudades satélites periféricas, cada vez más anónimas y mercantilistas, donde la familia mononuclea celebra su forzado y melancólico triunfo. La destrucción de la red de vínculos interpersonales ajenos a la esfera del contrato social, se completa así.

Privado de toda vinculación y, por el contrario, agobiado por una pluripertenencia basada en lealtades entrecruzadas y frecuentemente contradictorias (a la profesión, a la Iglesia, a un partido, a una serie de grupos de intereses, a asociaciones del tiempo libre, etc.), que le imposibilita al hombre cualquier identidad bien definida, el individuo-tipo del American Way of Life es el destinatario ideal del mensaje homogeneizador. El único recurso que le queda para distinguirse, para no caer en la marginación, es el de homologarse, el de seguir las pautas del modelo, aprovechándose de los canales obligados de la movilidad social, sintiéndose, siempre y necesariamente, cada vez más sólo en la lucha con todos sus semejantes y potenciales competidores.

El auténtico enemigo de este modelo, a menudo definido como igualitario, no es la disparidad de condiciones sociales —por el contrario, éstas, al asegurar el mecanismo de satisfacciones simbólicas y psicológicas vinculadas a una movilidad ascendente, le son esenciales—, sino la especificidad, la irreductibilidad a lo idéntico, la alteridad respecto a los standards que el sistema ha legitimado. Esto explica por qué la empresa de colonización cultural norteamericana confía, en sus ejemplares mensajes, en la figura del héroe solitario, de la que Rocky o Rambo son las últimas o más eficaces (en la medida en que son rudas) encarnaciones: el hombre solo cuya situación en un determinado contexto de relaciones es puramente casual.

Este es el tipo humano que está captando por otra y gracia del "Imperio del imaginario", el favor de las jóvenes generaciones europeas, asiáticas, africanas y latinoamericanas. El hecho de que su éxito haya sido fomentado desde tan lejos, ha llevado a pensar a algunos comentaristas de lo que ha sido denunciado como el "mal americano", que en realidad se trata un "mal europeo", o de ámbitos culturales y humanos que empiezan a manifestar sus primeros síntomas; que lo que se quiere considerar como una insidiosa colonización con fines hegemonistas, no es en realidad, sino una autocolonización a la cual recurrirían culturas embotadas y agotadas, para asegurarse una continuidad y un porvenir.

Lucha por la identidad

Indudablemente, esta observación tiene algo de cierto, ya que el nivel de creatividad cultural y de originalidad de los modelos sociales de áreas como la europea, marcan la pauta frente a la agresiva competencia made in USA, y raramente oponen resistencia a los invasores. La fuerza de sugestión del American Way of Life posee, sin embargo, bien poco de la vitalidad bárbara que fue fatal para los Imperios de la Antigüedad: se trata, más bien, del resultado de una obra de condicionamiento planificada y cerebral, que basa su propia fuerza en la marginación sistemática de los competidores potenciales y en la repetición obsesiva de la Leitmotiv. En este caso, la responsabilidad primaria de las clases dirigentes políticas y económicas del complejo "occidental" no puede ser denunciada, porque de su abdicación en todos los campos (desde la educación a la política social, desde la formación de la conciencia cívica hasta la producción cultural de cualquier sector: cinematográfico, radiotelevisivo, editorial, musical, artístico, etc.) deriva, en gran parte, el malestar actual.

Por consiguiente, ¿está perdida la partida? ¿Tenemos que aceptar por tiempo

indefinido, un condicionamiento a través del modelo norteamericano, de todas las formas de nuestra dinámica social, y acoger el dominio colonial de la "koiné internacional" como el menor de los males?

Decididamente, pensamos que no; y, por el contrario, consideramos que algunos signos confortantes de renovación y de evolución de la dinámica social se están manifestando en Europa y en otros lugares. Signos consistentes, si bien a veces contradictorios y difíciles de interpretar. Para centrarnos en la realidad europea, que es la que nos afecta de más cerca, podemos constatar, al igual que los sociólogos más avisados, el avance de una sensibilidad de masas, especialmente entre las jóvenes generaciones, en torno a los temas relativos a la "calidad de vida", (lo que equivale a decir a la dimensión cualitativa de la vida individual y colectiva). Aquellos a los que se ha convenido en llamar "mundos vitales" (un espectro bastante vasto de "nuevos movimientos", que abarca las Bürgerinitiativen y las iniciativas regionalistas y de defensa de las especificidades étnicas y lingüísticas, la ecología, el neutralismo y el pacifismo, las formas de renacimiento de la atención por lo sagrado y las corrientes de pensamiento con vocación metapolítica), expresan toda una necesidad de comunidad que, aunque sea de manera un tanto confusa, constituye un indicio de una inversión decisiva de la tendencia respecto a los paradigmas de la sociedad mercantil.

Hay que dirigir la más viva atención hacia estos "mundos vitales", porque a ellos se vincula la esperanza de un retorno de los valores en el centro de la dinámica social, en sustitución de los intereses que hoy nos tiranizan. Sobre todo, debe favorecerse la discusión más abierta y continua posible, con el fin de evitar cualquier repliegue puramente defensivo hacia temáticas particulares, o la caída en la trampa del folklorismo. En efecto, es cierto que su equilibrio inestable les expone a diversos riesgos, debido a una precaria capacidad para institucionalizarse y a la todavía reciente manifestación de su polo de agregación.

Un primer peligro acecha más de cerca de aquellos movimientos que tienen como motivación principal una movilización de las masas en apoyo de una única y determinada causa: el hogar, la ecología, el uso del idioma, la reivindicación regionalista, etc... Ese peligro es que tienden a cristalizarse en torno a este único problema, y a convertirlo en un obsesivo leitmotiv, incapaz de ser conjugado con aspiraciones de miras más elevadas; así, estos one issue movements, pueden terminar transformándose en catalizadores de comportamientos egoístas y convergiendo en la oleada de sectorialismos que afecta a las sociedades complejas, como factor de disgregación de la identidad colectiva. Un clásico recurso de manipulación de las clases políticas occidentales es el que tiende a reducir las exigencias de valores que no se pueden expresar sintéticamente, a cambio de un movimiento de rebelión cultural (en sentido antropológico) en aras de intereses materiales que son tratados a través de los procedimientos normales de los que dispone cualquier sistema, y que por ello resultan compatibles con un proyecto de colonización sutil. Todo nuevo asunto político suscitado por el "malestar de la modernidad", tiene ante sí dos caminos: uno el que conduce a la creación de un polo de representación más dinámico y móvil que el manifestado por el subsistema de partidos, capaz de competir con ellos, y de ahondar en la deslegitimación en nombre a una reconquista del derecho-deber a la participación política popular; y el otro, el encerrarse entre los límites utilitaristas del grupo de presión.

Postmaterialismo y antimodernismo

No por casualidad, algunos exponentes de la sociología norteamericana, han intentado reducir el florecimiento de los "mundos vitales" al simple indicio de una "revuelta contra la modernidad", ligada a imágenes neorrománticas y precapitalistas, a una suerte de nostalgia conservadora por un mundo en decadencia, en lugar de reconocerle el profundo y motivado rechazo de esa inclinación universal de las civilizaciones hacia el monomodelo norteamericano- Seymour Martín Lipset, en una reciente obra en colaboración con otros

autores, y titulada de forma significativa Los límites de la democracia ha reunido dentro de una única categoría constituida, a su entender, por movimientos políticos que tienden "a una visión romántica de la armonía, de la comunidad, de la simplicidad y del orden de un mundo perdido desde hace tiempo", todo el frente del "postmaterialismo", incurriendo en una paradoja. Convencido de encontrarse frente a "movimientos de derecha, es decir, conservadores", comprometidos en la reacción contra los éxitos secularizantes de la modernización, Lipset ha comenzado por señalar entre los artífices de este alzamiento de escudos, a las fuerzas "nostálgicas" y a la Nueva Derecha pero todas las tentativas por dar consistencia a sus hipótesis, le han llevado a enfrentarse con temas de la "nueva izquierda postmaterialista": "movimientos regionales étnicos por una parte, y (...) movimientos antitecnocráticos por otra, (ecologistas, grupos contra la energía nuclear, feministas y numerosos grupos que se ocupan de un único problema)", y se han atraído las críticas de Archille Ardigó, que, en las experiencias de movilización política no institucionalizadas, ve una alternativa no destructiva a una democracia absorbida por la lógica del mercado tan a fondo, que no tolera "insurgencias de una búsqueda de sentido".

Difundida entre "sectores de alta escolarización", la propuesta de una nueva política con gran capacidad de identificación que aclare la travesía de las lógicas de formación ligadas a los esquemas mentales de la postguerra, prefigura las "nuevas síntesis" que siempre necesita una cultura caída en el dogmatismo. Reducir un fenómeno tan vasto e inquietante a explosiones de conservadurismo, o limitarse a afirmar, como lo hace Lipset, que la consecuencia más evidente de la "oleada antimodernista" que ha abatido en el último decenio a los sistemas políticos occidentales "ha sido la de reducir el vínculo existente entre la clase social y la adhesión a políticas de izquierdas o de derecha", significa no comprender el alcance, por lo menos potencial, del proceso desencadenado por esos nuevos temas políticos que no se adecuan al supuesto racionalista-utilitario de las formas institucionales de la vida pública.

La enseñanza que se puede extraer de todo este gran acontecimiento, aún no totalmente comprendido por muchos observadores, pero ya en adelantada fase de desarrollo, es, providencialmente (y coincidiendo con la crisis que la imagen de América sufrió en el mundo a mediados de los años setenta), las ilusiones del marxismo cultivadas por la intelligentzia se hicieron añicos, la cultura liberal se puso a patrullar por los confines de los territorios europeos del imperio de las barras y de las estrellas obrando —no siempre con mala fe— como una verdadera y única "quinta columna". Frente a ella, el período de la "nueva política" puede contraponer el frente —abigarrado en sus expectativas pero solidario—, en el espíritu de la acción, un no-conformismo que, superando los esquemas inactuales de la oposición derecha-izquierda, rompa la hegemonía del modelo occidental. El emblema unificador de este vasto espectro de fuerzas podrá ser la noción de especificidad de los pueblos y de las culturas, en torno a los cuales adquiere vigor el ideal de una solidaridad orgánica y dinámica de los miembros de una colectividad, en contraposición a los mitos del individualismo egoísta.

El problema, para quien desee combatir el proyecto de homologación implícito en la colonización sutil que, hoy en día, están padeciendo todos los países de "tercera categoría" con relación a los dos Grandes sistemas de Yalta, no es pues el de desencadenar una caza de brujas contra un país (los EE.UU.) o contra una cultura (la norteamericana) o el de condenar en bloque sus manifestaciones en nombre de un nuevo maniqueísmo. En vez de esto, se trata de detener la hegemonía, de bloquear los recursos de dominio, de disminuir la conquista sofocante de "otras" culturas. Y esto sólo sucederá cuando la causa del derecho de los pueblos haya despertado en las conciencias la atención que merece.

Americanismo y antiamericanismo

Tomislav Sunic

La etimología latina, el neologismo "Homo americanus" puede parecer despectivo para con el americano y su forma de vida. El sistema americano,el *ethos* puritano americano y, sobre todo, la política exterior norteamericana, conforman el tema central de numerosos estudios críticos en Europa. La palabra "americanismo" tiene un sentido ligeramente peyorativo y es más usada en Europa que en Norteamérica. Usualmente el término "americanismo" define un conjunto de creencias cotidianas, formas de vida y del lenguaje americano, todas las cuales pueden ser descritas como elementos de la ideología americana.

Conductas sociales que pueden ser percibidas por ciudadanos amercanos como *no americanas* –o incluso *antiamericanas*- son a menudo consideradas como normales y naturales en Europa. Hay numerosos libros en Europa que tratan de la mentalidad americana. Algunos de ellos tiene un carácter predominantemente polémico y planfetario; algunos caen en la categoría de la sátira social y política, y no faltan quienes tratan de demostrar científicamente los fallos de la política exterior americana. Muchos americanos se sentirán ofendidos por la aplicación de la etiqueta *Homo americanus* y discutirán el hecho de que siendo Ameírca una tan gran nación pueda tener un elemento común denominador para tantos ciudadanos de tantos orígenes sociales, étnicos y raciales. Se puede admitir que América es la nación menos homogénea del hemisferio occidental en cuanto a los orígenes de sus ciudadanos, su forma de vivir y sus sueños dispares, pero existe un rasgo común que es característico de todos los americanos, al margen de su origen social o racial o de su *status*: el rechazo de sus raíces anteriores, tanto da que ese rechazo se exprese en el oscuro deseo de la proyección de uno mismo en una persona distinta o en el embellicimiento de las raíces. El rechazo de esas raíces, ya sean raciales, étnicas u orígenes culturales, en modo alguno implica, como muchos críticos europeos asumen equívocamente, que América sea una paria de Europa, aunque a menudo parezca en su comportamiento como una mala copia de la misma. A menudo los americanos han probado que pueden salvaguardar la herencia cultural europea mejor que los mismos europeos. Pero esa herencia cultural, tal y como es proyectada por los americanos, tiene un sentido distinto en la América posmoderna. Jean Baudrillard, un ensayista francés de la postmodernidad, ve en lo americano una reinterpretación constante de todas las cosas que hacen de la cultura europea una cierta forma de anacronismo que tiende, por sí misma y a través de determinadas gesticulaciones, hacia lo grotesco en lo político y social, como consecuencia de ataques irracionales de antiamericanismo entre los habitantes del Viejo Continente.

Sin embargo, Baudrillard no es menos crítico frente a los falsos amaneramientos y gesticulaciones sociales de los europeos, ausentes entre los americanos, y que les confieren a éstos una suerte de desapego histórico único y jamás visto en Europa. Los europeos parecen sentirse más interesados en la apariencia de un buen comportamiento que en el buen comportamiento en sí mismo lo que, para los americanos, a menudo hace que los europeos sean vistos como personajes teatrales. "Los europeos son espiritualmente libres; los americanos son libres en sus actos", escribe Baudrillard. Ello confirma el hecho de que la sociedad americana puede funcionar sin esos pesados fardos de *pathos* social, tan típicos de la Europa tradicional.

Se puede argüir que la fundación de América fue la expresión de la suprema voluntad de poder del genio europeo, una forma de espíritu prometeico europeo –algo nunca visto en otras civilizaciones y sin paralelo en el resto de la cultura occidental.

Que este experimento acabase a principios del siglo XXI en un fundamentalismo secular inspirado por la Biblia y un sistema teocrático resentido hacia el resto del mundo, es algo a estudiar. Ningún político americano reconocerá nunca que América es un sistema teocrático con una teología política particular. Claramente, el modelo social americna podría haber tomado una forma social distinta. América podría con la misma facilidad haber renunciado al moralismo bíblico y adoptado en su lugar un neodarwinismo, evolucionista y racialista en sus políticas interior y exterior. Algunos académicos serios que durante la primera mitad del siglo XX usaron el terreno de la eugenesia para estudiar los cambios sociales, dejaron su marcan en los círculos de poder americanos.

Se puede argüir también, desde una perspectiva socio-biológica y racial, que los primeros americanos, al menos hasta mediados del siglo XIX, constituían una fuente genética peculiar capaz de capear los conflictos reales o imaginarios que los europeos que se quedaron atrás, sobre todo en los siglos XVIII y XIX, fueron incapaces de abordar física o emocionalmente. Como *superhombres* transatlánticos, los primeros americanos debían tener abundante energía para responder la llamada de la selva de su nuevo país. Es incuestionable que los rigores del clima y una vida impredecible y dura en el sur y el oeste debieron suponer una selección socio-biológica que, con el tiempo, dio lugar a la famosa mezcla americana. Las selecciones sucesivas entre americanos, incluyendo su movilidad social carente de paralelos, así como la profusión de diferentes formas de vida, hace imposible cualquier tipo de estereotipo preconcebido de una especie de americano *único*, de un *Homo americanus.*

El tan denostado conformismo americano, que Alexis de Tocqueville observó críticamente junto a otros pensadores europeos, debe también ser puesto en perspectiva. América es definitivamente una sociedad más consensual que Europa, y su espíritu bipartidista es a menudo mal interpretado en Europa como un signo de provincianismo intelectual. Werner Sombart, un prominente sociólogo alemán de la primera mitad del siglo XX, escribió que los americanos "están inclinados a una brutal uniformidad (…) y también muestran instinto de rebaño". Esos juicios rápidos deben ser cuestionados. Al comienzo de la posmodernidad, a finales del siglo XX, el conformismo americano probó que era la estructura ideal para el funcionamiento sin fallos de una sociedad sofisticada, altamente tecnológica, industrializada. Los partidarios europeos de una sociedad orgánica y tradicional, también conocidos como tradicionalistas, nacionalistas, conservadores, nacional-revolucionarios, etc, deben por ello, pensárselo dos veces antes de condenar a América como una amenaza a la memoria histórica. En un sistema global posmoderno que descansa en redes de satélites y fibra óptica y en una forma de pensamiento digital que evoluciona rápidamente, la confusión de los tradicionalistas europeos necesita ser reexaminada. Es precisamente el sentido de conformismo social lo que da a los americanos una clara habilidad para el trabajo en equipo y una solidaridad funcional inédita en Europa y que es, sin embargo, indispensable para el funcionamiento fluido de un sistema posmoderno.

De la misma manera, América se convirtió en un superpoder militar a menudo en contra de su propia voluntad. Su supremacía militar tras el fin del mundo bipolar, a finales del siglo XX, fue más una oportunidad nacida de un vacío global de poder y menos un producto de la voluntad americana de alcanzar la hegemonía.

Aunque es común para todos los pueblos del mundo crear estereotipos, o incluso hacer chistes raciales sobre sus vecinos más próximos, diferentes razas y diferentes grupos étnicos, a ninguna nación o, entrando en materia, a ninguna persona le gusta oir a alguien hacer bromas sobre su país de origen. Al margen de que pueda subconscientemente odiar a su país de origen, o el país de origen de sus antepasados. Después de todo, es siempre el *Otro* el que está equivocado o encarna el mal; el americano es *Yo mismo*, el que siempre

tiene razón. ¿Y a quién le gusta oir comentarios ofensivos o bromas sobre uno o su país? Los europeos a menudo hablan sobre los extraños hábitos alimenticios de los norteamericanos, la superficialidad americana en las relaciones profesionales o sexuales, la obesidad de las mujeres americanas, y el sentimentalismo obsesivo y llorica de unos políticos cuya conducta está marcada por una moralidad fanática. Los europeos también atacan a los americanos por su falta de memoria histórica, su ausencia de sentido de lo trágico y su optimismo infantil. Estos comentarios que han sido repetidos por incontables observadores europeos sobre Norteamérica, son más o menos ciertos. Pero los europeos tienen que admitir que tampoco les gusta cuando los americanos les recuerdan sus propias costumbres provincianas, o cuando los americanos les hacen notar que la tan alabada *memoria histórica* ha conducido a los pueblos europeos a incontables pesadillas.

Aunque la mayor parte tanto de los europeos como de los americanos descienden del mismo tronco racial, hay numerosas diferencias entre las respectivas sociedades. Sin embargo, con la casi completa americanización del continente europeo a comienzos del siglo XIX, ¿por qué estudiar al *Homo americanus* únicamente en América? ¿No es Europa, como resultado de una inversión del flujo histórico, una extensión de América? La especia americana, el *Homo americanus*, existe ya en toda Europa y gana en visibilidad en cada una de sus esquinas, tanto en Occidente como en el Este poscomunista. De ahí otra paradoja: la tan despreciada versión europea del *Homo americanus* aparece de forma tan frecuente como irritante para los visitantes americanos que buscan a un francés, alemán u holandés *auténticos*. En el proceso de globalización y debido a que el imperialismo cultural norteamericano se ha convertido en principal vector de la nueva hegemonía, es cada vez más difícil ver la diferencia entre la forma de vivir de los americanos y los europeos.

La exclusividad transnacional del sistema norteamericano puede ser examinada críticamente a comienzos del siglo XXI con una simple búsqueda a lo largo de los distintos campos académicos. Sin embargo, la mejor aproximación al *Homo americanus* y al americanismo, tanto en América como en su réplica europea, puede ser hecha a través de la investigación interdisciplinaria y la comparación histórica. Esta aproximación interdisciplinaria es importante porque cuanto más se desea reducir el campo en que el *Homo americanus* se mueve, más difícil es definirlo. Por desgracia, mientras exista un solo ciudadano norteamericano que muestre un rasgo antiamericano o no americano, no será justo colocar una simple etiqueta a toda la población americana posmoderna. El hecho de que a muchos franceses les guste el queso no convierte a todos los franceses en amantes del queso. Sólo porque los judíos rusos, en 1919, conformaban un amplio porcentaje de los primeros comisarios bolcheviques, eso no significa que todos los judíos fueran comunistas. Sin embargo, uno debe de ser precavido cuando se hacen tan elegantes distinciones. Al contrario que entre los sociólogos y los historiadores, no faltan entre los biólogos y los expertos en genética que no rechazan las afirmaciones de que las naciones, razas y grupos étnicos comparten rasgos de conducta y rasgos físicos distintivos que facilitan nuestro reconocimiento y nuestra percepción del *otro* en nuestra vida cotidiana. Y no hay nada ofensivo en ello. Pretender que las diferencias raciales o étnicas no existen y que cada hombre es meramente producto de su educación, no es algo particularmente convincente. Este anticuado dogma liberal sobre la igualdad, tan poderoso durante el siglo XX, está perdiendo credibilidad en el mundo posmoderno. O mejor dicho, este dogma es creíble pero sólo desde el punto de vista de aquellos de sus defensores dentro del mundo académico y político, incluyendo aquellos creadores de opinión que defienden sus intereses privados y están interesados tan sólo en su versión de la verdad.

Más allá de cualquier cuestión, muchos campos dentro de la ciencia social desde el final de la Segunda Guerra Mundial, han sido pesadamente influidos por esquemas analíticos izquierdistas, marxistas, igualitarios, liberales y lamarkianos, hasta el

extremos de que cualquier crítica seria hacia el dogma igualitario es vista como una grave amenaza a la democracia y, por extensión, como una amenaza al americanismo moderno y su hermano gemelo, el liberalismo. De la misma manera, mucho de lo que se ha escrito o publicado distante la segunda mitad del siglo XX sobre América procede de fuentes izquierdistas y liberales, no es de un origen conservador. Visto desde esa perspectiva histórica no puede olvidarse que el esquema moderno de los estudios políticos, sobre todo desde el final de la Guerra Fría, se ha basado en el dogma del antifascismo y el multiculturalismo, con ambos elementos de ese dogma incorporados al americanismo, y con ambos reflejando la configuración de Europa y América después de la Segunda Guerra Mundial. Usar otras perspectivas o citar libros de autores antiigualitarios, sin necesidad de sumergirnos en el estudio de los sistemas modernos y posmodernos que van de un revisionismo histórico a un punto de vista socio-biológico, es algo visto con alarma y rechazado como *no científico*. Estas áreas de análisis, esos autores que recurren a esas aproximaciones no convencionales, forman por sí mismos un grupo aparte, a menudo estigmatizado como *fascista y racista.*

El tema que debe ser aclarado fundamentalmente aquí, incluso cuando uno trata con la abstracta noción del americanismo, no estanto que es cierto o falso, sino quién controla el discurso americano y quién está a cargo de definir lo que significa el concepto de (anti)americanismo. ¿Por qué no darle la oportunidad, por una vez, a autores que tienen un concepto distinto del americanismo y sus principios fundacionales: consumismo, multiculturalismo, igualitarismo y mito del progreso?

Tras la Segunda Guerra Mundial, cientos de autores europeos y americanos fueron excluidos de las estanterías de las bibliotecas en virtud de su carácter supuestamente extremista, racista y anticientífico. El punto que necesitamos mostrar en este capítulo no es si esos autores, políticos y académicos eran proamericanos o antiamericanos, demócratas o no, individuos creíbles, locos, monstruos o ángeles, sino indicar que tienen derecho a un juicio justo y deben dejar de ser condenados al ostracismo intelectual y académico. De otra manera, cualquier crítica del sistema americano, del liberalismo moderno o, entrando en materia, cualquier estudio crítico de un fenómeno conectado con la posmodernidad, continuará estando subordinada a nociones preconcebidas que conducen a conclusiones interesadas. Esto es tanto más necesario cuando se tiene en cuenta que, tras el fin de la Guerra Fría y la caída del comunismo en Europa oriental, paradigmas que fueron usados durante los cincuenta años anteriores en las ciencias sociales ya no son válidos.

[…]

Aunque construcciones verbales como *Homo americanus u Homo sovietecus*, puedan estar hoy en boga, pueden ser descritas como lugares comunes peyorativos para describir la ideología y las opiniones sociales de cualquier persona. Es más que probable que muy pronto desaparezcan y sean reemplazadas por otras construcciones verbales. Antiguas formas de selección dentro de lo político que marcaron el siglo XX carecen de sentido en la posmodernidad, de la misma manera que el vocabulario político está sujeto a cambios profundos. De forma similar, en un mundo cambiante una nueva palabra ha comenzado a ser usada desde finales del siglo XX, la palabra "posmodernidad". Este término a un tiempo vago y esnob es usado cada vez más en la descripción de lo que es América y el americanismo. Tras el final del comunismo, América es vista, con razón, como el laboratorio ideal para el estudio de, no tan sólo el cambio político en el Hemisferio Occidental, sino también como el lugar de destino de un "fin de la historia". Si seguirmos esta lógica americanocéntrica, ningún otro sentido histórico, aparte del americanismo, puede avanzar. A finales del siglo XX, América se ha convertido ya en el espejo deformante, así como revelador, de los cambios posmodernos del resto del mundo.

Aunque vista como un enemigo por sus críticos, América ejerce una enorme atracción social, política y cultural, incluso entre aquellos estudiosos que no son americanos, que son incluso antiamericanos, y recelan de América y el americanismo. Baudrillard, en su lúcida obra sobre la posmodernidad y el americanismo, ve América como un sueño que comprende ya todo, incluso a sus críticos:

> "América no es un sueño, ni una realidad. Es una hiperrealidad porque es una utopía que se ha comportado desde su mismo origen como si ya estuviera conclusa. Todo aquí es real y pragmático y, sin embargo, parece parte de un sueño. Tal vez la verdad de América pueda ser vista tan sólo por los europeos, ya que sólo ellos pueden descubrir aquí el simulacro perfecto –el de la falta de permanencia y la trasvaloración material de todos los valores."

Es por eso que cada europeo que se desee comprender mejor a sí mismo y a su patria europea, necesita observarse primero a sí mismo a través de los ojos de la América posmoderna. Pero, ¿pueden también los americanos que residen en Europa ser capaces de verse a sí mismos a través de los ojos europeos? Este punto, desde luego, depende del bajage ideológico del observador, o más a menudo de la carencia del mismo. Tradicionalmente, tanto la extrema derecha como la extrema izquierda europeas y americanas han sido críticas del sistema americano, con la única excepción de que la izquierda europea o americana cuando critica a América es porque no es "suficientemente americana"; por ejemplo, porque se ha apartado de sus mitos fundacionales igualitarios. En otras palabras, la izquierda dice que la América moderna no ha logrado suficiente igualdad, suficiente democracia y suficiente progreso. La misma lógica deductiva pueder ser vista, tras la desaparición del comunismo a finales del siglo XX, entre numerosos intelectuales marxistas desencantados, tanto en Europa como En América, que argumentan que el *gulag* y la represión comunista fueron resultados no buscados por el marxismo, y que el auténtico socialismo marxista fue traicionado por la realidad soviética. El verdadero comunismo (no importa lo que "verdadero" pueda significar), merece en consecuencia una segunda oportunidad. Cuando un escritor judío izquierdista americano, Noam ChomsKy, ataca en sus libros al sistema americano por su supuesta o real corrupción, nunca toca la santidad de los Padres Fundadores y la importancia que el pensamiento de Jefferson ha ejercido en incontables estudiosos americanos. De hecho, Chomsky prodiga elogios hacia el legado de Jefferson y reconoce que "Jefferson y Dewey parecerían hoy marxistas lunáticos". A conclusiones similares con respecto a la Declaración de Independencia Americana, llega Lawrence R. Brown en su gran obra *The Might of the West*. Pero al contrario del izquierdista Chomsky, Brown, a pesar de sus eruditos y pensados análisis, es desconocido en América. Brown reconoce que la Declaración fue una forma de teología política, compatible con el espíritu de los tiempos de la Ilustración y, en consecuencia, estaba repleta de lugares comunes y verdades interesadas. El Preámbulo de la Declaración podría perfectamente remontarse a la Edad Media, aunque cambiando el lenguaje a un tono más divino. "La costumbre no nos permite llamar a esos liberales del siglo XVII lo que en la perspectiva histórica eran: izquierdistas". Examinándolo a fondo, el metalenguaje empleado por los creadores del marco de la Constitución Americana parece normal para el observador del siglo XXI. Sin embargo, durante el período final de la Ilustración las palabras lanzadas por los arquitectos de la República Americana incendiaron todo el mundo occidental.

Muchos autores europeos, normalmente asociados con el estigma de la extrema derecha, con algunas excepciones notables en América, rechazan cualquier aspecto del americanismo. Cuando un pensador derechista francés, o cuando el filósofo alemán Martin Heidegger, critica el sistema americano, daesafía el centro mismo de la modernidad. Y eso es algo que exige reflexión a la hora de analizar los conceptos de americanismo posmoderno frente a americanismo:

"Desde un punto de vista metafísico, Rusia y América son iguales: la misma horrible locura tecnológica, la misma regulación sin límite del hombre ordinario. En un momento en que el más lejano punto del globo ha sido conquistado por la tecnología y sido abierto para la explotación económica; cuando cualquier incidente, no importa donde o cuando ocurra, puede ser comunicado al resto del mundo casi en el acto … cuanto el tiempo ha dejado de ser algo más que velocidad, instantaneidad y simultaneidad, y el tiempo como historia ha desaparecido de las vidas de todos los pueblos, cuando un boxeador es visto como un gran hombra a nivel nacional, cuando a las reuniones de masas acuden millones de personas, entonces, sí entonces, a través de todo ese torbellino, una cuestión seguirá atormentándonos como un fantasma ¿Por qué? ¿Y después de esto qué?"

El pasaje citado resume lo que muchos pensadores europeos tradicionalistas y conservadores piensan realmente del americanismo, aunque uno debe admitir que se pueden encontrar opiniones igualmente antiamericanas en autores americanos contrarios al igualitarismo y la democracia, que coincidirían gustosos con cada comentario de Heidegger. Autores como Ezra Pound, Lathrop Stoddard, Revilo P. Oliver, o Francis Parker Yockey, se veían a sí mismos como patriotas americanos, y aunque sin embargo fueron denunciados como *no americanos* por sus contrarios liberales, no dudaron a su vez en usar esas mismas acusaciones de antiamericanismo contra sus detractores. Sin embargo, cuando palabras antiamericanas salen de un pensador europeo tan importante como el gran filósofo Martin Heidegger, que estuvo asociado durante un tiempo al experimento nacionalsocialista, esas palabras tienen un peso específico. Después de todo, Heidegger no puede ser presentado como un lunático derechistas. La razón por la que Heidegger y otros autores de su talla en Europa y América son a menudo llamados antiamericanos descansa no tanto en su crítica de la sociedad americana. Su imagen antiamericana se debe ante todo al hecho de que rechazan claramente la democracia parlamentaria y el mito inspirado por Estados Unidos de la posmodernidad. En el mundo occidental moderno y posmoderno, está saturado por la ideología del antifascismo y el democratismo, su prosa antiamericana nunca será suficientemente creíble y estará condenada al ostracismo. Aún más, en un clima no liberal, Martin Heidegger, junto a sus colegas americanos debería ser una lectura obligatoria y tener un papel influyente en los estudios posmodernos. Por desgracia, la simpatía hacia esas ideas anti-igualitarias, inspiradas por la herencia del conservadurismo revolucionario, el anarcoconservadurismo, el sistema parlamentario no jerárquico, o en el históricamente marcado nacionalsocialismo o fascismo, no importa lo cuidadosamente planteadas que sean, serán denunciadas como fascistas por los posmodernos creadores de opinión. Los libros de autores fascistas, incluso si su contenido incluyese sólo cuentos de hadas, nunca alcanzarán una gran audiencia.

En contraste con las especulaciones sin fin de Heidegger sobre la pérdida del Ser en el tiempo americanizado, uno puede ver opiniones similares, menos coloreadas por la jerga metafísica y, sin embargo, similares en su mensaje antiamericano y antimoderno. Después de leer los comentarios críticos sobre América y el americanismo de un peso pesado del nacionalsocialismo, Joseph Goebbels, el principal propagandista cultural del III Reich, uno se asombra por las semejanzas entre las opiniones de Heidegger y las opiniones de pensadores conservadores europeos posteriores sobre el sistema americano. Además, durante la última década, las opiniones de goebbels sobre el americanismo han sido usadas, sin saberlo ellos, por los críticos izquierdistas de América. Goebbels parece posmoderno cuando escribe en el ya distante 1942, en plena Segunda Guerra Mundial, que "cuando menos conoce un americano sobre alguna materia más probable es que hable sobre la misma como un experto. Honestamente creen que los europeos esperan ser cuidados y dirigidos por ellos".

Opiniones críticas similares de América pueden ser encontradas entre académicos derechistas e izquierdistas en Francia durante la segunda mital del siglo XX. Con o sin la fama de Goebbels, muchos europeos hoy se hacen eco de opiniones similares sobre América y están dispuestos a quejarse privadamente sobre la necesidad compulsiva de los americanos de compartimentar cualquier terreno de la existencia humana. Probablemente, el punto más fácil de singularizar de la prosa de Goebbels sobre el americanismo es su crítica de la decadencia cultural americana, más en concreto cuando escribe que "americanización es una forma de *Verkitsckung* (…) Si los americanos no tuvieran dinero probablemente serían el pueblo más despreciado de la tierra". Después de la Guerra Fría opiniones similares comenzaron a circular en los círculos culturales europeos entre sectores crecientes de la intelectualidad. Como único superpoder del planeta, cualquier fallo menor de sus políticos exterior o interior, se convirtió en el tema de críticas injustificadas.

Incluso sin la presencia de Goebbels, el supuesto materialismo de la civilización americana debía generar la presencia de nuevos enemigos a todo lo largo y ancho del mundo. La religión americana del dinero como forma de salvación espiritual, se convirtió en el principal blanco de críticas. Fue la idea excesiva de progreso y su exagerado énfasis en el bienestar material lo que muchos críticos europeos encontraban insultante. Goebbels reconoce a América únicamente como una civilización tecnológico cuando escribe: "Por más que salvaguardemos los triunfos de la civilización moderna y deseemos hacerlos nuestros para mejorar nuestras vidas, estamos igualmente convencidos de que no deben ser vistos como el significado del Ser". Probablemente, si dejásemos fuera el nombre de Goebbels, o de otros autores protofascistas con opiniones similares sobre América y el americanismo, éstas podrían entrar libremente en el mundo académico y lograrían captar la atención del lector posmoderno. Sin embargo, si un autor es designado a priori como "monstruo fascista", o como un "increíble diablo nazi", como lo fue Goebbels, entonces esas mismas observaciones sobre América, caerán en oídos sordos. En consecuencia, uno tan sólo puede hacer comentarios críticos sobre América cuando cita a autores que estén de acuerdo con los cánones del dogma socialista y liberal.

Esto nos conduce de nuevo al terreno de la ideología, del que América pretendía haberse librado, sobre todo en el campo del a política. Difícilmente podrá encontrarse un político americano que esté dispuesto a admitir que existe alguna ideología en América. Los sociólogos y políticos americanos han asociado tradicionalmente la ideología con la lucha en el Viejo Continente por el poder. Para ellos cualquier ideología tiene algo específicamente antiamericano, algo incompatible con los principios de libertad y democracia parlamentaria, algo normalmente ligado a ideologías desacreditadas com el comunismo y el nacionalsocialismo. Las élites americanas, en su lugar, prefieren la palabra "administración", en que el mercado omnipotente controla la política pura y dura. Sin embargo, si uno tuviera que sistematizar las premisas con que América presenta al mercado como último objetivo humano, ¿acaso no ser vería obligado a reconocer que la veneración del mercado se ha convertido a su vez en otra ideología?

Las élites políticas americanas han señalado particularmente la noción de libertad a la hora de describir el experimento único norteamericano, mientras al mismo tiempo evitaban cuidadosamente el señalar lo obvio, que era el sueño de progreso económico y no el concepto abstracto de liberatad lo que había unido a los Padres Fundadores. Charles Beard, un prominente historiador americano, escribe que América se fundamentaba en las premisas económicas y capitalistas de "democracia para hacerse rico" y que los creadores de la Constitución, literalmente, "usurparon los principios de la democracia jeffersoniana". Si uno acepta sus tesis bien podría concluir que el ciudadano americano, como resultado de doscientos años de selección biológica y racial constituye hoy una mezcla infraeuropea que, aunque de aspecto europeo debido a sus

fenotipos, tiene una cierta proclividad a actuar únicamente como agente económico. Esta selección biológica negativa afectará a la conducta de futuras generaciones de americanos. Los americanos cuyos valores e intereses eran distintos tuvieron que ser expulsados del centro decisorio de la política norteamericana o no pudieron interpretar un papel importante en la realización del sueño americano. Uno puede, en consecuencia, usar el sinónimo de *Homo economicus* para el *Homo americanus*, dado que el americano posmoderno está orientado exclusivamente hacia la acumulación de bienes materiales, hasta el punto de convertirse él mismo en un bien material.

Algunos de los primeros eugenistas americanos indicaron este punto, la mezcla americana del *Homo economicus*, a la atención de un público académico más amplio, señalando que "América era el resultado de una selección económica (…). En conjunto, la influencia dominante en la creación de América, ha sido principalmente burguesa, y la población ha sido seleccionada de acuerdo con las necesidades del régimen capitalista". Si uno acepta la hipótesis de un genotipo americano distinto que ha surgido como resultado de una selección social capitalista, entonces no cabe otra salida que dar cierta credibilidad a Heidegger, sobre todo en su afirmación de que tanto americanos como soviéticos han logrado crear una mezcla infrarracial a partir de negros, mexicanos y otros inmigrantes no europeos.

En vista de esto, racialistas y eugenistas europeos, difieren considerablemente de los racialistas americanos, ya que los primeros tienden a enfatizar más el papel de la continuidad histórica, subrayando la importancia del terreno político-cultural en la acción interhumana. Por el contrario, el liberalismo y su deriva americanista, han traído consigo una selección sociobiológica al fomentar el gen mercantil. El dogma americano de la supervivencia del más fuerte se aplica básicamente no al más fuerte en los terrenos del arte, la política o la solidaridad entre los trabajadores, sino al más fuerte en el comercio capitalista. Ludwig Woltmann, un antiguo académico nacional-racialista de izquierdas, que tuvo un impacto significativo en el desarrollo de la teoría racial en la Europa de la primera mital del siglo XX, escribe que "la selección económica bajo ciertas circunstancias, puede tener conscuencias específicas y degenerativas, especialmente cuando el comercio y el dinero juegan un papel demasiado prominente en la conducta humana". Uno no debe, sin embargo, olvidar que el racialismo y la eugenesia tuvieron numerosos apoyos en América y que ambos campos estuvieron concectados con el primer liberalismo americano. Incluso el liberalismo moderno, parapetado bajo expresiones como "derechos humanos" y "democracia", promueve una durísima selección dentro del mercado, recompensando tan sólo a aquellos que triunfan en el mismo.

[…]

El término antiamericano parecer ser una palabra frecuente para definir a los enemigos del americanismo. Es un término amorfo usado por las élites americanas, no importa lo mucho que rechacen denominaciones ideológicas al señalar a los enemigos de Amèrica. En tiempos de crisis el término antiamericano es usado por las élites americanas que expresan cualquier crítica contra las distintas administraciones americanas… Debido a un curioso giro semántico, a finales del siglo XX, criticar la política de Israel, el aliado americano, puede también traer consigo el ser etiquetado como antiamericano. Criticar los mitos fundacionales de América puede acarrear a su autor, como sucedió con Jockey, un doble estigma: ser antiamericano y antisemita. No se puede dejar a un lado la posibilidad de que criticar el sistema americano en el futuro próximo acabe por ser considerado como un acto hostil, de la misma manera que en la antigua Unión soviética la crítica del comunismo fue considerada como un acto criminal. Ambos sistemas, uno periclitado, el otro aún presente, están filosóficamente conclusos, lo que excluye cualquier tipo de alternativa ideológica […].

¿Qué es el antinorteamericanismo?

Roger Garaudy

El antinorteamericanismo no es una expresión de nacionalismo ni de racismo, ni propugna la exclusión de sus semejantes, o de un pueblo. Es la lucha contra un sistema, contra una concepción del hombre y de un modo de vida. Históricamente, este sistema, nació en el continente que hoy en día trata de imponerlo a todo el mundo, valiéndose del poder de las oligarquías políticas, financieras y militares, que dirigen Estados Unidos. Pueden hacerlo, puesto que cuentan con la complicidad y el servilismo de los dirigentes de muchos países.

Para ser más claros -sobre todo para aquellos que quieren confundir antinorteamericanismo y xenofobia- y para quitarle a la palabra "norteamericano", que designa un modo de vida y una concepción del mundo, todo lazo geográfico o étnico con aquellos que nacieron o emigraron a América del Norte desde 1620 en el "Mayflower", creando un sistema colonial y racial (según sus orígenes), dominante y mercantilista (según su historia), designó como "norteamericano", a todos aquellos que en el mundo quieren imponer este modelo. La principal característica de éste es la sumisión de la sociedad a las exigencias de la economía de mercado y no la economía y el mercado al servicio de la sociedad.

Margaret Thatcher y Tony Blair, Chirac y Jospin (con el "desvanecimiento del estado ante el mercado"), Schröder, Solana y tantos otros del mismo "gang", son tan "norteamericanos" como Clinton o Madeleine Albright, Kissinger o Brezinzski.

Este es el fundamento de nuestro "antinorteamericanismo": "está dirigido contra un sistema y sus dirigentes, y luchar para liberar al pueblo norteamericano, que en su gran mayoría es como nosotros, víctima del mismo sistema".

Tenemos que combatir la ideología norteamericana en todas partes. A veces hasta en nosotros mismos, puesto que este sistema, como lo demostraremos, si finalmente triunfara, nos conduciría al suicidio planetario, al fin del hombre, es decir, al fin de la incesante búsqueda del sentido humano y divino de la vida y de nuestra historia común.

La ideología norteamericana no lleva este nombre en razón de una supuesta tara propia de un pueblo o de una nación, sino porque es en ese país donde se encuentra el complejo militaro-industrial que dirige la política estadounidense y posee hoy en día, gracias a las dos guerras mundiales, la máxima riqueza y poderío.

Nuestro análisis tendrá como objeto retrasar su génesis, las etapas de su desarrollo, el período actual, las convulsiones de este mundo enfermo que nos conduciría al precipicio, si no tuviéramos los medios para hacerle frente.

Los mitos fundadores de la politica norteamericana

Se llamó "Nuevo Mundo" a las nuevas tierras descubiertas, porque el colonialismo ignoró y destruyó sistemáticamente las brillantes civilizaciones que desde hace milenios florecían en este continente, que habían ya conocido en el hemisferio Sur, tales destrucciones desde la llegada de Colón, que el primer sacerdote ordenado en América y que llegó a ser obispo, Monseñor Bartolomé de Las Casas, escribió en su libro La Destrucción de las Indias: "la barbarie vino de Europa".

En el hemisferio Norte, más allá de México, el colonialismo se introdujo bajo una nueva forma. En 1620, un grupo de emigrantes calvinistas puritanos que huían de las persecuciones de Enrique VIII, desembarcaron en Massachusetts y consideraron que su vocación era la de crear una nueva tierra "prometida". Esos colonos que llegaron a ser siglos más tarde los creadores de Estados Unidos, se enraizaron en un país que no tenía historia y que lo

fundaron sobre un mito: su partida de Inglaterra era un nuevo "éxodo" bíblico.

América era la "tierra prometida" destinada a construir el Reino de Dios. Entonces invocaron esta misión divina para justificar la cacería de indios y el robo de sus tierras, según el precepto bíblico de Josué y de sus "exterminaciones sagradas": "Es evidente -escribe uno de ellos- que Dios incita a los colonos a la guerra... Los indios como probablemente las tribus de los amalecitas y de los filisteos que formaron una coalición con otros pueblos contra Israel". Truman Nelson, "The puritan of Massachusetts: From Egypt to the Promise Land".

La "tierra prometida" llegó a ser desde entonces una tierra conquistada. Esta práctica de expoliaciones y de matanzas no estaba en contradicción con su concepción religiosa, puesto que el enriquecimiento como la victoria era para ellos el signo de la bendición divina.

En su discurso inaugural como presidente de Estados Unidos, al proclamar la independencia de Inglaterra -Georges Washington, el padre fundador- formuló la más perfecta definición de lo que sería el principio director de la política norteamericana hasta nuestros días: "Ningún pueblo como Estados Unidos debe agradecer y adorar tanto la mano invisible que conduce los asuntos de los hombres. Cada paso, que los hace avanzar en la vía de la independencia nacional, parece llevar la marca de la intervención providencial"

La "mano invisible" es la expresión inventada por Adam Smith para coronar su teoría económica: si cada individuo persigue su propio interés personal, el interés general se realizará. Una "mano invisible" realizaría esta armonía.

Washington ve en esta "mano invisible" la intervención providencial de Dios, al mismo tiempo que la ley fundamental de la armonía entre los intereses individuales y el interés general.

Su sucesor John Adams, escribía en 1765: "No ceso de considerar la fundación de Norteamérica como una obra de la Providencia, concebida con vista a guiar y emancipar a la porción de la humanidad que aún está reducida a la esclavitud". El escritor Herman Melville decía en el siglo XIX: "Nosotros los norteamericanos, somos un pueblo particular, un pueblo elegido, el Israel de nuestro tiempo, llevamos sobre nuestros hombros el arca de las libertades". ("America as a civilization", página 893.)

Es significativo cómo, aún en nuestros días, se invoca esta profesión de fe. En cada dólar están impresos juntos, su primer autor, Washington y un lema inesperado en un billete de banco: "In God we trust", (Confiamos en Dios).

Esta será una constante de la política del nuevo "pueblo elegido": Dios y el dólar son las dos tetas del poder.

El sucesor de Washington en la presidencia de Estados Unidos, John Adams, había declarado por su parte: "América ha sido creada por la Providencia para que sea el teatro donde el hombre pueda alcanzar su propia estatura."

Los primeros teóricos de la confederación como el reverendo Dana, no cesaron de subrayar la filiación divina del nuevo estado: "La única forma de gobierno, expresamente instituida por la Providencia, fue aquella de los hebreos. Era una república confederal con Jehová a la cabeza".

El tercer presidente de Estados Unidos, Jefferson, proclamaría también que su pueblo era "el pueblo elegido por Dios". (Notas sobre el Estado de Virginia. Sección XIX)

También el presidente Nixon, dos siglos después, dirá: "Dios está con América. Dios quiere que América dirija el mundo".

Todos los presidentes de los EEUU justificarán de esta manera sus políticas depredadoras.

La contradicción entre la profesión de fe y su práctica real es una constante de la política norteamericana: el presidente Mac Kinley partió a la conquista de las Filipinas para "educarlos, civilizarlos y cristianizarlos".

Citemos algunos ejemplos: "Debo proteger a nuestro pueblo y sus propiedades en México hasta que el gobierno mexicano comprenda que hay un Dios en Israel y que es un deber obedecerle".

El lenguaje no ha cambiado desde Washington a Clinton, Norteamérica según los oligarcas que la dirigen, no ha cesado de ser el brazo armado de la Providencia Divina.

En plena guerra de Vietnam el Cardenal Spellman, Arzobispo de Nueva York, hablando en nombre de todos aquellos que "creen en Norteamérica y en Dios" fue a Saigón para decirle a los que masacraban vietnamitas: "¡Ustedes son los soldados de Cristo!".

Incluso hoy, para justificar el armamentismo y el tráfico de armas -que son el fundamento más eficaz de la "prosperidad económica" de Estados Unidos, gracias a las subvenciones gubernamentales y al financiamiento por parte del Estado de la investigación y el desarrollo en favor de las industrias de la guerra y la venta de armas en el extranjero, que es el sector más floreciente de las exportaciones norteamericanas-, el ideólogo del Pentágono Samuel Huntington en su libro El choque de las civilizaciones disfraza los proyectos de hegemonía mundial de Estados Unidos en una cruzada religiosa donde opone "la civilización judeo-cristiana al contubernio islamo-confuceano".

Los políticos, los medios de comunicación y sus promotores, se encargan de anestesiar al pueblo, disfrazando estos mitos en la realidad histórica. Y ello desde sus inicios. Uno de los primeros y de los más penetrantes analistas de la política norteamericana, Tocqueville, anotaba: "No sé si todos los norteamericanos tienen fe en su religión, pero estoy seguro que la consideran necesaria para el sostén de sus instituciones republicanas". Agregando: "Los unos profesan dogmas cristianos porque creen en ellos, los otros porque temen dar la impresión de no creer... En Estados Unidos el soberano es religioso y en consecuencia, la hipocresía debe ser común".

Alexis de Tocqueville ya había descubierto este conformismo en su libro La Democracia Americana en 1840: "No conozco un país donde haya tan poca independencia de espíritu y tan poca discusión como en Estados Unidos".

En 1858, el escritor Henry David Thoreau, uno de los raros disidentes, autor de Walden y La vida en los bosques, escribía: "Nadie tiene necesidad de una ley para controlar la libertad de la prensa. Ella misma se encarga y más de lo necesario. Virtualmente, la comunidad, alcanzando un consenso relativo frente a lo que se puede expresar, ha adoptado una plataforma y ha convenido tácitamente en excomulgar a cualquiera que se separara de ésta; tanto es así que no hay una persona entre mil que se atreva a expresar una idea diferente". El acondicionamiento y la manipulación de la opinión pública, que constituyen hoy en día, en los países cuyos dirigentes han aceptado la tutela norteamericana, el llamado "pensamiento único", fue una de las características del "norteamericanismo" original.

El maccarthismo no esperó a Mac Carthy, en 1952, para reinar, pero éste dio la marca de fábrica al "antinorteamericanismo" en Estados Unidos mismo, al perseguir las actividades "*unamerican*" (antinorteamericanas o "no-norteamericanas"), hasta entre los intelectuales más respetables, por ejemplo Oppenheimer, uno de los pioneros de la investigación en energía atómica.

Este componente del norteamericanismo, en una época de apogeo de Estados Unidos, es una versión moderna del puritanismo inquisitorial de los orígenes, cuando los legisladores de Connecticut, por los años 1640-1650, según lo que nos cuenta Tocqueville, dictaban esa ley penal sacada de los "libros sagrados": "El que adora a cualquier otro Dios que el Señor será ajusticiado."

La diferencia fundamental, es que se sigue invocando al mismo Dios para defender otros "valores", o más bien, una ausencia de valores que no sean mercantiles: la libertad (de comercio) o los "derechos

humanos" (que son la última preocupación de los oligarcas).

Tal era pues el primer Mito de la política norteamericana, el más sangriento de todos: nosotros somos el "pueblo elegido" y esto ha servido de justificación a todas las tropelías nacionalistas y colonialistas, al establecer una jerarquía entre razas superiores y razas inferiores con el "derecho" de dominación que de ahí se desprende y también con la pretensión de situarse, gracias a esta investidura divina, más allá de cualquier ley internacional (por ejemplo, las decisiones de la ONU que pueda emanar de las voluntad humana. (El Estado de Israel consideraba como "papel mojado" -- tal es la expresión de Ben Gourion -- la primera Resolución de la ONU: aquella que instituye este Estado y que fija sus fronteras, y por otro lado Estados Unidos llevando a cabo la guerra con Yugoslavia, violando todos las leyes internacionales sobre la soberanía de los pueblos, y sin mandato de la ONU)

Por ejemplo, sabemos a qué precio, en su variante hitleriana, la denominación de "pueblo elegido" condujo a la exaltación de la superioridad de la "raza aria", del "pueblo elegido" germano, que tenía por misión crear un "hombre nuevo" para instaurar su predominio universal. A tal pretensión de reconocerse como resultado de una "elección divina", Rousseau responde con firmeza: "Su Dios no es el nuestro, les digo a estos sectarios. Aquel comienza por elegir un solo pueblo y proscribe al resto del género humano, por lo tanto, no es el padre común de todos los hombres."

El segundo fundamento del antinorteamericanismo es aquel que nace de la Declaración de la Independencia y de su interpretación inmediata por el Secretario de Estado a la tesorería designado por Washington: Alexandre Hamilton.

Hamilton era, esencialmente, un discípulo de Adam Smith. Consideraba que la propiedad privada era un derecho "sagrado" del hombre y que en el mercado (donde se encuentran, guiados sin que lo sepan por una "mano invisible") los intereses personales convergen hacia el "interés general". Además el mercado es el único regulador de las relaciones sociales.

Hamilton se aleja de Smith en un punto solamente: el papel del Estado. Hamilton considera que el Estado no debe intervenir para atenuar las crecientes desigualdades que necesariamente engendra el libre juego de la competencia en el mercado, sino por el contrario debe hacer pareja con las empresas más triunfadoras, disminuyendo sus impuestos y las tasas y acordándole el máximo de ayuda o pedidos públicos.

En particular, el Banco Central debe gozar de un estatuto autónomo que lo ponga al resguardo de todo control democrático, susceptible de interferir en el enfrentamiento permanente entre los fuertes y los débiles.

Uno de los tratados más sorprendente de la doctrina de Hamilton (tan próximo a Georges Washington que fue éste quien inspiró el discurso de despedida a la Nación, a la hora de su retiro) es el lugar que le acuerda a la "corrupción" como un elemento motor del sistema, ya que es una iniciativa mayor en la búsqueda del interés personal.

El característico papel de la corrupción -- indispensable corolario de la economía de mercado- del norteamericanismo triunfante hasta hoy en día, es decir, el "monoteísmo del mercado" es reconocido como una consecuencia lógica e ineluctable del sistema.

Alain Cotta, en su libro sobre *El capitalismo en todos sus estados* define la lógica del sistema: "El aumento de la corrupción se asocia al aumento de la actividad financiera y de los medios de información. Mientras que la información lo permita, con respecto a operaciones financieras de todo tipo -- en particular las de fusión, adquisición y de la OPA -- para amasar en algunos minutos una fortuna que sería imposible obtener con el trabajo de toda una vida, la tentación de comprar y de vender se vuelve irresistible." El autor agrega: "la economía mercantil no puede más que favorecerse por el desarrollo de este auténtico mercado... La corrupción juega un papel análogo a un plan."

Noam Chomsky definió perfectamente el objetivo esencial de la política exterior norteamericana de defensa de la

"democracia", es decir, de las sociedades "abiertas": "La política extranjera de Estados Unidos está concebida para crear y mantener un orden internacional en el marco de la cual las empresas norteamericanas puedan prosperar. Un mundo de `sociedades abiertas', lo que significa, sociedades abiertas a las inversiones fructíferas, favorables a la expansión del mercado de exportación de recursos humanos y materiales por las empresas norteamericanas y sus sucursales locales. Las `sociedades abiertas', en su verdadera acepción del término, son sociedades que están abiertas a la penetración económica y al control político de Estados Unidos".

Tales fueron al origen los principales componentes del "norteamericanismo":

La convicción de ser el "pueblo elegido" teniendo el "destino manifiesto" de dominar el mundo para instaurar la ciudad de Dios.

La certeza que el signo de esta elección divina es el logro y el éxito, donde la manifestación más evidente es la riqueza, sean cuales sean -- según la concepción de Hamilton, al alba del sistema -- los medios empleados por los "ganadores" para obtener dicha riqueza.

La desigualdad inicial debido a la raza o a la herencia de una condición social hacen del "libre cambio" una regla de juego eficaz para otorgar a los más fuertes la posibilidad de aplastar a los más débiles.

De esto, se deduce que el logro en los negocios es "un acto moral", según la expresión de Schlesinger, y que los "ganadores", sobre todo los grandes ganadores, serán no sólo honorados sino santificados. También John Rockfeller evocaba su "misión": "Dios es quien me ha dado la fortuna... El poder de ganar dinero es un don de Dios... Habiendo recibido este don, estimo que es mi deber ganar todos los días más dinero y emplearlo para la humanidad según el modo que me dicte mi consciencia."

El mismo aroma espiritual se desprende de los sucesos económicos del país, como así también el de los logros individuales. En un "seminario" sobre el tema de la "Salud económica y salud espiritual" organizado en Los Angeles, en mayo de 1981, se reunieron 300 jefes de empresas bajo el patrocinio de la Casa Blanca. Nelson Hunt -- propietario de la cadena hotelera Hilton -- declaraba: "Lo más importante para nuestro país es tener un medio ambiente espiritual que nos permita ganar dinero y que nosotros seamos los ganadores."

Desde 1840, el primero y más perspicaz observador de Estados Unidos, Tocqueville, en su libro La democracia en Norteamérica, analizaba los mecanismos en relación al naciente Estado: "No conozco otro pueblo en donde el amor por el dinero tenga un lugar tan grande en el corazón de los hombres. Un pueblo de aventureros y especuladores." No es esta una apreciación racista sobre un pueblo, sino la consecuencia de condiciones históricas del nacimiento de una "nación" que, como dice Tocqueville, era un "conglomerado" de emigrantes sin historia ni cultura común. La gran mayoría de estos hombres, originarios de distintas culturas, venían para encontrar trabajo y ganar dinero. El único lazo que los unía -- irlandeses o italianos, mexicanos o chinos -- era análogo a los lazos entre el personal de una empresa y quien los contrataba. A ninguna cultura autóctona (los indios estaban excluidos) se le podía asignar una finalidad espiritual común a tal agrupamiento de desarraigados.

Incluso si los hechos fueron ocultados por los mitos fundadores (como el de la "elección divina" y el del "destino manifiesto"), Estados Unidos fue desde sus orígenes una organización regulada por la sola racionalidad económica y tecnológica, en la cual cada individuo participa como productor y consumidor, como roturador o como especulador, como predador rival de todos los otros para apropiarse de la tierra, del petróleo o del oro, con el solo objetivo de acrecentar cuantitativamente su poder de compra y, si fuera necesario, con la corrupción del hombre, según el dogma hamiltoniano de la primacía de la corrupción. Toda reflexión sobre la finalidad última y el sentido de la vida no tiene en este sistema, ninguna razón de ser y pertenecerá, como un asunto privado, a una ínfima minoría resistiendo heroicamente al

ambiente de vacío espiritual en un universo neodarwiniano obediente a, lo que uno de sus más brillante partidario llama, "la ley divina del mercado".

Esta ausencia de finalidad, más allá de la del poderío y la riqueza, es no sólo una característica del sistema sino una condición de supervivencia.

Luttwak evoca con mucha franqueza y cinismo que -- en el régimen que él defiende y que es el último desarrollo del capitalismo -- "la pérdida de autenticidad de la persona está de alguna manera prevista. El abandono deliberado de la consciencia por una existencia sonámbula... es la mejor opción que queda. Es la garantía del éxito por parte de los empresarios de alto vuelo, los políticos de primer plano y otros ganadores, y echarán a perder todo si en los fines últimos... El turbo capitalismo no se conforma sólo con conquistar el mercado, sino que extiende su opresión a todas las esferas de la actividad humana."

Esta ausencia de toda finalidad propiamente humana o divina es la característica más profunda del "norteamericanismo" reinante hoy en día en el mundo: la confusión entre los medios y los fines, la sustitución del "cómo" o del "por qué". El dinero convertido en religión es el medio que sustituye todos los fines.

La lucha contra esta enfermedad -- el "norteamericanismo" -- , es una lucha para curar al mismo pueblo norteamericano, víctima de la oligarquía financiera, de políticos y militares que imponen una vida sin objetivos, una política y una historia sin significación; como la que intentan imponer en el mundo entero.

Una definición profunda del "monoteísmo del mercado", que es el dogma dominante del norteamericanismo, está dada (a propósito de la enseñanza de la economía política, pero es válida para todos los campos de la cultura) por el economista Michel Albert en su libro Capitalismo contra capitalismo: "El imperativo categórico de evacuar la cuestión filosófica de la finalidad."

Haciendo la génesis del norteamericanismo, no podemos olvidar que Estados Unidos había proclamado su independencia siendo una colonia; con todo lo que ello implica de racismo fundamental de parte de la "raza superior", es decir, la de los colonos.

Sin esto, no podremos comprender la contradicción fundamental del sistema, de su proclamación abstracta de universalismo en favor de la "raza blanca" y del rechazo del otro, indios o negros en particular.

Así, desde el comienzo de la "competición" económica exige una desigualdad radical.

Primero, en base al censo de 1790, los esclavos negros estaban excluidos de todo derecho cívico -- recordemos que constituían el 17% de una población de 4 millones de habitantes -- donde entre los blancos de Boston -- para mencionar sólo un ejemplo -- el 10% de los más ricos poseían 5/8 del conjunto de los bienes de la población, constituida (además de esclavos negros) por obreros y marinos pobres.

Los argumentos para justificar la esclavitud fueron variados. En principio fueron religiosos: para los recién llegados, poseedores del proyecto divino de reconstruir la "ciudad de Dios" en el "Nuevo Mundo", los indios no eran cristianos, sino el sostén del demonio que convendría exterminar, tal como fue Josué para los amalecitas.

Esta justificación religiosa se sustituye, o mejor se agrega, al argumento fundado sobre una concepción simplista, unilateral y evolucionista de la historia: los indios, como las "bestias salvajes", viven de la caza. "Vivir de la agricultura es un hecho del género humano; vivir de la caza es un hecho del género animal... La Revelación dijo al hombre: trabajarás la tierra." Ello definió la condición humana.

Demoníaco es el argumento que se acopla perfectamente con el argumento racista de "bárbaro" y es lo que desencadena la voluntad de destruir a su semejante, diabolizándolo .

Franklin aconsejaba incitar a los indios al alcoholismo para acelerar su desaparición y, mientras tanto, despojarlos de la Tierra: "Soy

de la idea de obligarlos a ceder una porción de su territorio, el que nos convenga mejor para nuestro emplazamiento."

En nombre de este mito religioso y racista, Estados Unidos comenzará la empresa más grande de "depuración étnica" de la historia, a través de la "caza del indio", donde la resistencia será aplastada militarmente recién en 1790, con la masacre de siuxs en Wounded Knee.

El mismo desprecio colonialista y racista hacia el otro, se desencadenará hacia los negros a través de la trata de esclavos.

Aquí, nuevamente sirvió de apoyo la referencia bíblica. S. Sewail, juez de la corte suprema de Masachusetts (y quien presidirá el tribunal que condenó a las brujas de Salem) toma de la Biblia y en San Pablo (Primera Epístola de los Corintios XII, 13-26) la prueba que Dios ha permitido la esclavitud y que los negros han heredado de Ham la furia divina.

Después, bajo la influencia de la "filosofía de las luces", los esclavistas se proclamaron herederos de la ley natural y de la filosofía de Locke; hasta el momento en que aparece el argumento económico disfrazado en teología: "La Providencia Divina ha designado esta colonia para que los esclavos negros trabajen, y a diferencia de los europeos, fueron elegidos gracias al clima caluroso al que están habituados mejor que los blancos."

En efecto, esto permite poner en relieve el territorio.

Una biología racista viene a reforzar y justificar la idea de inferioridad de "esta raza de hombres naturalmente serviles".

La contradicción es evidente entre la Declaración de la Independencia (hecha por colonos propietarios de esclavos) proclamando "igualdad de derechos para todos los hombres", al mismo tiempo manteniendo la esclavitud durante más de un siglo, y la discriminación del negro hasta nuestros días, y aún dos siglos después, en nombre de la "defensa de los derechos del hombre" continúan la masacre de niños y civiles a través de bombardeos aéreos, de hambruna y de la destrucción de infraestructuras económicas.

Los esclavos -- excluidos de la participación civil por la Constitución y sus "instituciones particulares" -- son, como lo escribió Aristóteles 20 siglos antes, "útiles parlantes".

Los "derechos del hombre" son los del hombre blanco y, para Estados Unidos, los WASP (White anglo-saxons protestants).

Ningún de los "códigos de la esclavitud" de los Estados Confederados incluía el derecho de voto, ni el derecho a la propiedad, ni el de portar armas; ninguno estaba abrogado por la Constitución.

En cuanto a los indios, éstos eran oficialmente excluidos (no pagando los impuestos) de la denominación de ciudadanos, por las mismas razones racistas.

Una ley de 1892 restringió oficialmente la inmigración de "razas orientales".

A partir del siglo XIX la influencia del "darwinismo social" (la eliminación del más débil por los más fuertes) extenderá rápidamente esta discriminación, fundada bajo criterios económicos y sociales.

Esbozar la trayectoria del norteamericanismo es trazar, en el "círculo" del Infierno de Dante, zonas cada vez más extensas sometidas al sistema.

El primer círculo es el de América del Norte, el de la "depuración étnica necesaria" para llevar a cabo el genocidio de los indios, con el fin de realizar -- para disponer de sus tierras rebosantes el trigo y el maíz y el subsuelo con oro y petróleo -- la acumulación primitiva necesaria para abordar el segundo círculo, el de América Central y del Sur.

El punto de partida "legal" de esta primera fase es, simbólicamente, la segunda enmienda de la Constitución, autorizando a los ciudadanos norteamericanos (es decir, sólo los "blancos" cualquiera que sea la nacionalidad de origen) a tener un arma personal. Primitivamente destinada a protegerse contra los "nocivos" (los autóctonos) y destruirlos.

Esta disposición tenía un carácter primordial e incluso sagrado, al punto que la enmienda es aún intocable, permitiendo la venta libre de armas a una escala tal que la cantidad vendida sobrepasa hoy en día el número de ciudadanos norteamericanos (más de 200 millones).

La ruta hacia el Oeste tomó una amplitud creciente con la ola de inmigrantes. La composición de ésta era heterogénea: los proscritos, los emigrados políticos, los que se escaparon de la represión de la Santa Alianza en Europa o de tiranos de otros continentes. La gran masa estaba constituida por campesinos sin tierra ávidos por poseer una, obreros sin empleo, venidos a menos y desesperados; pero también especuladores, marginados y desertores.

El "sueño americano" de una extensión gigantesca en donde cada uno puede apoderarse de un terreno, según sus fuerzas, contra una población autóctona poco numerosa e irrisoriamente armada. Así fue como América del Norte que contaba con una población de 600.000 indios en 1776, en 1910 esta cifra descendió a 220.000, siendo además internados en los campos de concentración -- las famosas "reservas" -- luego de la matanza de Wounded Knee de 1890, y deportados en condiciones inhumanas.

Pero la violencia desenfrenada no se limitaba solamente a la masacre de autóctonos -- en donde el general norteamericano Sherman, que practicaba contra ellos lo que luego dieron en llamar la "guerra total", daba la definición de "un buen indio es un indio muerto" -- sino que los aventureros, que se ofrecían como "roturadores", se peleaban entre ellos -- individualmente o entre bandas rivales -- para repartirse el botín. Numerosas películas norteamericanas, a pesar de su apología, nos muestran lo que fue la jungla salvaje de estos predadores, para quienes el revólver o el fusil eran la única ley y justicia.

Así se formaba, aureolado por el mito de la "frontera", la imagen del héroe norteamericano, por ejemplo, el mismo que encarna los Tarzán y los James Bond, imágenes emblemáticas de esa violencia siempre victoriosa en las relaciones tanto entre los individuos como con el Estado.

La "frontera" no tiene para los norteamericanos el mismo sentido que para los europeos: no es el límite catastral de un Estado (variante según las vicisitudes de las guerras) sino una línea siempre en movimiento hasta que el invasor caiga en el Océano Pacífico y se proclame entonces "el cierre de las fronteras". Pero esto está siempre ligado a la lucha donde el hombre es el lobo del hombre y donde la victoria se la lleva el más fuerte, ya se trate de represión o expoliación de los indios, o de luchas entre blancos por la posesión del botín.

Es por eso que la "Guerra de Secesión" entre los Estados del Norte se libró con la misma brutalidad y, simbólicamente, por los mismos hombres: el general Sherman dirigía contra los sudistas la misma "guerra total" en nombre del mismo rechazo y con la misma voluntad de destruir al otro, diabolizándolo.

El descubrimiento de yacimientos de oro en California exasperó aún más esta lucha entre rivales para apoderarse de las pepitas.

La ordenanza de 1785 sobre la "venta" de tierras del Oeste marcó la apertura de la caza a los indios y entre rivales, por el derecho de apropiación de territorios hasta el Pacífico.

En 1823, el presidente Monroe formula la doctrina que marcará el inicio de la conquista del "segundo círculo". Este considera el continente americano como un todo, donde Estados Unidos será el protector: "A los europeos el Viejo Continente, a los norteamericanos el Nuevo."

Este "círculo" comienza por la invasión de México y la anexión de Texas en 1845.

El despojo de América latina se efectuó mediante dos métodos distintos: Primero, por vía de la penetración económica que desembocaba en una intervención militar y en la anexión pura y simple. Este fue el caso de Puerto Rico.

Segundo, alentando a los movimientos de independencia que permitieran expulsar de América del Sur a los españoles, portugueses e ingleses, para después instalar gobiernos títeres que les abrieran las puertas

a las inversiones norteamericanas; ora utilizaron dictaduras militares encargadas de reprimir toda resistencia popular; ora alternando el terror y la corrupción, permitiendo así el acceso al poder a dirigentes elegidos pero bajo su bota, con el fin de mantener gracias a la complicidad de los hombres de negocios locales, el control económico sobre el país.

La extensión del tercer círculo se llevó a cabo mediante el avasallamiento de Europa, luego de la "guerra de 30 años" (de 1914 a 1945), verdadera "guerra civil" intraeuropea que dejó una Europa exsangüe en manos de Estados Unidos permitió que éste detentara, en 1945, la mitad de las riquezas del mundo. (Georges Kennan. "Policy Planning Studies", 23 de febrero de 1948)

Ya a fines del Siglo XIX el futuro del sistema y su victoria final parecía asegurada. En 1898, el senador Beveridge abría esta perspectiva luminosa: "El comercio mundial debe ser y será nuestro, y nosotros lo controlaremos. Surcaremos los mares con nuestra marina mercante; construiremos flotillas a la altura de nuestra grandeza. Tendremos grandes colonias, gobernadas por ellas mismas, donde flameará nuestra bandera, trabajarán para nosotros y jalonarán nuestras rutas comerciales. Nuestras instituciones seguirán nuestro estandarte sobre las alas de nuestro comercio. Y el derecho norteamericano, el orden norteamericano, la civilización y la bandera norteamericana llegarán a nuestras costas, hasta este momento, sangrientas y desoladas pero que, gracias a Dios, serán muy pronto esplendorosas."

La guerra de 1914-1918 confirmó esta visión optimista derramando oleadas de sangre sobre Europa y olas de oro hacia Norteamérica. Esta vino a socorrerla recién en 1917, después de las batallas Verdún y de Somme, cuando el ejército alemán ya no tenía ninguna esperanza de victoria. Lo mismo sucedió en la segunda guerra -- 1939-1945 -- los norteamericanos desembarcaron recién en 1944, después de la batalla Estalingrado, cuando el ejército nazi estaba prácticamente derrotado.

En 1917, la "neutralidad" norteamericana había producido un incremento del 15% de sus exportaciones. La balanza comercial de Estados Unidos pasó de un excedente de 436 millones de dólares en 1914 a 3.568 millones de dólares en 1917.

El presidente de Estados Unidos, que en ese entonces era Wilson, después de aprobar la guerra hispanoamericana, la conquista de Filipinas, la ocupación de Puerto Rico y de Cuba, "fue el responsable" -- dice Franck Schoell en su libro Historia de Estados Unidos (Ed. Payot. París 1965, p. 262) -- de un número más grande de intervenciones que el conjunto de las realizadas por Teodoro Roosevelt y Taft. En 1916 en Cuba, Wilson otorgó a su embajador el derecho de controlar el presupuesto de ese país... El mismo año en Nicaragua, sus navíos de guerra "Chattanooga" y "San Diego" impusieron al obediente presidente Emiliano Chamorro, mientras su ejército ocupaba Panamá.

Este "idealista", que realizaba tan bien la política de la cañonera contra los Estados más débiles, habiéndose enterado el 17 de enero de 1917, después de las batallas de Verdun y de Somme -- que costaron a Francia 300.000 y 200.000 muertos respectivamente, además de 400.000 víctimas a Inglaterra -- que el ministro alemán de relaciones exteriores proyectaba una alianza con México para recuperar las tierras de Texas, de Nuevo México y de Arizona, se decidió ("America firts") enviar a Francia al general Pershing, que pocos mese antes había invadido México.

Después del Tratado de Versalles, los aliados que se habían endeudado con Estados Unidos, tuvieron que pagar la deuda al "big business" norteamericano. A su vez, esto condujo a que los aliados impusieran a Alemania las reparaciones de guerra, ocasionando la quiebra y el desempleo en ese país, lo que dio a Hitler los mejores argumentos para su demagógica propaganda.

El célebre economista Lord Keynes escribió en 1919, en su libro Las consecuencias económicas de la paz, que "si buscamos deliberadamente empobrecer a

Europa Central, me arriesgo a predecir que la venganza será terrible: de aquí a veinte años tendremos una guerra que, sea quien sea el vencedor, destruirá la civilización."

Esto no impidió a Wilson presentar en el Congreso del 8 de junio de 1918, los famosos "14 puntos" sobre la "defensa de la democracia". Pero el problema esencial es el de la deuda, y especialmente, la deuda contraída por los países de la "Entente" frente a Estados Unidos, deudas comerciales que debían ser pagadas. Pero además estaban las reparaciones exigidas por parte de Francia e Inglaterra a Alemania, y que ésta no podía pagar. Estados Unidos organizó un extraño circuito: nadando en la abundancia de un capital que no podía invertir en una Europa insolvente y arruinada, prestaron dinero a Alemania para pagar las "reparaciones" a los aliados y para que éstos a su vez reembolsaran su deuda a Estados Unidos.

La poderosa economía norteamericana producía a un ritmo tal que el stock de mercadería no podía venderse y numerosas empresas se encontraron en estado de cesación de pagos.

El haber recalentado el sistema en pleno auge condujo a la catástrofe. A tal punto que, los nuevos y formidables avances hechos por Estados Unidos -- primera potencia mundial -- gracias a la guerra, desembocó en el primer fracaso del sistema norteamericano, dando origen a la crisis de 1929 que demostró, ante el asombro del mundo, cómo la extraordinaria máquina del capitalismo norteamericano podía desmoronarse en pedazos y llevar a la quiebra no sólo a ese país sino al mundo entero.

Fue el más grande traumatismo histórico que conoció ese país, ya que esta crisis ponía cuestionaba los principios mismos del sistema que, después de Georges Washington y Alexandre Hamilton, eran considerados infalibles gracias a sus instituciones divinas, otorgándole libertad absoluta al mercado y poder a los oligarcas de las finanzas, para asegurar el triunfo de Estados Unidos. Este dogma parecía ratificado por la historia: la posesión de los dos primeros círculos que garantizarían la victoria total a escala mundial. Pero una noche de octubre de 1929 esa tranquila seguridad se desmoronó. Los gigantescos bancos cerraron sus puertas, miles de empresas quebraron, algunos patrones industriales se suicidaron, y muy pronto hubo 9 millones de desempleados (17% de la mano de obra del país) desfilando por las calles, donde se sucedieron las revueltas y las represiones de la policía montada.

André Maurois escribió: "Si hubieran tenido la ocasión de hacer un viaje hacia fines de invierno (1932-1933), hubiesen encontrado un pueblo completamente desesperado... América del Norte creía que el fin de un sistema, de una civilización, estaba próximo a suceder."

La terrible crisis estalló porque la lógica del sistema fue llevada a sus extremas consecuencias: cada uno de los grandes actores del sistema "liberal" estaban tan seguros de la victoria de las empresas debido a la ley del sistema, que se anticiparon e invirtieron en ella toda su fortuna. Fueron suficientes algunos perdedores para que la duda se instale, y que esa brusca desconfianza se inscriba en la Bolsa, para que el conjunto se desmorone como las piezas de un dominó. Una tras otra, las empresas y los bancos se declararon insolventes, y la inversión pesimista sobre la más fuerte especulación tendía a bajar, como antes era la especulación sobre el alza y la victoria.

En marzo de 1933, asumió sus funciones de presidente Franklin Delano Roosevelt y su primera acción fue ir a rezar. ¿La fe en el "destino manifiesto" lo hizo tambalear? ¿Este país estaba abandonado por la Providencia?

En realidad, era el dogma hamiltoniano tomado de Adam Smith que revelaba la contradicción fundamental del sistema: no es cierto que la suma de intereses individuales tenga como resultado la satisfacción de los intereses generales, sino que por el contrario engendra una jungla donde se enfrentan sin fin los intereses particulares en competencia, impidiendo la constitución de una verdadera comunidad. Es por eso que se plantea una terrible pregunta: ¿Estados Unidos es una Nación? ¿Podrán nuevamente creer en su destino?

Roosevelt apareció como un salvador cuando anunció el "New Deal", una nueva manera de hacer frente a la depresión. Fundamentalmente sin poner en causa el sistema, atenuó el desastre con algunas reformas notables: la reactivación de la construcción de grandes trabajos públicos, en los cuales el Estado intervino con el fin de reducir el desempleo y las tensiones que suscitaba, un papel que el Estado hasta ese momento no tenía, ya que en la concepción de Hamilton las beneficiabas eran las grandes empresas privadas.

Este reformismo prudente fue un paliativo contra los efectos mortíferos de la crisis. Salieron de la vorágine pero con una solución tan parcial del problema que en 1937 Estado Unidos recaía nuevamente en la depresión. "En 1937 -escribe Galbraith- contábamos de nuevo con 9 millones de desempleados." Hasta que la crisis fue definitivamente superada gracias a la segunda guerra europea.

Otra vez aquí Estados Unidos maniobró en función de sus propios intereses: desde la derrota de Francia, en 1940, apostaron por el gobierno de Vichy y lo reconocieron oficialmente, presentando un embajador. Roosevelt envió ante Weygand, en Africa del Norte a sus emisarios: el almirante Leahy y el cónsul Murphy.

Al mismo tiempo alentó a Churchil para que efectuara bombardeos masivos, incluso sobre objetivos civiles, en Alemania y en las zonas ocupadas de Bélgica y de Francia.

Después de la destrucción de la flota norteamericana en Pearl Harbour por la aviación japonesa (donde curiosamente su avance no había sido detectada por el Estado Mayor norteamericano) y la declaración de guerra de Alemania y de Italia a Estados Unidos, el 11 de diciembre de 1941, los lazos se volvieron estrechos con el gobierno de Vichy, mientras que el general De Gaulle era considerado por Roosevelt como "el residuo minúsculo y grotescamente anacrónico de una historia pasada de moda".

En 1942, el senador Truman (futuro presidente) escribió: "si la Unión Soviética se debilita habrá que ayudarla. Si es Alemania la que se debilita, también la ayudaremos. Lo esencial es que se destruyan entre ellas."

En noviembre de 1942, en una entrevista realizada por Adrien Texier y en la cual asistió André Philips (portavoz de De Gaulle), Roosevelt se jactaba de su pragmatismo: "Me interesa sobre todo la eficacia. Tengo problemas que resolver. Los que me quieran ayudar serán bienvenidos. Si hoy Darlan me da Argelia, gritaré: ¡Viva Darlan! ... Si Quisling me da Oslo: ¡Viva Quisling! ... Y si mañana Laval me da París, gritaré: ¡Viva Laval! (9)

De hecho, teniendo a distancia a De Gaulle, se realizó el desembarco en Africa del Norte y se entregó el poder a Darlan, como así también en Italia al general Bodoglio; que había seguido a Mussolini como Darlan a Petain.

Para el desembarco en Francia, las tropas inglesas contribuyeron con el contingente más grande, al igual que los soldados magrebíes que representaban 70% de los efectivos para el desembarco de Provenza.

De Gaulle no fue informado de la fecha del desembarco en Normandía, y las fuerzas de Francia Libre estaban bajo las órdenes de los ingleses. El primitivo plan de liberación preveía una administración militar anglonorteamericana. Sólo De Gaulle a través de una ordenanza se opuso a esto, confiando la acción a la resistencia francesa proclamó: "cada pedazo de territorio liberado será administrada por un delegado designado por el CFLN, lo que será rápidamente reconocido por el Consejo Nacional de la Resistencia para constituir un gobierno provisorio de la República Francesa."

Estados Unidos sacaró provecho de la victoria, en primer lugar económico, imponiendo su protectorado al "Tercer círculo".

Los acuerdos de Bretton Woods de 1944, oficializaron la hegemonía del dólar estableciéndolo a la paridad con el oro, haciendo de éste la moneda internacional hasta nuestros días. Por otro lado, los planes bilaterales tales como los acuerdos Blum Byrnes para Francia que, en 1944 a cambio de

una ayuda de cuatro años de dos mil millones de dólares, abrieron sin condición su mercado a las importaciones norteamericanas. Toda Europa se convirtió poco a poco en un protectorado norteamericano.

El Plan Marshall en 1947 fue una etapa significativa de este vasallaje al "Tercer Círculo".

Al día siguiente de finalizada la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos nadaba en la abundancia frente a una Europa arruinada, encontrándose en la misma situación de un niño que, después de haber ganado todas las canicas a sus compañeros, se ve en la obligación de prestar para seguir jugando.

Por lo tanto, el problema estaba en hacer de Europa una región solvente para absorberla y hacerle pagar la producción norteamericana, en el momento en que ésta, dopada desde hacía cuatro años por exportaciones de materiales de guerra, trabajaba a toda máquina.

Desde 1947 la CIA señalaba el doble peligro, económico y político, que representaba la situación en Europa después de la guerra.

"El peligro más grande para la seguridad de Estados Unidos es el riesgo de enfrentamiento económico en Europa del Oeste y su consecuencia: la ascensión al poder de elementos comunistas."

Para evitar ese doble peligro, los dirigentes de Estados Unidos lanzaron el "Plan Marshall" destinado -- dijeron ellos -- a construir Europa.

Pero las condiciones políticas para acordar dicho plan fueron estrictas: primero eliminar a los comunistas de los gobiernos occidentales.

La intervención extranjera fue evidente:

Los ministros comunistas franceses fueron excluidos del gobierno el 4 de mayo de 1947.

Los ministros comunistas italianos fueron excluidos el 13 de mayo de 1947.

Los ministros comunistas belgas fueron excluidos del gobierno en ese mismo mes.

Poco después de esas exclusiones, el 5 de junio de 1947, fue oficialmente proclamada la "proposición Marshall".

Una vez logrados estos resultados, era posible la aplicación de este plan que constituía, entre otras cosas, un medio de presión político y un programa de promoción para las exportaciones norteamericanas en Europa.

En definitiva, "la ayuda" era un objetivo menor del "Plan Marshall". Un estudio fechado en abril de 1947 observaba que la ayuda norteamericana debía consagrarse únicamente "a los países de interés estratégico, primordial para Estados Unidos... salvo en los raros casos donde se presente una ocasión permanente para Estados Unidos de recibir una aprobación universal gracias a una acción espectacular humanitaria".

El secretario de Estado Dean Acheson e influyentes senadores norteamericanos se pusieron de acuerdo en 1950, para que "si la hambruna se desatase sobre el continente chino, Estados Unidos deberá suministrar un poco de ayuda alimentaria. No para calmar el hambre, sino lo suficiente como para anotar un punto en la guerra psicológica".

En efecto, en los tiempos del Plan Marshall se hablaba mucho de solidaridad y de generosidad, pero en 1948, Georges Kennan, que hasta ese momento estaba a la cabeza del Consejo Nacional de Seguridad, escribió: "Poseemos alrededor del 50% de las riquezas mundiales pero solamente el 6,3% de población... En esta situación es inevitable que seamos objeto de celos y resentimientos. Nuestra verdadera tarea en los períodos venideros es desarrollar un sistema de relaciones que nos permita mantener esta posición de desigualdad, sin poner en peligro nuestra seguridad nacional. Para realizar esto, tenemos el deber de sacarnos de encima todo sentimentalismo y dejar de soñar despiertos. Nuestra atención deberá concentrarse en todos los lugares donde estén nuestros objetivos nacionales inmediatos. Es necesario que los tengamos. Hoy en día no podemos permitirnos el lujo

del altruismo y de la beneficencia a escala mundial. Debemos dejar de hablar de objetivos vagos e irrealizables, por ejemplo, con respecto al Extremo Oriente, los derechos del hombre, el aumento del nivel de vida y la democracia. No estamos muy lejos del día en que tendremos que actuar utilizando directamente la fuerza ... En cuanto menos nos guiemos por eslóganes idealistas, mejor será." (Policy Planning Studies. 23 de febrero de 1948)

Pero un lenguaje tan franco no entra en la tradición mesiánica de Norteamérica. Era necesario luego de dos siglos que la voluntad de poder se disfrazara con una máscara moral y teológica. Finalizada la guerra, la carrera armamentista se justificó por la necesaria lucha contra el "imperio del mal". El sucesor de Kennan lo comprendió muy bien: había que combatir a Satán. Y para eso están los "bolcheviques" (lato sensu, todos los países que no aceptaban abrir incondicionalmente sus mercados a las grandes firmas norteamericanas eran considerados como "comunista" o cómplice de la Unión Soviética). Entonces, el diablo fue claramente designado: primero fue la URSS y después de su desmoronamiento fue, y es aún hoy en día, el Islam, o como define Huntington "la coalición islamo-confuciana", es decir, el conjunto del Tercer Mundo. La estrategia del complejo militar-industrial tenía un fundamento metafísico misionero y se transformaba en una "cruzada" porque "¡Así lo quiere Dios!".

Se podría de esta forma, cada vez que la economía norteamericana necesite un estimulante, reaccionar por la vía tranquila de las organizaciones intermediarias o guerrear en los cuatro puntos del mundo para "defender" el Bien o sus sucedáneos: la democracia, los derechos del hombre, la injerencia humanitaria, etc.

El método "suave" (aunque la miseria o la hambruna maten también tan eficaz y masivamente como la guerra) fue creado por organismos satélites de la oligarquía norteamericana, tales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial (uno y otro creado a Bretton Woods) que se extenderá en todo el mundo bajo la máscara de "ayuda al desarrollo". Los tentáculos del pulpo tienen una misión esencial "prestar dinero sólo a los países que acepten adaptarse al modelo económico-político de Estados Unidos, al "liberalismo económico" mundializado, empleando "ajustes estructurales" mayores, donde los principales son:

- liberación de precios,

- devaluación de la moneda nacional,

- bloqueo, es decir, disminución de salarios,

- reducción del gasto público, a fin de reducir el déficit exterior,

- privatización de las grandes empresas estatales (bancos, compañías de transportes y firmas industriales),

- abrir las fronteras a la competencia internacional,

- especialización en un número limitado de producción a las exportaciones.

Estas exigencias producen por todos lados los mismos efectos. Una vez liberados los precios, estos suben haciendo que los bienes de primera necesidad se vuelvan inaccesibles para una gran parte de la población, mientras que se enriquece una minoría. La devaluación de la moneda, que supuestamente incentiva las exportaciones, encarece los productos importados que son muchas veces indispensables para la vida del país y no tiene más que una incidencia insignificante sobre las exportaciones, ya que su proporción con respecto al conjunto sigue siendo irrisoria. El bloqueo o la disminución de los sueldos acentúan la inflación, que resulta de la liberación de los precios, e induce al aumento de la miseria y de la marginalidad de capas sociales ya debilitadas por la corrupción de numerosos gobiernos locales.

En Europa, el término de la conquista del "Tercer Círculo" pudo hacerse sin obstácutos gracias a la abdicación casi general de los dirigentes políticos, fuese cual fuese su etiqueta ideológica.

En Inglaterra, ese mismo sistema que Reagan imponía en Estados Unidos, fue

copiado por la "conservadora" Thatcher, y que con la más implacable lógica enriquecía a los más ricos y empobrecía a los más pobres. Después de ella, el "laborista" Tony Blair se comportó como un "clon" de Thatcher. En Francia, la misma sumisión al sistema se observa mediante unos matices de lenguaje, tanto por la "derecha" del presidente Chirac, como por la "izquierda" liderada por el "socialista" Jospin.

Por lo tanto, el "antinorteamericanismo", es decir, la nueva "resistencia" frente a esta nueva forma de "colaboración", no tiene una significación geográfica.

En Europa, como al otro lado del Atlántico, el mercado dirige cada vez más los gobiernos. Gracias a una política constante de privatización y derregulación financiera, las grandes corporaciones extranjeras y especialmente norteamericanas, se apoderan de sectores cada vez más importantes en nuestra economía.

Para no mencionar más que algunos ejemplos franceses:

- el fondo Wellington es el primer accionario de Rhône-Poulenc;

- el fondo norteamericano de Lazard y Templeton entra a la vez en Rhône-Poulenc y en Pechiney, del cual es junto con Fidelty, el accionario mayoritario;

- el directorio financiero del grupo Schneider, Claude Pessin, admite que "el 30% de nuestro capital está ahora en manos de inversores extranjeros". Lo mismo pasa con el 33% del capital de Paribas, el 40% del capital de los cementos Lafarge, el 33% de Saint-Gobain, el 25% de la Lyonnaise des Eaux, el 40% de A.G.F., etc.

En Le Monde del 19 de noviembre de 1996, Eric Izraelevicz escribe: "Lo que llama la atención es el decaimiento del nacionalismo industrial en Francia. Hoy en día, las empresas extranjeras pueden comprar aquí todas las joyas que quieren sin provocar reacción."

En pocas palabras, la industria europea está pasando bajo control norteamericano. Un país miembro de la OMC (Organización Mundial del Comercio) -- a excepción de Estados Unidos que se lo permite todo, incluso darle a sus propias leyes una extensión internacional coercitiva, como la ley Helms-Burton, que prohibe las inversiones en Cuba, o la ley D'Amato para Irán y Libia -- no puede:

- limitar sus importaciones agrícolas, ni subsidiar sus explotaciones;

- rechazar la instalación de firmas multinacionales, a las cuales se les tienen que otorgar las mismas condiciones que a las industrias nacionales.

Cualquier infracción a esas imposiciones hace del país un delincuente sujeto a represalias económicas, amenaza tan temible como la de las armas. Los países sometidos a las exigencias del F.M.I. (Fondo Monetario Internacional) conocen muy bien lo que les ha costado en revueltas y muertos, como en 1988 en Argelia y en 1998 en Indonesia.

Maastricht marcó un momento decisivo en ese proceso de avasallamiento.

Desde la aceptación del Tratado de Maastricht, más del 70% de las decisiones políticas fundamentales ya no son tomadas por el Parlamento, sino por las comisiones de tecnócratas de Bruselas que no rinden cuentas a nadie más que a los Doce -- Primeros Ministros -- reunidos algunas horas cada seis meses para avalar orientaciones decisivas para el destino de 340 millones de personas.

La Europa de Maastricht es una Europa norteamericana. Tres veces lo proclama la misma fórmula en el texto: "El objetivo (del Tratado) es desarrollar la Unión Europea Occidental (U.E.O.) como medio de reforzar el pilar europeo de la Alianza Atlántica."

Y para que nadie se equivoque sobre el vasallaje de esta Europa norteamericana, precisa la Declaración 1 que la eventual defensa común deberá ser "compatible con la de la Alianza Atlántica" (1er párrafo), que tiene que hacerse "en el marco de la U.E.O. y de la Alianza Atlántica" y que " la Alianza seguirá siendo el foro esencial de consulta".

O sea que no se trata de tener peso, sino de ser simplemente un componente de la política extranjera norteamericana.

La Europa de Maastricht se sitúa en el contexto de la política de dominación mundial de Estados Unidos.

El 8 de marzo de 1992, el New-York Times publicaba un documento emitido por el Pentágono. Ahí podía leerse: "el Departamento de Defensa afirma que la misión política y militar de Estados Unidos, en el período posterior a la guerra fría, consistirá en asegurarse que ninguna superpotencia rival pueda surgir en Europa occidental, en Asia, o en el territorio de la C.E.I.".

Este informe subraya la importancia del "sentimiento de que finalmente, el orden mundial es sostenido por Estados Unidos", y esboza un mundo en el cual existe un poder militar dominante, cuyos jefes "tienen que mantener los dispositivos que sirven a desalentar a los eventuales competidores que aspirarían a un papel regional o mundial más importante".

"Tenemos que procurar impedir la aparición de sistemas de seguridad exclusivamente europeos, que socavarían la OTAN" (International Herald Tribune).

En el acta final de la conferencia de Maastricht, la Declaración sobre las relaciones con la Alianza Atlántica no deja ninguna duda al respecto: "la Unión Europea actuará en conformidad con las disposiciones adoptadas por la Alianza Atlántica".

El tratado preconiza que las instituciones europeas lleven a cabo una política común con "todos los sectores de la política extranjera", lo que significa "al pie de la letra, escribe Paul-Marie de la Gorce, Director de la Revue de Défense Nationale, que no habrá más política nacional". Esta disposición figura en la cabecera del artículo J-1 del título V y también en el artículo J.4.

Queda muy claro pues que se trata de una Europa norteamericana.

Lo mismo pasa con la política económica y social y con la política a secas.

Así como Bush lanzó en 1991 la iniciativa de un mercado único de todas las Américas, desde Alaska hasta Tierra del Fuego, tal como le notificó al Presidente de Senegal, Abdou Diouf, la voluntad norteamericana de una rápida unificación económica de Africa, igualmente el presidente Reagan, que desde el 8 de mayo de 1985, llamaba a "ampliar la unificación europea para que se extienda desde Lisboa hasta el interior del territorio soviético", Georges Bush saludó las decisiones históricas tomadas en Maastricht: "Una Europa más unida, dijo, representa para Estados Unidos un asociado más eficaz, dispuesto a asumir mayores responsabilidades." Clinton, en 1998, saluda con entusiasmo la creación del Euro.

Maastricht representa una adhesión total, y en principio definitiva, a una economía de mercado sin límites. El artículo J.3 estipula expresamente que queda prohibido volver sobre las decisiones.

Robert Pelletier, ex Director general de los servicios económicos del CNPF y representante del patronato en el Comité económico y social de la CEE, traza las siguientes perspectivas (Le Monde del 23 de junio de 1992):

- aumento del desempleo en España, de aquí a 1997, de 16% a 19%;

- en Italia, "explosión sin precedente histórico del desempleo";

- "cálculos que dan vértigo" para Grecia y Portugal;

- en cuanto a los franceses, "no se les podrá disimular demasiado tiempo que la política llevada a cabo por Maastricht, bajo tintes liberales de vuelta a la economía de mercado es, en realidad, el modelo más auténticamente reaccionario de estos último sesenta años."

Así, integrada en el mercado mundial dominado por Estados Unidos, Europa entrega su agricultura, su industria, su comercio, su cine y toda su cultura, a las reglas del libre intercambio de las cuales dice claramente un economista tan prudente como Maurice Allais: "Yo excluiría, al menos para el futuro previsible, toda orientación hacia un libre intercambio mundial, lo que es la tendencia actual."

Algunos ejemplos recientes y dolorosos justifican sus temores. En primer lugar, en lo

concerniente a la agricultura europea, que ha sido estrangulada con el fin de servir a los intereses cerealeros norteamericanos.

Los acuerdos del 18 de marzo de 1992, directamente inspirados por Estados Unidos y su Director general norteamericano Arthur Dunkel, ponen en tela de juicio la política agrícola común (PAC) de Europa que permitiría ayudar a los agricultores europeos a enfrentar el mercado mundial, bajo amenaza de represalias similares a las que ejerce Estados Unidos para imponerle a Europa la importación de carnes tratadas con hormonas y prohibidas en Bruselas.

Europa obedece inmediatamente a las órdenes norteamericanas: el acuerdo europeo, concluido el 21 de mayo de 1992, para reformar la política agrícola común, exige la reducción de la producción de cereales por la puesta en barbecho del 15% de las tierras cultivables, la disminución, en tres años, en un 15% de la producción de carne de vaca y en un 2,5% para la manteca.

Para bajar la productividad de la carne y la leche, se suprimen los subsidios para vacas lecheras y se reducen en un 2% las cuotas lecheras.

Este recorte masivo en la agricultura europea, en un momento en que el 1/5 de la humanidad padece hambre, deja el campo libre para que los cerealeros norteamericanos respondan al pedido solvente. La clave de esta monstruosa política agrícola: hacer caer la producción y la productividad, al reducir los precios garantizados y las superficies cultivadas para que el mercado (púdicamente llamado pedido solvente, siga siendo un coto de caza norteamericano. Los hambrientos insolventes son tachados del mapa mientras que 800.000 toneladas de carne de vaca, 25 millones de toneladas de cereales, 700.000 toneladas de manteca y de leche en polvo son almacenadas, a expensas de la comunidad, para alinearse sobre el sistema agrícola norteamericano.

No menos golpeada resulta la industria europea. Desde ya, so pretexto de mantener las reglas de la competencia en Europa, el comisario europeo para la competencia, el inglés Leon Brittan, había prohibido a dos compañías, una francesa y otraa italiana, comprar la firma aeronáutica de Havilland, para no permitirle a un grupo europeo alcanzar una dimensión susceptible de rivalizar con las empresas norteamericanas. Estados Unidos ejerce presión para que los adelantos reembolsables, otorgados a Airbus Industria, no superen el 25% del precio de los aparatos en vez del 35%, por debajo de los cuales, los europeos, no pueden pasar. Los norteamericanos, propagandistas del libre intercambio, amenazan, como represalias, con imponer a los Airbus unas cargas que les cerrarían el mercado norteamericano.

Así es en todos los sectores, desde las aguas minerales, donde Leon Brittan se opone a la compra de Perrier por Nestlé para impedir, según dice, la concentración del mercado en Europa (mientras que se trata, en realidad, de no abrir un mercado competitivo con las empresas norteamericanas), hasta la electrónica: después del grupo neerlandés Phillips y el grupo franco-italiano SGS Thomson, el grupo alemán Siemens renuncia a las grandes esperanzas y abandona la producción de masa a la IBM norteamericana. Es fácil imaginar las catástrofes para el empleo de esa puesta bajo dominio tecnológico norteamericano.

El ejemplo más típico es el del tráfico de armas. Poco menos de un año, después de las promesas de Georges Bush de luchar contra la proliferación de las armas, incluso las armas convencionales, en el acuerdo de mayo de 1991 entre el Pentágono y el Ministro de Defensa Dick Cheney, autoriza al gobierno federal a exponer y vender su armamento.

Resulta que en 1991, Estados Unidos casi duplicó sus exportaciones de armamentos, a los cuales la Guerra del Golfo hizo una publicidad sin precedente. Las ventas progresaron en un 64% en 1991; 23 mil millones de dólares contra 14 mil millones en 1990.

En todos los campos, Europa es un vasallo.

Agreguemos que esta Europa de los Doce es el club de los antiguos colonialistas. Ahí están todos. Los pioneros: España,

Portugal; los grandes imperios: Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda; los que llegaron tarde: Alemania e Italia. Y a pesar de todo, los acuerdos de Maastricht dedican 21 páginas de sus 66 a la definición de las relaciones con el Tercer Mundo (título WII, artículo 130-U), frases caritativas sobre su desarrollo, sobre la lucha contra la pobreza, teniendo como tesis central la inserción de los países en vía de desarrollo en la economía mundial, es decir, lo que los está matando.

Las ex potencias colonialistas europeas han aceptado hoy, más allá de sus antiguas rivalidades, la dominación norteamericana para constituir un colonialismo de un nuevo tipo, unificado y totalitario.

Así sigue siendo Europa, una Europa colonialista, pero subordinada, como en el Golfo, a sus amos norteamericanos.

El sistema basado en el monoteísmo del mercado engendra violencia y crimen, evasión y droga, más todas las formas de lavado de cerebro (desde los rocks a 130 decibelios, que deja a un joven sin consciencia crítica y lo lleva hasta el entorpecimiento y la animalidad), y a la destrucción de toda cultura. No retomaremos detalladamente este análisis para no retener más que el aspecto dominante, más desbastador de la colonización cultural: el cine y la televisión.

Washington y Hollywood, siguiendo a la OMC (Organización Mundial del Comercio, ex G.A.T.T.) y considerando la cultura como un departamento del comercio, quieren imponer, en base a los principios enunciados en un documento titulado US Global Audiovisual Strategy, lo siguiente:

- evitar el refuerzo de las medidas restrictivas (especialmente las cuotas de difusión de obras europeas y nacionales), y cuidar que estas medidas no se extiendan a los servicios de comunicación;

- mejorar las condiciones para las inversiones de las firmas norteamericanas liberalizando las regulaciones existentes;

- vincular las cuestiones audiovisuales y el desarrollo de los nuevos servicios de comunicación y telecomunicación en el sentido de la derregulación;

- asegurarse que las actuales restricciones vinculadas con los asuntos culturales no constituyan un precedente para las discusiones que van a abrirse en otras instancias internacionales;

- multiplicar las alianzas e inversiones norteamericanas en Europa;

- buscar discretamente la adhesión de los operadores europeos a las posiciones norteamericanas.

Incluso basta leer cada semana los programas de televisión para medir la importancia de la invasión y su maleficencia; al constatar el desencadenamiento de la violencia en las películas norteamericanas y, desde el punto de vista formal, la degradación de los papeles, de los textos y de sus intérpretes en beneficio de los efectos especiales, a tal punto que nuestros jóvenes, intoxicados por tales espectáculos, llaman películas de acción solamente aquellas en que abundan pleitos y balazos, cascadas automovilísticas, deflagraciones e incendios.

La parte del mercado cinematográfico francés en Estados Unidos está estancada alrededor de un 0,5% mientras que, en la Europa de los Quince, entre 1985 y 1994, la parte de mercado de las películas norteamericanas ha pasado de 56 a 76%, para alcanzar a veces 90%.

Entre los 50 canales europeos de televisión (incluso excluyendo las redes por cable o codificadas y dejando nada más lo que sale en claro), las películas norteamericanas representaban, en 1993, 53% de la programación.

En el balance comercial del audiovisual europeo frente a Estados Unidos, el déficit pasó de mil millones de dólares en 1985 a 4 mil millones en 1995. Lo cual llevó, en diez año, al despido de 250.000 empleos.

La colonización cultural tiene un alcance parecido al de las inversiones: las firmas gigantes como Time Warner-Turner, Disney ABC, Westinghouse CBC, acaparan en Europa los estudios, extienden la red de sus salas múltiplex, llegan a constituirse en verdaderos amos de las redes por cable, multiplicando los acuerdos locales en que se guardan la mejor parte.

Penetrando como conquistadores en los países del Este, se están apoderando de las principales cadenas privados de televisión.

No menos de 140 monopolios nacionales del audiovisual en Europa fueron devorados por un oligopolio mundial de 5 o 6 grupos bajo dirección norteamericana. En ese sector también, se agrava el déficit: de 2,1 mil millones de dólares en 1988, pasó a 6,3 en 1995.

El lunes 11 de octubre de 1999, el Profesor Pierre Bourdieu, ante el Consejo Internacional del Museo de la Televisión y de la Radio, hizo esta pregunta fundamental a los "nuevos dueños del mundo" (los que quieren con Georges LUCAS, en su "Guerra de las Estrellas" y su primer episodio, la película numérica "la amenaza fantasma", recrear el pasado de la humanidad y proyectarle su futuro): "¿Saben al menos lo que están haciendo?". ¿Saben que su ley del máximo beneficio va a matar la cultura?

La película de LUCAS aporta, a esta pregunta, la respuesta más clara: LUCAS, que produjo él mismo su película, reconoce que costó 110 millones de dólares, pero que desde antes que la película sea proyectada, y así se pueda juzgar su calidad, el marketing ya había hecho lo necesario para que la suma sea amortizada por la venta de "productos derivados" (maquetas de héroes extraterrestres, juguetes para reconstituir los combates, camisetas ilustradas con los episodios, etc.)

Esto demuestra hasta qué punto la preocupación comercial, y en especial la búsqueda del provecho máximo, precede la creación y determina el contenido. La difusión, que depende totalmente del marketing y de la publicidad, dirige la producción. Lo mismo rige para la edición donde, sobre todo para los grandes grupos, no hay buenos o malos libros, sino sólo libros que, llevados por la publicidad y las modas, seducen al mayor número de consumidores. Por lo tanto, obras de artista como Stendhal o, en pintura, Van Gogh serían condenadas a una gloria póstuma.

Siendo todo mercadería, ¿qué editor, qué músico, qué cineasta, qué pintor podría rivalizar, a escala mundial, con Coca Cola, Disneyland o Mac Do?

Tal es el resultado de un sistema en donde "como cualquier valor es mercantil" y en donde la película, el cuadro, el canto, sin hablar de la televisión y su "audimat", del periódico con su emisión y su publicidad, son mercaderías como cualquier otra, más rentables aún por ser desarraigadas y capaces de atraer a un público "mundializado" y manipulado por la publicidad comercial y la potencia conjugada de "el dinero y los medias", como escribe Bourdieu.

Aún queda etapas por pasar para destruir todo lo que podía subsistir de la autonomía de las naciones. Primero, el derecho de acuñar moneda que constituía desde hace siglos el criterio fundamental de la soberanía, y tiene que cerrarse el siglo XX y abrirse el XXI con el proyecto de moneda única, el Euro.

Quedaba por terminar la gran empresa de mundialización, es decir de destrucción definitiva de las economías y culturas de todos los pueblos en beneficio de la mundialización del imperio norteamericano y su monoteísmo de mercado.

Fue el proyecto de Acuerdo Multilateral de Inversión (AMI) que pudo tacharse, con toda la razón, de "maquina infernal para desestructurar al mundo".

En efecto, después de la reglamentación despótica aplicada por Estados Unidos al sistema monetario mundial (por el FMI) y al comercio internacional (por la OMC), la atadura final del mundo implicaba un tratado multilateral sobre la libertad de las inversiones.

Esta última carta del liberalismo salvaje tiene por objeto instaurar en el mundo entero la monarquía absoluta del mercado, destruyendo todos los obstáculos que se interpongan a las inversiones. Todas las multinacionales deben beneficiarse de las mismas ventajas que los inversores nacionales: libertad de inversión pero también libertad de despido de su personal, de traslado de los centros de producción y de investigación, de transgresión de las leyes

del trabajo y del medio ambiente y además los Estados deben aceptar "sin condición, someter los litigios de arbitraje a una Cámara de Comercio Internacional (CCI)".

De este organismo supranacional emite decisiones que tienen un carácter de "sentencia arbitral es definitiva y obligatoria" excluyendo, por consecuencia, todo derecho a un recurso. Incluso está previsto "para que los inversores puedan reaccionar contra el Estado que los acoge: el daño, aunque inmediato, no debe necesariamente haber sido causado antes que el diferendo pueda ser sometido a un arbitraje."

Este proyecto reconoce abiertamente que el "AMI como todo acuerdo internacional de carácter obligatorio tendrá por efecto moderar, en cierta medida, el ejercicio de la autoridad nacional".

Este proyecto, que regirá para todos los países del mundo, fue secretamente discutido, desde hace tres años, sólo por los miembros de la OCDE, que agrupa únicamente a los países más ricos y excluye a todos aquellos denominados Tercer Mundo, en circunstancias que conllevan consecuencias temibles con respecto al empleo y al desempleo, la salud, los servicios públicos, la protección social y el medio ambiente; en buenas cuentas: se trata de la independencia nacional.

En el plano social, la OCDE insiste sobre los beneficios de la desigualdad, definiendo el "profundización de la desigualdad" como "la lógica económica recomienda". No se interroga sobre la pertinencia de esta lógica, sólo evoca "el aguijón de la pobreza" y acusa a las intervenciones públicas encierra a los individuos en "una lógica de dependencia."

Es sorprendente cómo en este programa -- que implica no sólo la privatización total de las empresas, sino la exclusión de toda intervención del Estado para proteger a los más débiles -- los dirigentes franceses -- tanto de derecha como de izquierda -- no hacen otra objeción más que invocar la "excepción cultural". Es cierto que este es un terreno particularmente sensible, ya que tal acuerdo conducirá a la ruina, entre otras cosas, del cine francés, incrementando aún más el sangriento cine de Hollywood que invade nuestras pantallas de cine y televisión, asegurando las inversiones de los magnates norteamericanos de la información desenfrenada en la prensa y la difusión. Los espíritus y los cuerpos estarían expuestos a la manipulación de la lógica mercantil.

Por lo tanto, es toda nuestra vida y su sentido la que tiene que liberarse de los tentáculos del pulpo, o sea, de las todopoderosas multinacionales de los 29 países miembros de la OCDE que controlan los 2/3 de los flujos mundiales de inversiones, es decir, 340.000 millones de dólares en 1995.

Paralelamente a esta conquista del tercer círculo por el simple juego de la penetración económica y de su corolario, el avasallamiento político, el sistema se extendía hacia el cuarto círculo, el de Asia, pero con otro método: el de la agresión militar. Pero siempre con pretextos "misioneros".

La defensa de la "seguridad" norteamericana empezó a miles de kilómetros de sus costas más allá del Pacífico, en Corea, inaugurando una "mundialización" de la "guerra fría". El pretexto fue un "ataque sorpresa" de Corea del Norte -- aliada con la Unión Soviética -- contra Corea del Sur, base norteamericana. En 1950, el mercado para la economía norteamericana, creado por el Plan Marshall, ya no alcanzaba para satisfacer las necesidades de la máquina industrial norteamericana, lanzada a plena velocidad desde la segunda guerra europea. Hacía falta provocar guerras nuevas para mantener el voraz sistema de "desarrollo" de dicha economía.

La guerra de Corea en 1950, la de Vietnam que durará hasta 1973, la de Panamá en 1989, la del Golfo 1991 y luego la de Kosovo en 1999, responden a esa necesidad interna del sistema. Los pretextos invocados sirven para disfrazar esta lógica sangrienta.

En Corea, así como en Vietnam, se trataba de repeler la progresión (roll back) del "Imperio del Mal".

En Panamá, castigar a un traficante de droga, el general Noriega, que había hasta ese momento recibido de la CIA (dirigida por el señor Bush) un tratamiento igual al de un presidente de Estados Unidos, precisamente por haberse infiltrado en la mafia de la droga.

En el Golfo, se trataba también de castigar una invasión como jamás se había hecho, por ejemplo, cuando se produjo la anexión, condenada por la ONU, de Cisjordania, de Golan, el sur del Líbano e incluso Jerusalén.

Una movilización gigantesca de los medios de comunicación logró hacer olvidar que jamás Koweit había sido independiente, ni bajo el Imperio Otomano, ni bajo el protectorado británico, hasta que en 1961, después de la decisión del general Kassem de nacionalizar el subsuelo iraquí (donde 94% estaba hasta ese momento en manos de compañías petroleras occidentales de la Irak Petroleum), el gobierno inglés, bajo la amenaza de una intervención militar, le quitó Koweit a Irak (recordemos que Irak abastecía la mitad de la producción petrolera del país) y puso en el poder, bajo su tutela, a uno de los jefes de tribu más corrupto de Medio Oriente.

A pesar de las proposiciones de negociación pacífica y de retiro de sus tropas de Koweit hechas por el gobierno iraquí, bajo condición de medidas análogas para los ocupantes sin título de otros territorios de la región, Estados Unidos repitió la misma operación colonialista inglesa de 1961, al precio de decenas de miles de muertos iraquíes.

La opinión pública fue anestesiada por el montaje de las agencias publicitarias de repercusión mundial por los medios de información. El caso más revelador fue el de una joven dando testimonio de la ferocidad de los soldados iraquíes saqueando las incubadoras para matar a los niños recién nacidos. Después de la guerra se supo que la "testigo" era la propia hija del embajador de Koweit en Washington y estaba fuera de Koweit en el momento de las presuntas "atrocidades".

El verdadero motivo de la destrucción de Irak no podía escapar a los que conocen los mecanismos del sistema.

El ex presidente Nixon, liberado del "derecho de reserva" a causa de su retiro, escribió en el New York Times del 7 de enero de 1991: "No vamos allá para defender la democracia porque Koweit no es un país democrático y no hay ningún país democrático en esa región. No vamos allá a combatir una dictadura, como no fuimos a Siria. Tampoco vamos allá a defender la legalidad internacional. Vamos allá, y es nuestro deber ir, porque no permitiremos que toquen nuestros intereses vitales."

Otro analista sagaz, antiguo ministro del general De Gaulle, Alain Peyrefitte, después de haber evocado el papel del grupo de presión pro israelí en Washington, deseosos de sacarse de encima a Sadam Hussein, agregó en el Figaro del 5 de noviembre de 1990: "Los `lobby des affaires' pensaron que la guerra podría relanzar la economía. La Segunda Guerra Mundial y los pedidos comerciales hechos a Estados Unidos, ¿pusieron fin a la crisis de 1929, de la que verdaderamente jamás se recuperó? La guerra de Corea ¿provocó un nuevo boom?

¡Bienaventurada la guerra que llevará la prosperidad a Norteamérica!

Jamás se ha definido con tanta lucidez un mensaje como el de Jean Jaurès: "El capitalismo trae en sí mismo la guerra como la nube trae la tormenta."

En cuanto a la agresión norteamericana contra Yugoslavia, tenía las mismas motivaciones, nada más que con matices distintos.

Sin ningún mandato del Consejo de seguridad de la ONU, atacaron a un país que no había violado fronteras ajenas y lo sometieron a bombardeos sangrientos so pretexto de una "intervención humanitaria" que jamás había sido invocada, por ejemplo, por tropelías cometidas por los turcos contra los kurdos, o de Israel contra los palestinos.

Para tratar de legitimar la acción de la coalición militar de la OTAN (la cual no fue creada para dichas misiones y ya que no tenía razón de ser después del derrumbe de

la Unión Soviética y la disolución del Pacto de Varsovia creado para contrarrestarla), la intrusión del ejército norteamericano en plena Europa fue disfrazada como una intervención de la "comunidad internacional", en circunstancias que la coalición satélite estaba compuesta por el club de los antiguos colonialistas rodeados por algunas comparsas, como si la "comunidad internacional" ignorase Asia, Africa, América Latina, o sea, los tres cuartos de la humanidad.

Pero esta impostura presentaba grandes ventajas: primero, tratar con consideración a la clientela de los más países árabes ricos presentándose como defensores de los musulmanes, mientras que se los masacraba en Irak y que se los dejaba aplastar, por ejemplo, en Turquía y Palestina.

Luego, dar un paso más, después de Bosnia, hacia los Balcanes y, más allá, hacia Medio Oriente y su petróleo: un simple mapa del trazado de los oleoductos de Daghestan y de la infiltración de los "Wahhabites", el aliado de Estados Unidos en Chechenia y Daghestan, en las cercanías del Mar Caspio y de sus petróleos, sugiere sin problema las próximas etapas de la operación, en previsión de la ineluctable caída de Eltsine, ese político prostituido que entrega su país a Estados Unidos. La restauración del capitalismo bajo su forma más sórdida, en algunos años, ha transformado la segunda potencia del mundo en un país del Tercer Mundo explotado por una mafia de traficantes vueltos multimillonarios gracias a su colaboración con el proveedor de fondos, mientras que la inmensa mayoría de un gran pueblo cayó en el desempleo, la mendicidad, el tráfico y consumo de droga y la delincuencia.

La doctrina inspiradora del sistema a través del más potente sistema militaro-industrial en el mundo, dejó de ser un secreto.

Le debemos a un profundo analista de la geopolítica y de las relaciones internacionales, M. Paul-Marie de la Gorce, la publicación de dos informes fundamentales sobre las líneas directrices de la estrategia norteamericana a escala mundial. Uno es de Paul D. Wolfowitz y el otro es del Almirante Jeremías, adjunto al presidente del Comité de los jefes de Estado Mayor.

Aquí transcribimos algunos extractos de estos documentos del Pentágono:

"Al fin y al cabo, el orden internacional está garantizado por Estados Unidos y éstos tienen que ponerse en situación de actuar independientemente cuando no puede organizarse una acción colectiva o, en caso de crisis, requiriendo una acción inmediata."

"Tenemos que actuar con el fin de impedir la emergencia de un sistema de seguridad exclusivamente europeo que podría desestabilizar a la OTAN."

"La integración de Alemania y Japón en un sistema de seguridad colectiva dirigido por Estados Unidos..."

"Convencer a eventuales rivales que no necesitan aspirar a jugar un papel más importante." Para llegar a ello, este estatuto de superpotencia única "tiene que apoyarse en una actitud constructiva y una fuerza militar para disuadirlas a desafiar el liderazgo norteamericano o cuestionar el órden" y éstos "tienen que tomar en cuenta los intereses de las naciones industriales avanzadas, suficiente como para disuadirlas de desafiar el liderazgo norteamericano o procurar cuestionar al orden económico y político establecido".

(Citados por Paul-Marie de la Gorce en Le Monde Diplomatique de abril de 1992)

Entre varios textos públicos éste, publicado en la revista especializada de la marina de guerra norteamericana, confirma dichos objetivos:

Tenemos que mantener nuestro "acceso sin trabas a los mercados económicos del mundo entero y a los recursos necesarios para apoyar nuestras necesidades industriales". Lo cual requiere: "una capacidad creíble de penetración armada" con "fuerzas verdaderamente expedicionarias" capaces de llevar a cabo un abanico de misiones que van desde la contrainsurrección hasta la guerra

psicológica, pasando por el despliegue de "fuerzas de toda índole".

"Tenemos que tener presente el rápido desarrollo tecnológico de armas a las que las nuevas potencias regionales del Tercer Mundo podrán tener acceso; así es que tenemos que desarrollar las capacidades militares destinadas a explotar las implicaciones de la electrónica, de la genética y demás tecnología... si nuestra Nación quiere afirmar su credibilidad militar a lo largo del siglo venidero."

Gray: "Marine Corps Gazette" (Mayo de 1990)

El 3 de octubre de 1990, Estados Unidos viola unilateralmente, al mismo tiempo el tratado que prohibe totalmente las pruebas nucleares y los acuerdos firmados en Moscú con los norteamericanos sobre los misiles antimísiles, pues la lógica de dichos armamentos iba a multiplicar por el mundo los centros de lanzamiento de armas atómicas para saturar las defensas del enemigo aquellos que, junto con Reagan, sueñan en la "guerra de la estrellas".

El último experimento norteamericano del 3 de octubre, dotado de un presupuesto de 10.500 millones de dólares recuerda tristemente "la iniciativa de defensa estratégica" de Reagan y da la señal de partida de una nueva etapa en la carrera armamentista nuclear.

Estados Unidos prepara el desequilibrio del terror.

No se trata de una innovación reciente, sino de una constante en la estrategia del sistema. Por ejemplo, recuerda un historiador de la diplomacia norteamericana, que ya era la opinión del presidente Eisenhower en cuanto a estrategia, anota el historiador Richard Immerman que "para él [Eisenhower], la fuerza y la seguridad norteamericana dependían esencialmente del acceso a los mercados y las materias primas del mundo, y en especial del tercer Mundo, el cual había de ser estrechamente controlado."

El resultado global del norteamericanismo es una polarización creciente de la riqueza en manos de grandes grupos industriales y la miseria de las multitudes, en especial en los países "subdesarrollados" por su dependencia hacia el antiguo y el nuevo colonialismo, que los convirtieron en apéndices de la metrópolis por el monocultivo y la monoproducción, en detrimento de las huertas y de las actividades que satisfacen necesidades de los autóctonos (10).

Entre 1975 y 1992 se triplicaron los grupos transnacionales: pasando de 11.000 grupos con 82.000 filiales a 37.500 grupos que controlan 207.000 filiales.

Estos grupos poseen la mitad de las riquezas productivas mundiales y el 80% de ellos tiene su sede en Estados Unidos, Europa o Japón.

Este movimiento de concentración del capital no ha dejado de amplificarse, hasta tal punto que la "Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo" (CNUCED) mostró en su informe de 1998 sobre inversiones mundiales que cien grupos económicos han llegado a ser los "dueños del mundo" en el sistema actual de "mundialización", gracias a un número creciente de "fusiones", las cuales son facilitadas por el juego dominante de las privatizaciones. La CNUCED subraya que las transacciones de este tipo ocurridas en el primer trimestre de 1999 ya equivalen al total de las "fusiones" de 1998.

Por esta vía no deja de profundizarse el abismo entre países ricos y países pobres. Así es como Africa, el más desheredado de los continentes, no recibió, el año pasado, más que el 1,3% de las inversiones.

En treinta años, entre 1950 y 1980, la diferencia entre el Norte y el Sur que era de 1 a 30, ha pasado de 1 a 150. ¡Es lo que políticos y medios de información llaman "las décadas del desarrollo"!

Esta caída prosigue: si en 1980, el 33% de la población del tercer Mundo estaba subalimentada, en 1988 es cifra llegaba a 37% (UNICEF: "Situación mundial de la niñez", 1990).

Las leyes del sistema hacen que crezca la distancia, incluso en los países "ricos" entre los que tienen y los desposeídos: en 1991, el 5% de los norteamericanos poseen, en Estados Unidos, el 90% del patrimonio nacional. En Francia, 6% de la población posee el 50% del patrimonio nacional, mientras que el 94% dispone de la otra mitad.

El balance global del sistema del norteamericano, es aquel del capitalismo en su forma más acabada: haber fabricado un "mundo dividido" -- primero entre el Norte y el Sur -- en el cual cada año mueren 45 millones de seres humanos de hambre o desnutrición, entre los cuales figuran 13,5 millones de niños (cifras de la UNICEF). Es decir que el modelo de crecimiento del cual Estados Unidos es el ejemplo más perfecto, aunque ampliamente imitado o impuesto en el mundo, le cuesta a la humanidad un número de muertos equivalente a un Hiroshima cada dos días.

Cuando el señor Bush proclama: "Hay que crear una zona de libre mercado desde Alaska hasta Tierra de Fuego", y cuando su Secretario de Estado, John Baker agrega: "Hay que crear una zona de libre mercado desde Vancouver hasta Vladivostok", el debate más importante del siglo viene a ser: ¿dejaremos crucificar a la humanidad en esa cruz de oro?

Hemos intentado comprender y analizar el mecanismo interno del norteamericanismo, su origen mítico, extraterrestre, extrahistórico, que le confiere, por derecho divino, el dominio del mundo al que tiene por misión recrear.

En ello lo guía la "mano invisible" que es a la vez la de Dios y la del mercado providencial concebido por Adam Smith.

Su objetivo no es participar en la creación continua de la Historia, como los otros pueblos, sino al contrario, a través del triunfo total de los objetivos de su "destino manifiesto", alcanzar "el fin de la Historia", así como lo definió Fukuyama "cuando las leyes divinas del mercado reinen sin obstáculo en el mundo entero."

Por supuesto, este proyecto divino está inscrito en una historia, así como siempre lo han sido todos los mensajes y mensajeros de Dios, pero, igual que en la Lógica de Hegel, el resultado final ya estaba virtualmente contenido en el proyecto inicial.

O sea, no estamos ante una nación o un imperio que se fija, en tal coyuntura favorable, una ambición imperial a través de conquistas sucesivas adueñándose de los territorios de otras naciones, sino un desarrollo suprahistórico. Aquí, el mandatario de Dios recupera en dos siglos su propio territorio, que es el planeta entero, del que Dios le ha confiado la recreación, aportando la "civilización", la única auténtica, y la "modernidad" del desarrollo, a veces a unos bárbaros como los indios o negros, a veces a naciones demasiado atrasadas como para poder defender sus identidades particulares y sus culturas.

Una gran parte del mundo ya está "norteamericanizada" y primero nuestra Europa, a tal punto que el antinorteamericanismo se ha vuelto una crisis interior tanto a escala de la nación como de la persona. ¿Debemos dejar que esta globalización mercantil de la economía, de la política, de la cultura, bajo la única regulación del mercado, reduzca todos los "valores" (incluso estéticos o morales) a valores mercantiles? ¿O vamos a unirnos a los primeros centros de resistencia que, desde América Latina hasta Asia, resisten a la nivelación de los espíritus por exigencias ciegas de la competitividad, que vuelve a los ricos cada vez más ricos y menos numerosos, y a los pobres, cada vez más pobres y más numerosos? ¿Resistiremos al aplastamiento darwiniano de las multitudes por los oligarcas de las finanzas, de la comunicación y de las armas?

¿Qué hacer?

El norteamericanismo es una enfermedad que se ha propagado hoy en día en todo el planeta y que debemos combatir en el interior de nosotros mismos y nuestros países.

El medio más eficaz no debe ser la violencia; primero, porque serviría al mantenimiento del sistema que como ya lo

hemos visto, necesita periódicamente una guerra para "mantener la coyuntura económica", y después porque su poder de destrucción es considerable. Aunque su ejército sea uno de los más mediocres del mundo, no por la cobardía individual de los soldados, sino porque no están motivados por ningún proyecto. Sus generales sólo les dan como objetivo: destruir. El discurso del general norteamericano, comandante en jefe en Yugoslavia, no les asignaba otra cosa que: "Venimos a destruir...".

El otro axioma fundamental del Pentágono es la guerra "cero muerto", es decir, el poder de destrucción sin riesgos, llevada a cabo por bombardeos a una altitud inaccesible para la defensa. Es significativo cómo el Estado Mayor sabe que -- después de la guerra de Vietnam -- una batalla en tierra contra adversarios motivados por un ideal, los conducirá a un desastre, incluso si la correlación de fuerzas materiales está a favor del atacante.

El mito de los "golpes quirúrgicos" está destinado a ocultar el hecho de que -- por ejemplo, durante la guerra del Golfo -- sólo el 7 % de la aviación norteamericana estaba equipada de este dispositivo, que pretendía ser infalible, para llegar a objetivos militares, y que el 93 % de los bombardeos se contentan con largar ciegamente sus misiles, destruyendo indistintamente: desde escuelas hasta hospitales, desde fábricas de medicamentos (como en Sudán) hasta aglomeraciones civiles. En Kosovo bombardeaban de tan lejos que confundieron un tractor con un tanque.

Esto no implica ninguna condena a la resistencia armada. La "Intifada" de los palestinos es, desde este punto de vista, ejemplar, a pesar del costo humano. Un pueblo desarmado, sin más que las piedras de su patria milenaria, para desafiar a un ocupante armado hasta los dientes. A pesar de la relación de fuerza de mil contra uno, la resistencia de este pueblo ponía fin al mito de una "tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra". Viejo eslogan sionista retomado aún por Golda Meir. Así, un pueblo demuestra, con su resistencia heroica, su existencia y su fe.

Pero la victoria final vendrá cuando el gigantesco aparato destructor del complejo militar-industrial de Estados Unidos no pueda mantener ya más en el mundo sus fuerzas mortíferas.

Ahora bien, este coloso con los pies de arcilla tiene un punto débil: la vida artificial de la Bolsa, donde los bancos después de mucho tiempo no cumplen el papel que les corresponde: el de recolectar ahorros para invertir en las empresas productivas de bienes y servicios; en cambio se entregan a una actividad especulativa deduciendo "comisiones" sobre transacciones reales o ficticias, sobre "valores" que no tienen a veces otra realidad que su cotización en la Bolsa.

Es suficiente que la duda se instale, sobre la solvencia de esos títulos, para que la cesación de pago en cadena se desmorone como un castillo de cartas o un dominó. Los bancos que habían apostado, como en el casino, sobre acciones que vuelta a vuelta se alumbraban y daban beneficios fabulosos e instantáneos, o se apagaban con el mínimo viento de rumores bursátiles, ya que apostaban sobre "especulaciones" (en el sentido financiero pero también filosófico de la palabra) y no sobre una economía real.

Los mitos de la hazaña de la economía norteamericana

1.-El crecimiento

En Estados Unidos el crecimiento es más fuerte que en Europa. Ello se debe a dos factores:

a.- Los trabajadores norteamericanos han aceptado una intensificación del ritmo de trabajo, a una prolongación del tiempo de trabajo y a una fuerte reducción de salarios en los empleos menos calificados, en otras palabras, han consentido en una aumentación de la desigualdad.

b.- Las presiones ejercidas sobre el nivel de salarios en Estados Unidos, son tanto más fuertes que los bajos salarios impuestos en los países más pobres (no sólo en el sudeste de Asia sino en México, por ejemplo, después de los acuerdos de ALENA) apremiando a los obreros norteamericanos a aceptar salarios "competitivos", donde la

tendencia es aproximarse a los salarios de los mexicanos o al de los asiáticos.

Una forma de "crecimiento" como esta implica necesariamente "desigualdades" a escala nacional como internacional.

2.-La tasa de desempleo es menor en Estados Unidos que en los países europeos.

Primero porque Estados Unidos literalmente ha "exportado" el desempleo hacia Europa, en particular por la manipulación monetaria: la devaluación del dólar que ha "dopado" las exportaciones haciendo bajar los precios. Después, como escribió Luttwak: "la casi ausencia de desempleados, en Estados Unidos, se explica por la simple razón de que el Estado no se ocupa de indemnizarlos."

Llevando ésta lógica hasta su más absurda crueldad, podríamos, de un día para otro, terminar con la desocupación no indemnizando nunca más a nadie. Habrá cadáveres en las cunetas pero las estadísticas serán resplandecientes: no habrá más desempleados. Evidentemente esta "lógica" es la del sistema neodarwiniano: la eliminación de los más débiles.

3.-El "nivel de vida" de la mayoría de los norteamericanos es superior a la de los europeos.

Esto es verdad si no se tiene en cuenta que 33 millones de norteamericanos viven por debajo del nivel de pobreza y de hecho un niño sobre ocho, en el país más rico del mundo, no se alimenta suficientemente.

El déficit del Estado alcanzó los 620 millones de dólares en 1995, y 1.550 mil millones de dólares en 1998, y en el estado actual alcanzará los 3.450 mil millones de dólares en el 2000, es decir, 36% del "producto nacional bruto".

El endeudamiento del sector privado supera los 5.000 millones de dólares. En pocas palabras, Estados Unidos gasta más de lo que gana y vive por debajo de la media. No es necesario ser un "economista distinguido" para comprender que una deriva de este tipo no puede prolongarse indefinidamente.

Como escribe el profesor Michel Beaud: "A primera vista, están dadas todas las condiciones para una crisis bursátil".

Por lo tanto, actualmente existe la amenaza de una explosión de la "bola especulativa", una amenaza de que el " turbo capitalismo" produzca un crac más catastrófico que el de 1929.

Primero, porque el Estado norteamericano será incapaz de parar la avalancha a causa de su deuda, la deuda de los municipios y de los condados, que han pasado de 150 millones en 1970 a 598 millones de dólares en 1989.

"Hay un defecto fatal en el funcionamiento del actual sistema; los bancos, que son los pilares, no tienen objetivamente ningún interés en hacer inversiones (o lo que sea) a largo plazo. Las ganancias no vienen de dividendos, intereses o beneficios ligados a actividades productivas, sino de comisiones provenientes de cada transacción. Cada vez que los banqueros otorgan un préstamo reciben una comisión. Existen corrientemente comisiones de varios millones de dólares; millones de dólares ganados en unos días o en algunas horas y ese dinero es generosamente otorgado, bajo forma de salario o prima, a los mismos banqueros de negocios. El dinero realmente invertido a fines productivos es, desde su punto de vista, dinero que duerme y que es inútil. Lo que buscan son transacciones tan numerosas como posibles.

El resultado de todo esto es desviar millones de dólares (que podrían haber ido a la construcción, a los fabricantes de equipos o a la investigación) hacia las cuentas corrientes personales de los banqueros.

En Estados Unidos, en plena penuria de capitales, consecuencia del consumo desenfrenado, de la debilidad del ahorro y del financiamiento del gasto público por préstamos incesantes en lugar de impuestos, las penurias de capitales `pacientes' disponibles es aún más grande. Por lo tanto, toda inversión realmente productiva debe ser paciente: las fábricas no se construyen en un día." (14)

"El endeudamiento privado alcanza el nivel colosal de cinco mil millones de dólares, cifra igual a 9 décimos del total de ingresos privados."(15)

Entre otras cosas, a pesar de la devaluación sucesiva del dólar, la balanza comercial es, a corto plazo, ampliamente deficitaria. Su déficit se incrementa a causa de una consumición desenfrenada, que hace vivir la nación por debajo de su media (de ahí el monto de la deuda privada). Otros motivos son: el empobrecimiento del Tercer Mundo, el crecimiento del desempleo -- incluso en los países más desarrollados -- baja constante de ingresos de la mayoría de la población. Incluso en Estados Unidos, es evidente que un crecimiento de este tipo no puede ser indeterminado, ya que el número de clientes solventes en el mundo es cada vez más restringido.

Es ahí donde se encuentran los medios más eficaces (y los más pacíficos) de lucha, y, al mismo tiempo, las responsabilidades personales de cada uno. No se trata de manifestar dando balidos contra le norteamericanismo, que presenta un peligro mortal para nuestra economía, para nuestra independencia política, nuestra cultura, nuestras artes y nuestra espiritualidad; en pocas palabras, para el sentido mismo de nuestra vida.

La economía norteamericana no podría soportar, incluso parcial, la pérdida de uno o dos millones de sus clientes. Irá indefectiblemente a la quiebra.

La inmensa mayoría de nuestra población sufre la invasión norteamericana en todas las dimensiones de la vida: multitudes visten el uniforme norteamericano con sus pantalones y remeras Levi's y los hombres sándwichs para las publicidades de marca o incluso las universidades estadounidenses. Una gran mayoría de nuestros jóvenes prefieren la Coca Cola en lugar de otras bebidas y fuman Marlboro, los niños consideran casi siempre que una comida en un Mac Do es una recompensa; las películas de violencia o de terror (y los casetes videos y disquetes que las reproducen) dominan el mercado en un 80%, y los juegos interactivos que inculcan el gusto por el terror, entregados a domicilio por la televisión hollywoodiense que reina desde Taî-peh a Sao Paulo, como desde París a Dákar.

Y sobre todo, los gobiernos que abastecen al Pentágono con sus `yanaconas y sus escuderos bajo órdenes norteamericanas, comprando por millones de dólares aviones de combate y otros armamentos a las grandes firmas norteamericanas que completan, de esta forma, los regalos del gobierno norteamericano a las grandes empresas: su presupuesto toma a cargo la investigación y el desarrollo a intervalos de "horas/guerra", lo dijo Alain Peyrefitte, y que aseguran periódicamente un boom confortable a la economía.

Ahora bien, todo esto es posible gracias a nuestro cobarde consentimiento.

¿Por qué no exigirles a todos los candidatos a un Parlamento?:

El compromiso, sin equívocos, de no aceptar ningún contrato de compra de armamento a Estados Unidos (ya que ahí radica el principal desafío).

El compromiso, sin equívocos, de exigir de parte del gobierno su retiro de organizaciones que son, alrededor del mundo, los tentáculos del pulpo, tales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que ya han arruinado al Tercer Mundo, y en donde los métodos de "privatización", de reducción de prestaciones sociales, de fusiones, de OPA, de regulación, de traslado, conducen a despidos y a la "flexibilidad salarial", es decir, a aceptar resignados la reducción de salarios.

Aquí comienza a ejercerse directamente las responsabilidades personales: rehusar el pago de la tasa televisiva, por organizaciones de televidentes haciéndolas masivas, si nuestras pantallas continúen saturadas de películas de segunda categoría provenientes de la producción hollywoodiense con sus "terminators" y sus Tarzanes ensalzando al más fuerte. Lo mismo para las salas de cine que nos proyectan la misma basura.

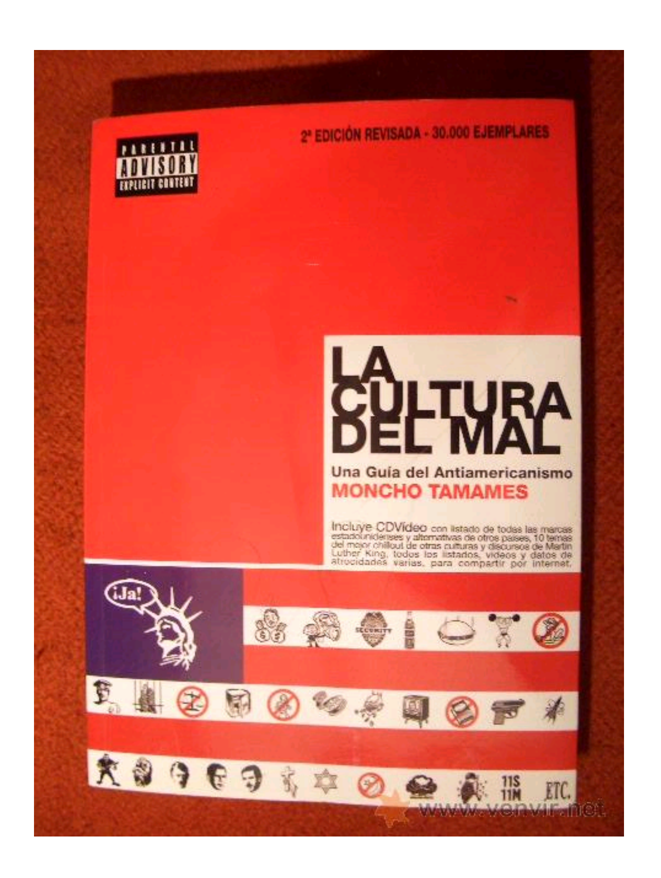
Acordarse que todo consumo de Coca Cola y de Mac Donald son subvenciones para el ocupante. No hay que olvidar que los

Disneylandias son no sólo unos explotadores de mano de obra barata, sino que contribuyen masivamente a la corrupción y a la destrucción de nuestra cultura, retomando los temas exteriores a nuestro folclore para transformarlos en máscara espectacular de sus valores: la victoria de la fuerza, de la riqueza y de la trampa.

Tampoco hay que olvidar la corrupción que nos han introducido. Por ejemplo, en nuestro deporte, que no tiene otra vocación que la de formar a jóvenes deportistas sanos y robustos, reina la publicidad. O la compra de algún campeón, hacer espectáculos rentables a través de la venta a los canales de televisión o la publicidad en los estadios, o la edición de camisetas de ídolos que se alquilan a la medios publicitarios, o por la explotación de jóvenes obligados a realizar proezas y que no tienen otra elección que de ser comprados por clubes ricamente patrocinados o ser excluidos y perder su empleo y su carrera, y como si no fuera suficiente, están obligados a aceptar drogas y doparse para mantenerse en el equipo.

Por último, el 74 % de los recursos naturales se encuentra en el Tercer Mundo, pero son controlados y consumidos por sólo el 20 % de privilegiados del planeta. Es posible, gracias a un cambio radical de nuestras relaciones con el tercer Mundo, proceder, no a "tecnológicas " -que aumentan la dependencia y no responden a las necesidades de los pueblos- sino mediante "trueque", que eliminaría así al dólar como moneda internacional de intercambio, dándole nuevamente a cada pueblo la posibilidad de desarrollarse en un sentido verdaderamente humano, según su historia, su cultura, según lo que puedan aportar y no según las modas económicas importadas de países donde la riqueza de una minoría tiene como corolario , la miseria de los más numerosos. Se trata de un aporte no en función de la `mundialización' imperial al servicio del colonialismo unificado, sino de un nuevo universalismo fecundado recíprocamente por todas las civilizaciones.

Dependerá de nosotros (sin olvidar que esto implica un sacrificio personal) impedir que los provisorios amos del mundo nos conduzcan, en el siglo XXI, a un suicidio planetario debido al agotamiento y la contaminación del medio ambiente, al empobrecimiento y la destrucción de hombres y mujeres, a la explotación, la corrupción y la exclusión del ser humano en nombre de un neodarwinismo social que implica la eliminación del más débil, o a trabajar colectivamente y personalmente por la resurrección. El problema del antinorteamericanismo, no es geográfico ni racial, sino fundamentalmente religioso. Puesto que es un acto de fe escoger entre una vida desprovista de sentido y la resurrección de los hijos del hombre, porque es del hombre de quien se trata.



La influencia de América en Europa

Thomas Molnar

Thomas Molnar, húngaro de nacimiento y francés de formación, es profesor de Historia de las Religiones y de Filosofía en las Universidades norteamericanas de Yale y Nueva York. Formado en el espíritu de Tocqueville, su análisis es una lúcida puesta en perspectiva de los lazos y abismos que unen y separan las culturas europea y americana. Es autor entre otros libros de La autoridad y sus enemigos, La tentación pagana, y El eclipse de lo sagrado.

Es la primera vez que una civilización se presenta como único modelo válido para toda la humanidad. Esa civilización es la norteamericana: un sistema donde una tupida red de cuerpos sociales (multinacionales, suprasindicatos, partidos, medios de comunicación) priva de contenido al Estado y lo transforma en un omnipotente portero de noche, una instancia "asistencial". Este modelo fascina hoy a media Europa. ¿Debemos adoptarlo? Para Thomas Molnar, el precio que hay que pagar por este sistema es demasiado elevado: la desaparición de la cultura europea, basada precisamente en el equilibrio necesario entre sociedad y Estado, entre lo que es interno del hombre y lo que es externo a él.

En este debate, que desde luego no es nuevo, respecto a la influencia americana sobre el planeta, no se trata de tomar a los Estados Unidos como blanco de toda crítica, sino de analizar una ideología, la más poderosa, la más penetrante del siglo, cuyo impacto iguala al que tuvo el marxismo. Su origen no está en el suelo del Nuevo Mundo: es absolutamente europeo. Porque, en el fondo, es Europa, la Europa del Renacimiento y de las Luces, quien ha producido estos dos sueños encaminados a crear la utopía —ya sea aboliendo la sociedad civil, en el caso del marxismo, ya sea aboliendo el Estado, en el caso de la ideología ideal, postcristiana. Ese sueño, en definitiva, al término del cual se instaura la abolición de lo político. Una de las salidas de ese sueño es el Partido (Estado) soviético, donde la sociedad civil (coexistencia de asociaciones, de transacciones y de grupos de interés) sólo sobrevive en estado larvario o en la clandestinidad; la otra salida es la sociedad americana, que reduce al Estado a su función de "portero de noche", y que controla las tomas de posesión (en política exterior, sobre todo) hasta prohibirlas.

La Utopía

Esos dos sueños, Europa nunca ha podido —ni quizá querido— realizarlos en su sueño. Se oponía la estructura estatal heredada de Roma, así como la Iglesia, que encarnaba el principio jerárquico. Se oponía igualmente la noción de pecado original, constriñendo la libertad humana a encontrar su marco en el cuadro de las instituciones. (Recordemos que Jean-Paul Sartre, cuando su primera estancia en los Estados Unidos, respondió a los periodistas que era incapaz de entenderse con los norteamericanos porque éstos "no creen en el pecado original". Este sentimiento es bastante más que una boutade).

En fin, la idea de abolir la política para establecer la Edad de Oro atraviesa las estepas y el océano y se instala en Moscú y en Nueva York. Europa sufre hoy el contragolpe de sus propios ideales no realizados: la teocracia soviética y la democracia americana. Ésta, repitámoslo, no es posible más que si el Estado es reducido al papel de una agencia de la sociedad, de un grupo administrativo entre otros, en el pluralismo del ambiente. El motor del progreso material y de la ideología colectiva ya no es el Estado, es la sociedad misma, cuyo objetivo es la profundización bajo su forma específica, el American way of life.

Se impone una distinción respecto a la ideología teocrática soviética: el comunismo es incapaz de penetrar en la mentalidad de un pueblo, cualquiera que sea, y su régimen no podrá alcanzar la legitimidad. El sistema americano, por el contrario, responde perfectamente a las aspiraciones elementales

de los hombres en un cierto nivel, el de la satisfacción de las necesidades materiales y el de la pasión igualitaria. El American way of life es, en último análisis, la sistematización de esas necesidades y de esa pasión, su traducción en todas las actividades de la sociedad y de sus subgrupos. Por "sistematización" no entiendo aquí el control institucional, y menos aún la supervisión política. Entiendo más bien la mecanización de las reacciones y de las relaciones humanas, mecanización proclamada y obedecida con el fervor de una ortodoxia religiosa. Ortodoxia, pero también ortopraxis, porque esas reacciones y relaciones no toleran la excepción: se inculcan en la guardería, en el colegio, en la oficina, en el trabajo, en las reuniones políticas y hasta en las conversaciones y relaciones entre hombre y mujer, padres e hijos.

El resultado es un conjunto de fórmulas como el que se encuentra en las diversas Utopías, sobre todo después del Renacimiento. Este es el lado totalizante de la sociedad americana. En absoluto "colectivista" en el sentido actual del término, pues muy pocas cosas están estatalizadas, nacionalizadas, gestionadas según las reglas definidas por las "autoridades". Al contrario, el sector privado es la norma. Pero precisamente el carácter totalizante de las actividades y transacciones sociales es el resultado de una interiorización cuasi-pavloviana de las actitudes. Hasta el punto de que no se sabe si por debajo del comportamiento manifiesto existe aún una vida interior válida, una personalidad polícroma, un ser original y auténtico. El espíritu original sólo es bien visto cuando está encuadrado dentro de los conformismos sociales, lo que corresponde a la concepción puritana de la existencia hecha fórmulas. Apartarse de esta norma conduce frecuentemente al ostracismo.

Salvar a la humanidad

La situación que acabo de esbozar no es totalitaria, ni está impuesta oficialmente, ni está expresada en documento alguno. Es el producto de un consenso, de un estado de espíritu permanente, de una red de valores y de comportamientos. Tampoco existe en los Estados Unidos un sentimiento de superioridad racial (sólo esporádicamente), ni un fascismo, ni una ideología reaccionaria. Estos reproches de la intelligentsia de izquierdas europea carecen de fundamento. Nadie es "bárbaro" a los ojos de los americanos, nadie es inferior, nadie es maldito o incurable. Al contrario: la humanidad está atrasada sólo en la medida en que no ha encontrado aún la única fórmula válida para la felicidad de todos, fórmula americana hecha de democracia, de liberalismo, de capitalismo y de pluralismo. La vocación de América no es la que Virgilio expresara a propósito de Roma: "Tu regere...", sino la de salvar a la humanidad de los oscurantismos, de las guerras, de las revoluciones, de la miseria de la condición humana. En una palabra: la salvación por la buena fórmula cuyo principio y cuyo final están inscritos en la Constitución y en las leyes americanas. El American way of life es su traducción fiel, invariable para todos los pueblos. Tarde o temprano, y con ayuda de la pedagogía americana, la humanidad entera la adoptará. Cuando el senador Fullbright, en un reciente libro, distinguía entre el imperialismo tradicional, cruel y explotador (que él resume como "la arrogancia del poder"), y la política exterior americana, ni arrogante ni imperialista, definía el rostro de los Estados Unidos vuelto hacia el exterior, la convicción compartida por todos sus conciudadanos.

En esta perspectiva, la influencia americana propone una sociedad civil omnipresente en el interior de la coexistencia armoniosa de la humanidad. El desfile del 4 de julio simboliza la americanización del meltin-pot, espejo de los habitantes de todo el planeta, promesa inmanente de la Edad de Oro. Mientras ésta llega, los misioneros del "sueño americano" (American dream) predican la misma enseñanza a los vietnamitas, a los zulúes. Es el ideal del siglo XVIII el que ha visto nacer a los EEUU, pero que se combina con el pluralismo del siglo precedente y con la filosofía de Locke: la sociedad de los Elegidos (de los Santos), cuyos descendientes, sin embargo, han desespiritualizado (desacralizado) la palabra de Dios para traducirlo en los términos y

prácticas de una religión laica. El hombre ya salvado, ¿qué necesidad tiene de política y de Estado? La palabra de Dios, palabra secularizada, garantiza la Ciudad de Dios en la tierra.

El modelo desfigurado

¿En qué sentido puede hablarse de una nefasta influencia americana sobre los pueblos de Europa? A fin de cuentas, los EE.UU. no tienen los medios para imponer su voluntad o su way of life. Sin embargo, me parece que los europeos emplean, no siempre de forma consciente, el siguiente lenguaje: "América es una extensión de nuestro continente, de nuestra visión del mundo. Tiene quizás los excesos de un pueblo joven, rico y exhuberante, pero nosotros, viejos, maduros y experimentados, sabremos limitar los estragos, adoptar objetivos más válidos, y sobre todo, conciliar el confort material llamado "americano", con la vieja sabiduría producto de nuestra historia". Esta perspectiva optimista desarma al continente, como desarma a las otras regiones del mundo, sobre todo en Asia.

Y es que el problema de la influencia americana está mal planteado. Los EE.UU. no son simplemente una "Europa desplazada"; son la encarnación de una ideología que Europa jamás ha asumido. El discurso que mantiene Europa es el de un niño con la nariz pegada al cristal de una tentadora juguetería. Sólo un puñado de observadores europeos ha apreciado la justa medida de las cosas americanas: Tocqueville, Dickens, Macauley, Keyserling, Jung, Ortega... El autor de estas líneas ha seguido personalmente a esos maestros, sobre todo a Tocqueville, en su descripción del "modelo desfigurado". Desfigurado en tanto que portador, en su ideología, del grano de arena destinado a producir "la barbarie instalada por medio de las propias instituciones democráticas", como escribió Macauley en 1852.

Estas instituciones fueron concebidas para combatir la arbitrariedad (de Londres), propagar la libertad, remitirse al pueblo para toda clase de decisiones. Se trata del principio protestante del poder que va desde abajo hacia arriba, y que presupone la inspiración divina del pueblo. En otros términos, se trata de una revolución en la condición humana. La democracia, cuyo estilo señala Tocqueville, significa que todo es posible para el hombre, es capaz de redefinir la naturaleza humana, haciendo reinar la moral por todas partes, a partir del momento en que es liberado de las reglas de conducta impuestas. La consecuencia política es la hegemonía de la sociedad civil sobre el Estado y sobre los individuos en tanto que tales. Es una idea tan ajena a Europa como la hegemonía de un Partido ideológico o de una teocracia. Hoy por hoy, la sociedad americana asegura su propio bienestar, gracias a la expansión de las transacciones económicas y de las ideas que engendran. Sin embargo, esas ideas reducen las instituciones (familia, escuela, Iglesia, Estado, tribunales) a meros sirvientes de esas mismas transacciones, o lo que viene a ser lo mismo, de la economía pura y simple. En una Europa escarmentada por un exceso de Estado, por una superestructura demasiado pesada y recientemente, por una economía demasiado dirigista, las realizaciones económicas norteamericanas son percibidas como un brillante sol. En efecto, es difícil darse cuenta de que el precio del éxito económico de los Estados Unidos es extremadamente elevado, y que hay que pagarlo con el debilitamiento del marco estatal, del sentimiento nacional, de esa mirada más allá de lo cotidiano que se llama cultura, espiritualidad, de esa superación del hombre y las instituciones que hace cristalizar los valores trascendentales.

Restaurar el equilibrio

Por consiguiente, las naciones europeas se encuentran en una situación ambigua de la que les es esencial salir a fin de recuperar su personalidad, su historia, su destino. No se trata de caer en un antiamericanismo encarnizado, aunque este sentimiento, bastante extendido, no expresa sino la angustia ante el derrumbamiento de su civilización, de la estructura de un pensamiento. La falla que encontramos en la reflexión europea actual es justamente la convicción de que se pueden fusionar esa civilización y esa estructura con el American way of life, que, en esta lógica, no sería más

que un estilo de vida, asumible o desdeñable. Pero la verdad es que ese way of life deriva de una ideología: quien adopta el primero, asume forzosamente la segunda, que penetra toda su existencia. La resistencia contra ella no consiste en un simple rechazo.

Y dicho todo esto, ¿cómo resistir a la influencia americana? Se trata, como hemos constatado, de una sociedad superpoderosa, hegemónica, pero al mismo tiempo de una sociedad (un imperio) amorfa. En cierto sentido, sus realizaciones son efímeras, fundadas como están en un universalismo mal concebido, altaneramente perseguido, que siembra por todas partes la duda y el resentimiento. La resistencia debe partir de la restauración del equilibrio entre el Estado y la sociedad civil. Esta idea tiene mala prensa, porque el Estado, en su desconcierto desde cincuenta años atrás (indeciso entre la idelogía liberal y la ideología socialista), se inmiscuye en la vida de los ciudadanos que, por una reacción comprensible, buscan abrigo en la sociedad civil. Sin entender que ésta no es ya la escena de las transacciones mercantiles clásicas, tan viejas como la humanidad, sino que significa la dominación de los grupos de presión ideológicos, tan tiránicos como el Estado y sus feudalidades de antaño. Bien podemos pues hablar de "neofeudalidades": multinacionales, suprasindicatos, partidos políticos, prensa y televisión, universidades, y algunas otras, cuyo poder e impacto, frecuentemente camuflado, no hace falta demostrar.

A pesar de la "modernidad", la vocación de Europa sigue siendo la mesura y el equilibrio. La resistencia a la imposición de modelos extraeuropeos no es sólo un deber: es la condición misma para no abandonar la historia.



El enemigo americano

Robert Steuckers

Nuestra intención al exponer las siguientes reflexiones es la denunciar de la manera más clara posible al enemigo americano, la de designar a los llamados Estados Unidos de América como el contra-ejemplo absoluto, de denunciar como falsos todos los planteamientos de las cenas-debate organizadas por el Rotary Club y demás vanguardias de la cultura americana en esta pobre Europa; y es primordial antes de nada tomar conciencia de que, ante los ojos paranoicos de los que no tienen sino ideas fijas, es decir, de casi todo el mundo, nuestro objetivo, hoy por hoy, no es otro sino el de agitar las buenas conciencias, y para ello debemos rescatar verdades históricas sutilmente escondidas, "científicamente" proscritas, nunca objetivamente debatidas. No cabe duda que América, en cuanto representante de los modelos de sociedad y los proyectos políticos que ella misma se encarga de implantar por todo el globo, es, para nosotros un peligro constante y permanente. América es radicalmente contraria a nuestras aspiraciones históricas profundas, a nuestra memoria, y actualmente es el siempre presente punto de mira de todo aquello en lo cual nos horroriza devenir. Fundada por los disidentes religiosos objeto de las "terribles simplificaciones" de los tiempos de guerra, cuya intención era construir más allá del Atlántico una "sociedad ideal y pura", una sociedad que rechazara definitivamente los "males" de la historia así como las instituciones ligadas al pasado, América pronto devino el espacio idóneo para experimentar la novedad por la novedad, el espacio donde se realizaría concretamente el final de la historia, la marcha ideal y lineal de la historia llegando a su término, como anunciara en 1989 Francis Fukuyama justo en el momento en que la caída del Muro de Berlín colocaba en

ebullición a toda la Europa Oriental. Bien, no es mi misión contestar a los americanos su derecho a fundar "sociedades puras" ni que dejen de estimar que la historia deba tener un fin. Es una cuestión americana, y por lo tanto problema de los americanos, el derecho de creer todo lo que ellos quieran, así como el derecho de intentar poner en práctica todas las experiencias que les dicten sus propios fantasmas: desde las comunidades de los Cuáqueros hasta la ecotopía californiana, desde la fundación de Salt-Lake-City, capital de los mormones, hasta los cenáculos de las sectas "New Age". Es su derecho, y son perfectamente libres de ejercerlo sobre su territorio. Pero, y esta es la cuestión, yo les niego todo derecho a exportar sus manías a golpes de cañón o bajo la aplicación de la táctica del "carpet bombing".

La voluntad de James Monroe

En este sentido, es perfectamente respetable la voluntad del primer presidente americano, George Washington, quien recomendó expresamente a sus compatriotas no inmiscuirse en los conflictos europeos. Desde esta óptica, que es también la nuestra, el presidente Monroe, y su primer secretario de Estado John Quincy Adams, enunció su famosa declaración política en 1823: cada continente, por sí mismo, debe resolver en sí mismo las fuerzas que le ordenan y que le aseguran su estabilidad interna. Washington, Monroe y Adams razonaban en términos de continentes: América para los americanos, Europa para los europeos. Ellos refutaron la lógica mundial, mundialista y global, cuyo máximo representante en la época era el Imperio Británico, que extendía su voluntad en todo el mundo por el control efectivo de sus "zonas de interés", multiplicando las intervenciones para lograr el dominio final de las finanzas desde la metrópoli.

En su apogeo, el Imperio Británico, precisamente por su dispersión en los cuatro confines del globo, chocará de frente con los signos de su debilidad. Dueño de la India, de la mitad oriental del África, del Canadá y de Australia, sufre en sus mejores años de hipertensión imperial, de "imperial overstretch", como en su día nos lo demostró el profesor Kennedy. Pero, a la vez que daba un impulso definitivo a los principios de la Liga Naval del almirante Mahan, los principios continentalistas y aislacionistas formulados por Monroe fueron abandonados en América. América se vuelca en los teoremas del "Sea Power", de la potencia talasocrática, con la clara intención desde el principio de sustituir a la ya herida de muerte Gran Bretaña. Según Mahan, cuya obra influirá definitivamente en el pensamiento de Theodor Roosevelt, Franklin Delano Roosevelt, Guillermo II, el almirante Tojo y Churchil, la clave de la potencia talasocrática reside en el binomio guerra-comercio. Si el comercio americano quiere estar presente en todos los países, América necesita de una flota lo suficientemente poderosa como para poder intervenir en todos los puntos del globo.

Esto implica, tanto desde el derecho como desde el hecho, que América no pude permitirse una introspección exclusivista en el desarrollo interno del país. Después de Mahan, la construcción de la flota devendrá el problema principal de la política tanto interior como exterior de los USA, la piedra maestra sobre la cual asentar el dominio mundial del comercio. Y la historia le da la razón: Los Estados Unidos se convierten en la principal potencia mundial, pero a costa de una desorganización catastrófica de su propio tejido social. Nuestra intención es demostrar que esta desorganización es el principal de los peligros con el que nos amenaza América al día de hoy.

"Mundializar las guerras"

La construcción de una flota de guerra incluso más poderosa que la de la misma Inglaterra, junto con una política intervencionista en América Latina y otros países, constituyeron las dos grandes decisiones que marcaron el abandono de la Doctrina Monroe, aislacionista en su misma esencia. Este abandono implica: 1) que los Estados Unidos renuncian a organizar en autarquía el hemisferio occidental, el nuevo mundo; 2) que su potencia militar y comercial deviene intervencionista, heredera directa del "universalismo" británico del siglo XIX; 3) que la expansión militar y comercial adquiere mayor importancia que la organización interior del territorio

americano tanto como de su población. El cambio de estrategia política trae como principal consecuencia la mundialización de las guerras, la negativa a limitarlas en espacios continentales más o menos restringidos. La declaración de guerra de Wilson a Alemania y a Austria-Hungría es el primero de los disparos mortales contra la Doctrina Monroe en beneficio de una nueva diplomacia, ofensiva, imperialista y provocadora. Los Estados Unidos transplantan a la Europa arruinada posterior a 1918 la diplomacia del dólar, aplicada en la propia Hispanoamérica desde 1989. Las bases de operaciones americanas, protegidas por su tremenda flota, ya no se limitarán al "hemisferio occidental", a la construcción "panamericana": se podrá encontrar en Alemania, en Irán, en China.

Después de la conquista de Hawai, de Guam y de las Filipinas, posiciones clave en el Pacífico arrebatadas a la España moribunda, la expansión militar y comercial americana difunde su influencia por toda el Asia fijando sus primeros objetivos en la costa china. Esta voluntad de intervención y de incrustamiento en los espacios extremo-orientales no podía sino terminar, antes temprano que tarde, en un enfrentamiento directo con el Japón.

Para justificar moralmente su voluntad de instalar sus protectorados allende sus fronteras, los Estados Unidos, al mismo tiempo que abandonaron la doctrina Monroe, se fijan el objetivo de destruir el derecho de gentes clásico, el "ius publicum europeum", para reemplazarlo por un nuevo derecho internacional, donde sólo ellos enuncian los principios y deciden las aplicaciones. No otra cosa es el denominado "Nuevo Orden Internacional" del que tanto se ha hablado desde la Guerra del Golfo. El derecho de gentes, en su enunciado clásico, europeo, distinguía claramente entre la guerra y la paz. La guerra, en el "ius publicum" europeo, nunca puede ser la "guerra santa", como la que sufrió el viejo continente en los días de las guerras de religión, sino únicamente la "guerra formal", tal y como la formuló Emer de Vattel en 1758 ("Le droit des gens"). La guerra es, desde esta óptica, la continuación de la política: sus protagonistas saben mantenerse en sus límites bien determinados, considerando y percibiendo al enemigo como un "iustus hostis", con los que se puede dialogar de tú a tú una vez que las hostilidades han concluido. Por contra, los que pregonan un derecho de gentes post-clásico, un derecho de gentes a la americana, a la puritana, deben aceptar las inevitables consecuencias de esta voluntad: la guerra universal, la guerra planetaria, enfrenta a dos enemigos absolutos: los unos encarnan el Bien absoluto, y los otros, con los cuales no se pacta jamás, los que deben ser exterminados sin piedad, son la pura encarnación del Mal absoluto, ya que son los "enemigos de la humanidad". Los discursos moralizantes, ya presentes en los tiempos de la Revolución Francesa y reagrupados por los intervencionistas que rodeaban a Wilson, han conducido a las mayores masacres que la humanidad nunca ha conocido, han conducido a la verdadera guerra civil universal, ya que cualquier adversario de América, aun cuando sus razones sean pertinentes de derecho, se coloca desde óptica, inmediatamente, como enemigo de ese fin de la historia que debe conducir inevitablemente al triunfo de Washington, al triunfo del género humano.

Los principios de la Sociedad de Naciones

La era del derecho de gentes post-clásico comenzó en Versalles. En efecto, el mismo día en que vio la luz, la Sociedad de Naciones proscribió a los pueblos el resolver sus querellas por medio de la guerra. El principio puede aparecer perfectamente moral, digno de ser generalizado. Pero, en realidad, se está disimulando un peligro terrible: la universalización de la guerra. En efecto, según los mismos principios de la Sociedad de naciones, de la cual la ONU no es sino su hija primogénita, todo Estado miembro que declare una guerra sin el acuerdo de la asamblea de Estados miembros, en el plazo máximo de tres meses recibirá un "acta de guerra" firmada por la asamblea de estados miembros. El derecho clásico de gentes abogaba por la neutralidad, personificaba los conflictos y se resolvía por la negación de las partes terceras; estamos,

pues, en las antípodas del derecho clásico internacional. El derecho a la neutralidad fue uno de los principios de base del derecho de gentes clásico; la neutralidad permite a los beligerantes y a los no beligerantes, a las poblaciones civiles y militarizadas el poseer un recurso, un pulmón exterior en caso de conflicto; los neutrales siempre pueden tender una mano caritativa, auxiliar a los heridos, socorrer a los refugiados, ofrecer exilio a los vencidos y ejercer su fuerza diplomática en las negociaciones. En el actual derecho internacional, toda forma de neutralidad es sospechosa de complicidad con el enemigo absoluto, todos aquellos que intentan atender los rigores de un conflicto son sospechosos de pactar con el diablo. Aún peor, después de Versalles, como después de Yalta, los "principios morales" permiten a los vencedores, que dominan el juego por la fuerza, congelar los conflictos, regular en su provecho el "status quo" en nombre de un viejo principio: "pacta sunt servanda".

Nos encontramos, tras el advenimiento del "ius publicum" post-clásico, en presencia de un "status quo" refrigerado, congelado, que no aprovecha sino a los vencedores en exclusiva, y pensamos concretamente en los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Los otros, los "menos iguales", los dominados, los vencidos, deben contentarse con un "status quo" que es aceptable sólo en la medida en que la alternativa es inaceptable.

La "guerra formal" carece entonces de sentido por su misma imposibilidad, los pueblos devienen prisioneros de una "legalidad" implantada "manu militari" por los intereses comerciales, a riesgo de emprender campañas en las que se enfrentan a todos y contra todos con sus propias y limitadas fuerzas. Para ilustrar lo que venimos diciendo, es más que suficiente meditar sobre el reciente ejemplo de Irak, involucrado en una guerra de imposible victoria tras la invasión de Kuwait, cuando pocos años antes era el baluarte de la "humanidad" frente al Irán resistente al "American way of life"; este es el "status quo" de la ONU: guerra sin cuartel de todos contra uno.

Con la entrada en escena de los Estados Unidos en el concierto europeo, tras la adhesión de Washington a los principios del intervencionismo en todos los azimuts, después de la proclamación de los principios de Wilson, debido a la imbricación del capital americano en la red económica europea, el personal político de la otra orilla atlántica creyó firmemente que la historia había terminado en 1918, el día del Armisticio; la historia, a sus ojos, había cesado. Desde ahora, el nuevo derecho de gentes aplicaría la "guerra-ejecución". El Estado recalcitrante, el que osara contestar el "status quo" y se aventurase en nuevas peripecias de la historia, debía ser aislado del bando de las naciones; los miembros de la comunidad internacional debían romper todas las relaciones comerciales y finacieras con dicho Estado, incluso en detrimento de sus intereses más elementales. Vemos el caso concreto en ese histerismo mundialista que se ha declarado en el problema de Irak. Hablo en primera persona: cuando acepté un debate con el doctor Zaïd Haïdar, embajador de la República de Irak en Bruxelas, y cuando me permití el lujo de expresar mi opinión en términos más bien moderados de que no compartía el principio americano de la enemistad absoluta y, sobre todo, al declarar que el Oriente Medio era una zona árabe, que debe organizarse por los árabes y para los árabes, fui recriminado personalmente nada menos que por el anciano Jan Adriaenssens, el antiguo jefe de la diplomacia belga. De nada sirvió que ante el doctor Zaïd Haïdar demandara, como la inmensa mayoría de mis compatriotas periodistas, la liberación de los rehenes belgas, lo cual, por cierto, se logró gracias a su mediación personal, lo cual es algo que le agradezco personalmente; tres días después, cierto periodista muy conocido por su defensa de las causas más ineptas, se permitió el insultarme públicamente en nombre de su "humanismo" post-clásico, ese mismo "humanismo" que pocos meses más tarde sembraría entre 100.000 y 150.000 en las tierras de Mesopotamia, víctimas inocentes, al tiempo que reduciría a cenizas las más bellas colecciones de escritura cuneiforme; no debemos extrañarnos que el más viejo patrimonio de la humanidad sea destruido

en estos dais en nombre de la moral puritana. Dos hombres de buena voluntad habían discutido con un embajador para intentar el rescate de algunas víctimas inocentes y neutras de las miserias de un conflicto que no habían buscado ni querido, con el resultado de ser insultado por los "defensores de la libertad de expresión", aquellos que no movieron ni una pluma ni ante la miseria de todo un pueblo arrojado a las más ínfimas condiciones de supervivencia ni ante el vandalismo innoble de los destructores de tesoros arqueológicos.

La doctrina Stimson

Para el espíritu misionario de los puritanos, las guerras no son conflictos, no son la prolongación de la política por otros medios, sino represalias, expediciones punitivas, medios para erradicar la barbarie ("uprooting of barbarian").

En el período de entre-guerras, esta nueva versión post-clásica del derecho de gentes fue refinada por Frank B. Kellog, Cordell Hull y Henry Stimson. La Doctrina Stimson, inventada para justificar la injerencia americana en el Extremo-Oriente, fue presentada por primera vez en una nota a los gobiernos japonés y chino el 7 de enero de 1932. Esta nota precisaba que los Estados unidos no aceptarían ninguna modificación en el trazado de las fronteras, pues el resultado sería considerado "casus belli". Para los dirigentes americanos la historia estaba cerrada, las fronteras existentes y el "status" que las mantenían no podían ser modificadas bajo ninguna razón. Los resultados de este principio, no ya "conservador" sino más bien "retrasador" de las sinergías acumuladas, los podemos observar no sólo en la Guerra del Golfo, sino también en el problema de los países bálticos y en la tragedia de la desintegración de Yugoslavia. En Irak se actuó en el sentido de resolver definitivamente los problemas fronterizos con Kuwait; en los países bálticos, la posición americana no dejó de ser ridícula al afirmar que los Estados Unidos nunca reconocieron la anexión de las tres repúblicas por Stalin, lo cual no era sino reconoer el "status quo" imperante en 1940. Las urgencias de Occidente, y sobre todo las alemanas, para reconocer a Eslovenia, Croacia y Macedonia derivaron forzosamente en una adhesión no-crítica de la doctrina de Stimson: el reconocimiento tácito de las fronteras internas de Yugoslavia fijadas personalmente por Tito. El resultado: un conflicto que es, "de facto", completamente ininteligible para los americanos y para sus aliados europeos.

Cordell Hull, nombrado Secretario de Estado por Roosevelt en 1933, introdujo en la práctica diplomática una nueva metodología: por medio de las estadísticas comerciales se puede calcular con exactitud la manera de intervenir en los cinco continentes. Todos los problemas que, desde la óptica americana, no pudieran ser analizados de forma estadística y cuantitativa, constituyen en sí una aberración o, más concretamente, una monstruosidad. Cordel Hull formuló también una doctrina positiva y utilitarista que, cuando es apoyada por la flota americana o por su aviación, permite a los Estados Unidos alinear de grado o de fuerza a todo el planeta bajo el criterio de la "American way of life".

En Europa, como en Iberoamérica o en el mundo árabe, la política angloamericana hoy en día es la balcanización, la división en microestados. Para dominar los vastos espacios e intervenir en las culturas autóctonas pluriseculares, se aplica la divisa del dividir para vencer. La Guerra del Golfo nos ha demostrado la utilidad de esta estrategia en la política mundialista practicada por los Estados Unidos: el único interés americano en no fragmentar a Irak resulta de la utilidad de mantener en la región un Estado capaz de enfrentarse a un Irán o una Arabia Saudita que pueden devenir demasiado poderosos. Esta fue también la política que se aplicó a la Alemania vencida en las dos guerras mundiales. En Oriente Próximo, la situación estratégica de los estados Unidos reside en uso eventual del Líbano para controlar simultáneamente tanto a Israel como a Siria; guardo las reservas kurdas o chiítas como fuerza auxiliar en caso de necesidad. Así es como han conseguido brillantemente su objetivo: la libanización de toda la región; jamás pensaron en la pacificación, pese a todos los discursos de Bush. La estrategia

americana, que aquí demuestra ser plenamente anglosajona, consiste en controlar ante todo las vías de comunicación y los recursos económicos, y para ello el mejor medio es favorecer todo desorden en el interior de las tierras, para impedir la formación de Estados plurinacionales con una estabilidad geopolítica propia y firme. Cuando, a golpe de propaganda, los americanos reclaman la "democratización" de cualquier región planetaria, el objetivo inmediato es impedir el avance de toda estabilización política capaz de favorecer la marcha autónoma de dicha región.

Invertir la lógica de List

En este sentido, europeos y americanos son fieles seguidores de Friederich List, el economista alemán a quien debemos la teoría de la autodeterminación en economía política, teoría que propugna la organización de los espacios interiores pero sin recurrir excesivamente al colonialismo. Es la lógica que han aplicado sucesivamente en Europa Bismarck, los padres fundadores de la CEE y De Gaulle. Los Americanos han aprendido de List que todas las unificaciones, todos los reagrupamientos regionales o continentales, todas las sinergías transnacionales localizadas, tarde o temprano tendrán que chocar con su interés talasocrático. Los americanos invierten la lógica de List. Los europeos quieren aplicarla en sus consecuencias. Esta es la diferencia.

A fines del siglo XIX, un buen número de economistas, recogidos de todas las familias del pensamiento, reflexionaron sobre la integralización y unificación de las economías europeas. Los diversos proyectos fueron numerosos, si bien es imposible aquí enumerarlos todos. En las vísperas de la Primera Guerra Mundial, Alemania, Autria-Hungría y el Imperio Otomano planificaron la construcción de un ferrocarril Hamburgo-Berlín-Viena-Estambul-Bagdag, aunando así las posibilidades económicas de Hungría, los Cárpatos, Anatolia y Mesopotamia, pues la comunicación entre estas regiones era, de hecho, imposible sin el consenso de la flota británica, que a la sazón controlaba el Mediterráneo Oriental. Para Londres la solución de sus problemas devino de la oportuna manipulación de los nacionalismos serbio, rumano y árabe (baste recordar la muy difundida leyenda de Lawrence de Arabia). En 1995 estaba previsto la construcción de un gran canal entre el Rhin, el Main y el Danuvio, desde Rotterdam al Mar Negro, que sustituiría una gran parte del tráfico comercial controlado por los americanos en el Mediterráneo, facilitando el acceso al corazón de Europa de las inmensas reservas en cereales de Ucrania o del petróleo caucasiano. Este proyecto no estaría limitado únicamente al territorio actual de la CEE, fue la respuesta del Washington horrorizado ante la perspectiva de perder su influencia inmediata en el Cercano Oriente ante el acceso, aun indirecto, de la Gran Europa en gestación a las riquezas del Cáucaso, Mesopotamia e incluso al Océano Índico.

Fragmentar la diagonal

La lógica anglosajona discurre hoy por hoy en impedir la construcción de esta gran diagonal transeuropea que enlazaría con los ríos del Golfo Pérsico. En 1918 se desmenuzó el Imperio Austrohúngaro y el Oriente Próximo; en 1945 el Danubio estaba cortado a pocos kilómetros de Viena; en 1992 se logró paralizar la fabulosa sinergía que se estaba gestando en la Europa Oriental posterior a la perestroika. Según los pertinentes análisis de Mohammed Shanoum, consejero del presidente argelino Chadli, que coincide con la estrategia geopolítica de Haushofer y Zischka, la Europa en formación devendría el mejor aliado para la futura Comunidad Magrebí, pues está destinada a ser la salida natural al comercio de la región, e incluso de toda el África. Para contener toda esta fabulosa sinergía continental, los Estados Unidos necesitan el control efectivo del Golfo Pérsico, es decir, la zona en que el Océano penetra más profundamente en la masa continental euroasiática, en dirección a zonas-clave como lo son el Irán, las zonas de contacto entre el este y el Oeste de Eurasia, como el Cáucaso y el Mar Negro; en caso de perder el control del Golfo, los americanos verían surgir una nueva dinámica que, si las leyes geopolíticas no mienten, sería imparable. Este fue el significado real de la Guerra del Golfo: la neutralización no de

Saddam Hussein, sino de una de las zonas más sensibles de Eurasia.

Recordemos, en el mismo orden de ideas, que Roosevelt no combatió a Alemania a causa del nazismo, sino porque los tratados alemanes con Rumania, Hungría y Croacia, motivados en la idea de la "Petite Entente" balcánica, idea que amenazaba directamente los compromisos comerciales americanos, enfrenados al "imperio informal Alemán", perfectamente capaz de ser autosuficiente al margen de las exportaciones americanas, posibilidad que se prohibía tácitamente en el tratado germano-americano de diciembre de 1923.

Después de 1945 los Estados Unidos organizaron la economía europea en la forma de un gran mercado más accesible a sus propios intereses. Los famosos Plan Marshall y Schuman no fueron sino la concretización de esa idea. Pero, tarde o temprano, Europa debe devenir en la idea "bonapartista-gaullista" y "social-demócrata a la alemana", según la misma terminología de los funcionarios americanos. Estamos hablando de una Europa consciente de sus intereses comunes y beneficiaria de una buena organización social basada en la etiqueta de las inversiones colectivas.

Renunciando a la ideal del proteccionismo, renunciando a los principios de solidaridad que debieran presidir las fórmulas europeas de seguridad social, renunciando invertir a largo plazo y privilegiando los proyectos a corto tiempo, renunciando a la lógica continentalista para fijar la mirada en el "globalismo", la Europa americanizada se encuentra virtualmente incapacitada para asumir sus propios planteamientos. Las aventuras americanas en Corea y Vietnam debieran ser un punto de referencia. La Guerra del Golfo no escapa a la regla. Quisiera rendir aquí un pequeño homenaje a los politólogos, a los periodistas, a los historiadores, a los políticos americanos que rechazan como perniciosa para su patria la actual posición mundialista de los gobiernos de Estados Unidos. Cinco de ellos, particularmente, me llegan a la memoria: Oswald Garrison Villard, John T. Flynn, el senador por Ohio Robert A. Taft, El presidente, e sus días, del Partido Republicano, Charles A. Beard, y el diplomático Lawrence Dennis . Cada uno de ellos merece un amplio comentario, pero para resumir sus trabajos voy ha citar las palabras de Charles A. Beard, quien puede considerarse el portavoz de sus compañeros de infortunio: "En el centro de esta concepción que los americanos han desarrollado, se encuentra la idea de que la civilización americana debe mejorarse sobre todo por medio de la política interior, abandonar los hábitos que han hecho de nuestro pueblo un pueblo mal gobernado, mal habituado y mal educado. Para defender esta civilización y este continente, necesitamos una política inteligente y adaptada a este fin, de un ejército y de una armada reducidos, aunque vigorosas. Nuestra convicción es que la democracia americana no debe más, cual Atlas moderno, cargar con el peso del hombre blanco, bajo la forma de un imperialismo mundial, y que América no debiera buscar más su implicación en los difíciles problemas de las naciones sureuropeas.

Para Beard, los europeos y los japoneses deben organizar sus propios espacios a su gusto y manera, y en estas decisiones la intervención de América es innecesaria y contraproducente. Lawrence Dennis, por su parte, demuestra que el intervencionismo, desde todos los puntos, termina siempre por ejercer un "efecto dominó" de consecuencias siempre imprevisibles.. Estos "continentalistas" evocan una organización interior de la sociedad americana y, a su modo, rememoran las sombrías previsiones del profesor Paul Kennedy ante las presiones americanas ejercidas en el Japón para lanzar al ruedo político a Akio Morita, antiguo director de Sony, como cabeza del Partido Liberal Democrático. En la obra de Michel Albert se hizo famoso su grito de alarma: "America is back!" (América está en retroceso), que por cierto fue usada por Reagan en un sentido totalmente diferente. Para Albert, la sociedad americana ha devenido una sociedad dual, marcada por el egoísmo patológico de los nuevos ricos, descomprometidos con cualquier engranaje social. Su industria se ha convertido en una

serie casi inabarcable de poderes paralelos con plena capacidad de actuación al margen de la sociedad y del Estado, con sus propios programas de formación exclusiva a nivel universitario y, sobre todo, donde priva mucho más la especulación que los programas de calidad. El hombre de empresa casi ha desaparecido ante la presión de los "golden boys" y las razzias de los bancos. Maurice Allais, Premio Nobel de Economía en 1988, declaraba que "la economía neoamericana se ha abandonado a una especie de delirio financiero especulativo donde se mueven cifras fabulosas sin fundamento real, una economía donde los efectos desmoralizantes están siendo subestimados". Atraídos por el dinero fácil ganado en la bolsa, los cuadros americanos especulan constantemehte al margen de un contexto económico real: la industria. Las consecuencias podrían ser verdaderamente desastrosas, pues se está privando un tejido económico que ya no favorece la investigación, la calidad ni los proyectos a largo tiempo. El peligro americano es precisamente esta ideología: nos estamos enfrentando al espíritu del consumidor, no del constructor, del egoísta, no del pionero. El espíritu de las finanzas sustituye así al espíritu de la empresa. Shintaro Ishihara, en un libro titulado "El Japón que puede decir no", denuncia los siete pecados capitales de América:

Los siete pecados capitales de América

Primer pecado: los americanos sufren del fantasma de la vida fácil; son extremadamente egoístas y prefieren la especulación y el ocio a la producción y el trabajo.

Segundo pecado: los americanos son incapaces de planificación; los japoneses planifican toda su economía, como mínimo, a diez años vista; los americanos, ironizan los japoneses, piensan tan sólo en los siguientes diez minutos. Sus decisiones, así, carecen de sustancia.

Tercer pecado: América ha construido una sociedad del despilfarro, fruto de su incapacidad de planificación. Los productos americanos son cada vez menos fiables, al tiempo que los americanos son los mayores productores de desperdicios en todo el mundo.

Cuarto pecado: el gusto por el lujo, en los Estados Unidos, adquiere proporciones inaceptables, indecentes. La ostentación de la riqueza no puede engendrar sino una sociedad fracturada.

Quinto pecado: en los Estados Unidos, explica Ishihara, reina una concentración plutocrática del abastecimiento. el 1% de la población controla el 36% de la riqueza nacional. Cuando una sociedad presenta tales características, deja de ser un pueblo, y si no es un pueblo, carece de armonía, y si carece de armonía, no es sino una disfunción.

Sexto pecado: la economía americana no opera sobre la investigación ni sobre la mejora de sus productos; el hecho de su proteccionismo no es sino la manifestación a ser desbordados por los productos japoneses y europeos. Los americanos priman el "hecho individual", que engendra el desorden en las investigaciones y la "satisfacción del consumidor", que no conoce ni frenos ni límites. Las escuelas, los servicios de policía, la lucha contra la droga, la investigación médica, la ecología, no entran en los cálculos inmediatos de esta economía americana del "hecho individual" y del hedonismo consumista. Esta desestabilización creciente puede, a la larga, afectar a la vida en general. La política interior americana se ha limitado exclusivamente al consumo individual, con el resultado de un crecimiento desmesurado de las necesidades artificiales.

Séptimo pecado: Los americanos estiman que su modo de vida y su civilización son los mejores del mundo. Rehusan cambiar de criterios, son incapaces de concebir un modo alternativo a sus interpretaciones liberales convencionales. Si persisten en cometer sus mismos errores, señala Ishihara, el Japón no dudará en buscar sus inversiones en otro lugar: en Siberia y en los demás países de Extremo-Oriente.

Capitalismo contra Capitalismo

Frente a estas taras americanas, Michel Albert responde que los otros capitalismos, el alemán, el japonés, el sueco o el suizo, no se basan exclusivamente en el dinero, sino

también en otros valores sociales. Y señala que François Perroux añade: "Toda sociedad capitalista funciona regularmente gracias a los sectores sociales que no están animados ni impregnados por el espíritu de la riqueza y de la búsqueda de más riqueza. Cuando el alto funcionario, el soldado, el magistrado, el sacerdote, el artista, el sabio son dominados por este espíritu, la sociedad queda destruida, y toda forma económica se encuentra entonces amenazada. Los bienes más preciosos y más nobles de la vida de los hombres: el honor, la alegría, el afecto, el respeto a los demás, no encuentran ninguna salida; el grupo social entonces se desmorona por su base. Un espíritu anterior y extraño al capitalismo sostiene los cuadros bajo los que se desarrolla la economía capitalista" (El Capitalismo, PUF 1962).

Michel Albert intenta demostrar la superioridad del "capitalismo del Rhin" (holandés, alemán, suizo) y japonés, donde la banca prima sobre la bolsa, y donde las agresiones interempresariales están fundamentadas en varias "reglas" en las que es virtualmente imposible operar al margen del consenso general (OPAs, grandes familias, etc). El concepto de la "familia autoritaria" de tipo germánico, israelita o nipón, que intenta por todos los medios perpetuarse en las siguientes generaciones, es primordial aquí; el capitalismo deviene así una suerte de viejo-capitalismo que pretende su expansión y su duración en el tiempo y en la memoria a través de la cualificación, la antigüedad, la formación de los cuadros y de los obreros. Este viejo-liberalismo, contrario al liberalismo en sentido estricto, deriva del pensamiento anglosajón, vehículo de unos valores que son precapitalistas, tradicionales y eternos. La preferencia que se da aquí a lo colectivo o a lo comunitario indica claramente la persistencia de unos modos de acción y de pensamiento preindividuales. Estos valores son inmemoriales; son europeos, en el sentido de que Europa les ha dado vida durante siglos. En los Estados Unidos estos valores no pueden ser transplantados en un "humus" que no está dispuesto a recibirlos. Pero, si estos valores preliberales y preindividualistas son en sí sólidos, ¿por qué hablamos del peligro americano? Michel Albert escribe: "la superioridad económica del capitalismo del Rhin, no nos engañemos, está condicionada a su triunfo político. De otra forma, los países del Rhin no dejarán de ser permeables al virus venido de fuera". La economía sometida la presión política de la otra fachada atlántica, de sus influencias mediáticas y culturales, se vuelve en sí inoperativa. La amenaza está clara: "Toda idea made in America es en Europa una idea pre-vendida". El combate contra las seducciones ideológicas americanas es ante todo un combate cultural, una "Kulturkampf". Y ese es nuestro combate. Una Europa seducida por los modelos americanos e hiperliberales debería defenderse con todas sus fuerzas contra la trampa de la economía-casino, optando por la investigación conjunta y por el desarrollo en común.

Confiamos, obramos

En derecho internacional, sobre el plano geopolítico, sobre el plano económico, sobre el plano ideológico, el peligro que representa los Estados Unidos y las manías que ellos exportan, son bien visibles, bien tangibles. Oponerse a la ideología americana no es una preocupación de intelectuales de salón, de estetas delicados, de fanáticos que se mueven en ámbitos grupusculares, sino que es la única forma real de defender los valores europeos, de la propia vida cotidiana. Si no queremos que nuestras ciudades desemboque en un Bronx o que nuestros hijos salgan iletrados de nuestros colegios y liceos, esta es nuestra misión frente a la speligrosísimas seducciones que nos vienen de California y de Chicago. Es un combate en el que podemos y debemos entrar todos, cada uno según sus medios y posibilidades. Roosevelt, gran estratega de cumbres políticas, había anunciado que el siglo XX sería americano. Nosotros confiamos, obramos para que el siglo XXI sea multipolar: europeo en Europa, asiático en Asia, y ruso en el enclave de los dos mundos.

[Traducción de Santiago Rivas]

El Amblimoron antifascista o la extrema izquierda pro-americana

Claudio Mutti

"*El peor producto del fascismo fue el antifascismo democrático*"
Amadeo Bordiga

*E*l oxímoron, figura retórica que consiste en unir en una unica frase a dos palabras que expresan conceptos contrarios, es, como revela la etimología griega, una "locura aguda" (oxy moron). Como ejemplos del oxymoron, el Diccionario de la lengua italiana de Devoto-Oli, edición 2000-2001, cita expresiones como "hielo caliente" o "convergencia paralela".

Sin embargo, hay casos en los que la combinación de los dos términos de sentido opuesto representa, a diferencia del oxymoron, una locura que no es en absoluto aguda, sino que es, al contrario, una determinación embotada, por eso se podría crear para tal caso un neologismo: el amblimoron (ambly moron), la "locura embotada".

Así en la categoría del amblimoron se podrían guardar sintagmas como "antifascismo antiimpérialista", "antiimperialismo antifascista", "antifascismo y antiimperialismo", "antifascista y antiimpérialista," etc.

Expresiones como éstas se pusieron a circular recientemente, después de que a alguno se le ocurrio la idea de organizar, en apoyo a Irak, una manifestación sin prejuicios ideológicos, de la que nadie debía ser excluido por su orientación política.

Inmediatamente resultó escandaloso, a algunos, que no se haya fijado, por la antedicha iniciativa, la condición indispensable y necesaria de profesar la fe antifascista para para tener el derecho a manifestar. Por ello se comenzó a decir y escribir que una manifestación políticamente ortodoxa de apoyo de Irak debía ser, al mismo tiempo, "antiimpérialista y antifascista".

Que la combinación de los dos conceptos representa una contradicción es para nosotros manifiesta. Pero, para otros, no lo es en absoluto y por lo tanto es necesario demostrarlo, con pruebas en mano.

El joven Marx ya había definido a Estados Unidos como el "país de la emancipación política realizada", así como como "el ejemplo más perfecto del Estado moderno", capaz de garantizar la soberanía de la burguesía sin excluir a las otras clases del disfrute de los derechos políticos y como una de las naciones mas progresistas de la epoca. Una crítica marxista observó que "en los Estados Unidos la discriminación censitaria toma una forma racial", por eso "se puede percibir una determinada indulgencia" de Marx respecto al sistema de Estados Unidos, mientras que "la actitud de Engels se desequilibra aún más en sentido americanofilo", que le lleva a escribir que: "en los países burgueses la abolición del Estado significa la abolición del poder nacional como en Norteamérica." Aquí los conflictos de clase se desarrollan solamente de una manera incompleta; los choques de clases se producen de vez en cuando camuflados por la emigración al Oeste de la superpoblación proletaria... La intervención del poder del Estado, reducido a un mínimo al Este, no existe en absoluto en el Oeste "(Marx-Engels, Opere complete, Editori Riuniti, Rome 1955, VII, p. 288).

La suerte del Oeste parece ser sinónima de ampliación de la libertad: no hay rastro esa suerte reservada a los Pieles Rojas, así mismo se oculta la esclavitud de los negros." A veces, Engels se convierte en el apologista formal del imperialismo americano, como cuando celebra la "valentía de los voluntarios americanos" en la guerra contra México: "la espléndida California fue arrancada a los Mexicanos indolentes, que no sabían que hacer con ella"; o como cuando exalta "a los enérgicos Yanquis" que dan un impulso a la

producción de la riqueza, al "comercio mundial" y por lo tanto a la difusión de la "civilización" (Marx-Engels, ídem, VI, pp 273-275). La izquierda, por lo tanto, "no podía ser sino américanista y fordista." Ya que desde su origen era industrialista; en realidad desde la Ideología alemana Marx y Engels habían exaltado el desarrollo de la industria (...) y el marxista que quería realizar el socialismo antes del desarrollo generalizado del capitalismo, Lénin, fue américanista y fordista (...)"y Bukarin, en 1923, podía exhortar a los comunistas" a añadir el americanismo al marxismo."

En Italia, uno de los más grandes representantes del pensamiento marxista, el proto-antifascista Antonio Gramsci, reivindicó para el grupo comunista Ordine Nuovo (fundado por él en 1919 con Palmiro Togliatti y otros) el mérito de apoyar una "forma de americanismo aceptado por las masas trabajadoras". Para Gramsci existe en realidad un "enemigo principal" es, citamos textualmente, "la tradición, la civilización europea (...), la vieja y anacrónica estructura social europea". Es necesario pues agradecer, dice, a "la vieja clase plutocrática", porque pretendió introducir "una forma muy moderna de producción y de trabajo que es ofrecida por el tipo americano más perfeccionado, la industria de Henri Ford".

Y la clase plutocrática determinó rápidamente a sus compañeros de viaje. Felice Platone, cuyos trabajos sobre los clásicos del marxismo son reconocidos, recuerda cómo el senador Agnelli había hecho una "invitación" al grupo de Gramsci y Togliatti, en nombre de una pretendida "concordancia de intereses entre los obreros de la gran industria y los capitalistas de la misma industria". Es Gramsci, quien habló de una "financiación de Agnelli" y de "tentativas de Agnelli de absorber al grupo Ordine Nuovo".

Sin embargo Gramsci no fue ni el primero, ni el único, entre los marxistas que vio en América el paso ideal para la edificación de una sociedad alternativa a la europea, que desgraciadamente "estaba cargada de esa cubierta de plomo" que era su tradición histórica y cultural". Es él mismo Gramsci, en realidad, que menciona explícitamente el interés de "Leon Davidovic" (es decir, Lev Davidovich Bronstein, alias Trotsky) por el americanismo, sus investigaciones sobre el American way of life y sobre la literatura norteamericana.

Ese interés del pensador marxista por el americanismo se debe, explica Gramsci, a la importancia y al significado del fenómeno americano, que es: "el principal esfuerzo colectivo constatado hasta entonces para crear con una rapidez inaudita y con una conciencia del objetivo nunca visto en la historia, de un nuevo tipo de trabajador y de hombre". Los logros del americanismo hicieron nacer una especie de complejo de inferioridad en los marxistas, que declaran por la boca de Gramsci que "el antiamericanismo es cómico ademas de ser estúpido".



Hablamos, más arriba, de literatura americana. Ahora bien, una de las manifestaciones más significativas de cultura antifascista ocurrida durante el período fascista fue la que tuvo lugar en 1942, con la publicación de la antología Americana de Elio Vittorini en la editorial Bompiani. Se dijo con mucha razón que para Vittorini, y para los camaradas que le sostuvieron en la iniciativa en calidad de traductor (todos giraban más o menos en la órbita de la resistencia comunista clandestina), "la literatura americana contemporánea (...) se volvió una especie de bandera;" fue también, o quizá sobre todo, como un manifiesto implícito de fe antifascista que Vittorini

concibió y realizó su antología. América debía revelarse para los lectores, como una gran metáfora de libertad y progreso."

El mismo año, varios antifascistas encarcelados por el régimen fascista - entre los cuales se encontraban los futuros dirigentes del PCI (Partido Comunista Italiano) - brindaban por la monarquía británica: "Estaban, entre otros, Carlo Muscetta, Mario Alicata, Mario Socrate, Antonello Trombadori, Guglielmo Petroni, Gabriele Pepe, Marco Cesarini;" (...) Gabriele Pepe propuso un brindis por Inglaterra, luego por Churchill, luego por la Real Fuerza aérea. "Bebamos por su felicidad y alegría."

En los discursos que Palmirò Togliatti dirigía a los italianos desde Radio Moscú, la exaltación de los Estados Unidos era frecuente y tomaba a veces un verdadero acento de misticismo. He aquí resumidamente un significativo florilegio del Laudes Americae entonado por Togliatti:

8 de agosto de 1941. "Realmente debemos estar agradecidos con América, no sólo de haber dado trabajo durante tantas décadas a tantos de nuestros hermanos, sino tambien por el hecho de que a esos hombres, que salían de las oscuridad de un entorno social casi medieval, les hizo ver e incluir lo que es un régimen democrático moderno, lo que es la libertad (...) Mussolini y el fascismo (...) querrían hacer creer al pueblo italiano que tiene un enemigo en el pueblo americano (...). los Italianos que conocen América dicen la verdad a sus conciudadanos." Les dicen que el pueblo de los Estados Unidos es amigo de Italia, pero que es enemigo implacable de toda tiranía (...). y los Italianos que gustan de su país, que no son y no quieren ser los esclavos de ningún despotismo, tienen un nuevo motivo de reconocimiento hacia el pueblo de los Estados Unidos, que ayuda al pueblo italiano no solamente a romper sus propias cadenas."

2 de enero de 1942. "A nosotros llega por las ondas otra voz. Es la voz del gran pueblo americano. En su acento masculino acompañado por el ruido de mil de fábricas que trabajan día y noche, sin parar, para forjar cañones, tanques, aviones, municiones. Hace un mes, América fabricaba mensualmente tantos aviones como Alemania y su vasallo conjunto. De aquí a unos meses puede que fabricará dos veces lo mismo. Treinta millones de obreros americanos juraron no retrasar su esfuerzo productivo mientras los regímenes fascistas de terror, violencia y guerras no fuesen aplastados. Buena perspectiva, por lo tanto para el nuevo año."

Los impérialistas no se negaron a mostrar su reconocimiento a los camaradas de Togliatti. Un ejemplo famoso es especialmente significativo, el general McCreery decoró con la medalla de oro a Arrigo Boldrini alias "Bulow", que después de haber liderado la 28° brigada Garibaldi fue un parlamentario durante mucho tiempo del PCI.

Que la "Resistencia" antifascista fue un movimiento colaboracionista al servicio del invasor angloamericano, un movimiento que contribuyó a entregar a Italia al capital impérialista es un dato reconocido hoy por la historiografía comunista "herética", es decir, no alineada con la mitología de la resistencia. "La acusación que mantiene que el movimiento socialista se inserto con pleno conocimiento de causa en el frente militar de los aliados tiene evidencia histórica", escrito, por ejemplo, por un historiador que redactó varios artículos para la Enciclopedia dell' antifascismo e della resistenza. Por otra parte, ya en 1944, el órgano de un grupo comunista escribía: "por la desagregación del ejército, las bandas armadas son, objetivamente y en las intenciones de sus animadores, instrumentos del mecanismo de guerra ingles".

Los antifascistas de Badoglio, católicos, liberales y socialdemócratas no tuvieron, terminada la guerra, ninguna dificultad para admitir el carácter colaboraciónista de la "Resistencia" con los Americanos, ya que en los años de la posguerra sus partidos siguieron estando subordinados a la política de los Estados Unidos y numerosos "partidarios blancos" siguieron sus actividades americanofilas en los "Partidos demócratas", en el periodismo o en las filas del contraespionaje o de la red Gladio. Los comunistas, que por causa de la "guerra fría"

se encontraron alineados con la URSS, pretendieron crear una imagen patriótica de la "Resistencia" y asignar a su acción el mérito exclusivo de la derrota nazi-fascista.

Como si los Angloamericanos nunca hubiesen existido. Como si la acción de los antifascistas no había sido apoyada y había sido financiada por los impérialistas occidentales (además de los capitalistas del Norte hostiles a la socialización de las empresas públicas por la República social). En el Sur ocupado, algunas formaciones de la extrema-izquierda se habían puesto inmediatamente a disposición de los invasores angloamericanos "para liberar" el resto del territorio de la península. En Campania por ejemplo, había nacido el Partido socialista-revolucionario italiano, que entre sus objetivos inmediatos tenía el "de ayudar a los angloamericanos en la liberación del territorio restante de la península". "Después de haber acogido a los aliados como liberadores, los socialista-revolucionarios se habían entrevistado, en Salerno, con el General Clark." Le pidieron entonces poder asistir a las tropas americanas en su entrada en Nápoles y participaron, además en los tratos para la constitución de los Grupos de combatientes italianos."

En el Norte, en febrero de 1943, el Partido comunista, el Partido de acción, el Partido proletario para una República socialista y el Partido social-cristiano, se habían puesto en contacto con el OSS, el servicio secreto americano, por medio de un agente de conexión de primer orden: el ingeniero Adriano Olivetti, amigo de Carlo Rosselli.

La dependencia económica de los antifascistas del CLNAI con los angloamericanos fue formalizada por un documento de cinco páginas redactado en inglés, los Protocolos de Roma, que fue firmado el 7 de diciembre de 1944 por el general británico Henry Maitland Wilson, el comandante general combinado en el Mediterráneo y por los jefes antifascistas: Alfredo Pizzoni (Pietro Longhi), Ferrucio Parri (Maurizio), Giancarlo Pajetta (Charca), Edgardo Sogno (Mauri).

Los signatarios se comprometían a realizar, durante el conflicto, el trabajo sucio de los Aliados; se comprometían a nombrar como jefe militar del Cuerpo de los voluntarios de la libertad a un funcionario autorizado por los Angloamericanos; se comprometían a realizar cualquier orden que les dieran los Angloamericanos después de la "liberación" del territorio italiano. Y el CLNAI, contra parte, era reconocido por los Angloamericanos como el único Gobierno, de hecho y derecho, de Italia del Norte.

En el apartado 5 del documento se estableció en estos términos la financiación destinada a las actividades antifascistas: "Durante el período de dominio enemigo en el norte de Italia se dará toda asistencia al CLNAI, conjuntamente con todas las organizaciones antifascistas, para cubrir las necesidades de sus miembros que son contratados en la oposición al enemigo en los territorios ocupados." El Comandante combinado hará una contribución mensual que no excederá ciento sesenta millones de liras para cubrir los gastos del CLNAI y de todas las demás organizaciones antifascistas."

Traducido a buen español eso significa que los impérialistas atlánticos asignaban una financiación mensual de ciento sesenta millones de liras (valor de entonces) a sus colaboradores antifascistas!...

Los Protocolos de Roma estipulaban, pues, que el Comitato di Liberazione Nazionale Alta Italia subordinaba formalmente la resistencia a la estrategia militar angloamericana y la ponía, como escribió un autor comunista "bajo la dependencia directa de los aliados", mientras que la Orden de los voluntarios de la libertad se reconocía como el ejecutor de los órdenes de la orden principal combinada.

Ya antes de los Protocolos, los "patriotas" se habían puesto al servicio de los "liberadores", la prueba es que el general Alexander les había pedido: "Matemos a los Alemanes, pero para poder huir rápidamente y volver a atacar (...) los grupos de patriotas de Italia del Norte deben destruir las líneas ferroviarias y si es posible telefónicas, y

hacer descarrilar los trenes." Destruid las instalaciones telegráficas y telefónicas."

Pero dejemos la palabra a Renzo de Felice: "Los acuerdos de Roma aportaron a la Resistencia ciento sesenta millones de liras." Fue la salvación. Y Harold Mac Millan, responsable de la política inglesa en el Mediterráneo, pudo escribir en sus memorias un comentario salvaje y de satisfacion: "quién paga la orquesta decide la danza." "Para la Resistencia, era imposible romper con los Aliados, eso habría sido una catástrofe económica (el mismo Parri en su Memoriale sull' unita della Resistenza, escrito en 1972, precisa que esa ruptura habría conseguido "la derrota")". "Los Aliados sabían que tenían en mano las mejores tarjetas:" la fuerza militar y las ayudas económicas. Si para mantener un resistente, al final de 1943, era necesario mil liras, a principios de 1945 costaba mas de mil, o incluso ocho mil en las zonas donde la vida era más costosa. La cuestión económica se había vuelto política. Un ejército tan grande ya no podía autofinanciarse: los requerimientos, los impuestos revolucionarios, los golpes de mano del suministro, en otros términos la rapiña, el gran bandolerismo, los vuelos, comprometían, en ese largo invierno de 1944, la imagen misma del movimiento resistente. Seguir en lo mismo habría sido catastrófico en términos de resultados. Era necesario racionalizar el sistema de financiación más allá de las subvenciones de los industriales y ayudas de los servicios secretos ingleses y americanos. Eso era el trabajo de Pizzoni. El dinero de los Aliados llegaba a Milán por el Sur y pasaba por Suiza."

En 1944, frente al espectáculo de una extrema izquierda subvencionada por los Angloamericanos, el fascista republicano Stanis se dirigió a uno de sus viejos amigos, que del fascismo antiburges se había inclinado hacia el comunismo: "A riesgo de pasar por un ingenuo, confesó no entender cómo hombres que se declaraban revolucionarios, socialistas, comunistas, anarquistas - y que por sus ideales habían sufrido el exilio, podían aplaudir la Inglaterra plutocrática y la América que en nombre de la democracia y la libertad democrática devastaban Europa." "Sé de antemano tu respuesta." Como revolucionario te no gusta Hitler y no tienes confianza en Mussolini. ¿Pero cómo puedes confiar en la Inglaterra impérialista que traicionó al Persa, aplasto la República, oprimio durante tanto tiempo la India y Egipto y asume el derecho quitar la libertad y dirigir tantos pueblos? (...) ¿Cómo haces para reconciliar tus ideales revolucionarios con los de Churchill y Roosevelt?"

Gracias a Dios, que rápidamente el Mariscal Stalin obligó a estos "hombres que se declaraban revolucionarios" a desconfiar de "la Inglaterra plutocrática" y en "la América". Pero ellos tuvieron hijos y nietos, que pretenden dar lecciones de antiimpérialismo, exigir testimonios e imponer prejuicios, para rechazar, indignados, todas las hipótesis de frente común con los neofascistas verdaderos o presuntos. Estos hijos y nietos harían bien en estudiar la historia de su familia y de reflexionar, si no quieren repetir el error de sus abuelos que durante un determinado período bailaron la música elegida por los que les pagaban en dólares y en libras esterlinas...



Heidegger y el americanismo:

La visión político-metafísica de Heidegger sobre el «americanismo» y el «comunismo»

Gustavo García Conde

En la *Carta sobre el humanismo*, publicada en 1947, Heidegger muestra por primera vez y explícitamente el giro o "*Kehre*" que había experimentado su pensamiento hacía ya más de diez años. Se trata del paso de la ontología fundamental al pensar ontohistórico. La *Carta* apunta a dar a conocer tal giro al tiempo que muestra lo que serán los "nuevos" temas de Heidegger. Ya no se hablará del *Dasein* sino de la *Ek-sistencia* como esencia del hombre. El lugar central de la reflexiones de Heidegger lo ocupará el Ser. También, aparecen nuevos conceptos que regirán su pensamiento de aquí en adelante: verdad del Ser, pensar, *Lichtung*, destino del Ser, historia del Ser o el darse del Ser. Asimismo, aparecen temas como el del lenguaje, la técnica, lo divino y lo salvo. Incluso, en la *Carta*, tenemos la presencia de temas que bien podríamos considerar como "políticos"; en los que Heidegger expresa una preocupación por "occidente". Y esto es de lo que a continuación quisiera hablar; *recuperar una parte de la dimensión política del pensamiento de Heidegger,* que aunque apenas mencionada en esta *Carta*, forma parte de un aspecto nada despreciable ni de segundo orden en su pensamiento. Incluso, no sería exagerado decir que esta dimensión política se encuentra en todo el "camino del pensar" de Heidegger.

Cierto es que en su obra no se encontraran tratados al respecto, ni siquiera alguna breve tematización, sino sólo párrafos completos, en donde Heidegger nos deja indicios de su pensamiento político, el cual, dicho sea de paso, es muchas veces estrecho y se deprende únicamente de su pensar ontológico —como veremos—. De aquí que quizá no sea propiamente un pensamiento político, sino los balbuceos del pensar de la verdad del Ser sobre su proyecto histórico-destinal.

En la *Carta sobre el humanismo* Heidegger escribe:

"En cuanto figura de la verdad, la técnica se funda en la historia de la metafísica. Y esta misma es una fase destacada, y hasta ahora la única abarcable, de la historia del ser. Podemos adoptar distintas posturas en relación con las doctrinas del comunismo y su fundamentación […] El que entienda el «comunismo» solamente como un «partido» o como una «concepción del mundo» piensa tan cortamente como los que bajo el título de «americanismo» sólo entienden, y encima de modo despectivo, un particular estilo de vida".

Preguntémonos, entonces: ¿cómo debe ser comprendido el comunismo o el americanismo? ¿Por qué el comunismo no hace referencia a un partido o porque el americanismo no es un estilo de vida? ¿Es cierto que estos nombres no son entendidos despectivamente por Heidegger?

Siguiendo a Otto Pöggeler, el punto de partida para una filosofía política en Heidegger se encuentra en la tematización que él hizo de la técnica moderna, pues si hay un pensamiento político-metafísico o político-ontológico en Heidegger, éste tiene su lugar en una preocupación por el Ser que se perfila unidimensionalmente en la técnica moderna como posible destino del mundo. Según el propio Heidegger, en la entrevista con *Der Spiegel* de 1966, por esos años, para él, todavía era una cuestión decisiva responder cuál y cómo un sistema político podría coordinarse adecuadamente con la esencia de la técnica. Por su puesto, Heidegger no pudo responder a esta pregunta. Además de que ella, para estos años de 1960, ya había perdido su actualidad.

La auténtica preocupación de Heidegger, casi paranoica, por la técnica moderna y su relación con la política, tuvo lugar en los años previos a la Segunda Guerra Mundial y durante ella; justamente cuando, para el filósofo, el nacionalsocialismo representaba

la única alternativa ante dos fuerzas políticas que se disputaban el poder mundial y que atenazaban a Alemania. El probable ascenso de la "noche más larga de la historia" estaba encabezado por la imposición del mundo técnico e industrializado; Rusia y EEUU representaban este mundo.

Aprovechando que hasta en la *Carta sobre el humanismo* está esbozada la presencia de este tema, en lo que sigue, quisiera hablar acerca de por qué y por cuáles características, Heidegger observaba en el comunismo ruso y en el americanismo el ascenso de la técnica moderna. Para hablar brevemente de este tema, trataré primero las concepciones de Heidegger acerca del comunismo; después sus concepciones sobre el americanismo; y finalizaré con un par observaciones acerca de una posible ausencia de postura de Heidegger frente al nacionalsocialismo.

Dice Heidegger: "Toda posición política fundamental se afirma en la proclamación de un ideal". Para los tiempos en que él pensó esto, entre los años 1939-1940, desde su punto de vista, había dos posiciones que afirmaban un ideal: por una parte se encontraba lo que él llamó «americanismo»; y, por otra parte, el «comunismo». El primero de ellos —dice Heidegger— se determina por el ideal de la democracia, "en el que se adjudica la autoridad al «pueblo»". El segundo tiene el ideal de una comuna (*Gemeinschaft*) en la que todo bienestar se reparte proporcionalmente. Sin embargo, dice Heidegger, en el primero, lo que ocurre es sólo la apariencia de que repartidamente el poder pertenece a todos, pero a ninguno pertenece; en el segundo, en el comunismo, el poder se concentra en unos cuantos que se vuelven los dictadores del poder, al tiempo que son traicionados por el poder mismo, de modo que en el comunismo tampoco nadie posee el poder.

Para el tema del comunismo me basaré en los dos últimos apartados del volumen 69 de la obra completa de Heidegger. Ante todo, en estos pasajes, Heidegger nos sitúa frente a algunas restrictivas, pues, por un lado, cuando Heidegger habla del comunismo se refiere exclusivamente al *comunismo ruso*; y, por otro lado, Heidegger nos explica que aquí el comunismo no debe entenderse como una doctrina política, ni sociológica, antropológica o económicamente, ni mucho menos como una visión del mundo.

Del mismo modo, dice Heidegger, comunismo, corrientemente y desde un punto de vista político, es lo común de lo igual (*Das Gemeinsame des Gleichen*). Éste sería su postulado fundamental, sobre el cual se basaría su régimen que exige que todos deben trabajar iguales cantidades de tiempo, que todos deben ganar en igual proporción así como consumir iguales productos y en equivalentes porciones. En el trabajo todos rinden lo mismo; todos gozan de iguales placeres y todos poseen necesidades idénticas. En suma: todo se hace común y en proporciones iguales que son promedio a todos.

Políticamente hablando, dice Heidegger, en el comunismo se exige la subversión de las clases sociales burguesas y se tiene como finalidad lograr la ausencia de clases. Se exige la estatización de la industria y de los bancos. Se busca la disolución de las grandes propiedades, así como la superación del monasterio (*Klöster*). Se exige que el saber se convierta en «inteligencia» (es decir, que valga sólo como un pensamiento calculador). Se produce industrialmente la opinión pública a través de la radio, la prensa y la propaganda. Se promete el bienestar social, la creación de la cultura y el avance hacia el progreso.

Pese a todo y con la intención de ir a lo esencial, Heidegger se pregunta sobre qué es lo que realmente sucede en el comunismo. Él opina que en este sistema comunitario sucede precisamente lo contrario de lo que reclaman sus postulados, pues éstos son violados desde la cúpula de los guardianes del Estado. Él nos dice que el Estado se vuelve una simple herramienta subordinada a los intereses de un único partido político, donde el partido, por otra parte, es exclusivamente una herramienta del sovietismo, y éste, a su vez, representa sólo el margen de maniobra de unos cuantos poderosos. Y, dice Heidegger, que cuando él habla de los tiranos que se adjudican el

poder, se refiere a Stalin y a su activo entorno.

Según Heidegger, en el comunismo se pregona el hecho de que el poder se reparte equitativamente entre todas las personas. Pero lo que sólo sucede es la apariencia de la liberación de las masas oprimidas, que en este régimen son atesoradas con el nombre de «proletariado»; y éste sería el neologismo para lo que representan los esclavos del sistema. Así, lo que realmente ocurre es que la esencia masificada del hombre sólo es desnudada en la figura del proletariado para que éste sirva y mantenga en el poder a un único «partido». Lo "peligroso" del comunismo, opina Heidegger, es que la condición humana se disuelve en esta trasmutación de humano a proletario. Con ello, el proletariado pasa a ser sólo la posesión exclusiva de los poderosos. De modo que en el comunismo sólo se da lugar al despotismo de las minorías. Pero, a pesar de todo, el poder aquí no es de nadie. Dice Heidegger: "El poder no pertenece al «pueblo», ni a los únicos, ni a los menos. El poder no soporta a los poseedores".

Para Heidegger, todos son víctimas del poder, tanto los "poderosos" como quienes sirven a los tiranos, pues todos ellos no conocen la esencia del poder, ya que el poder es por sí mismo un modo del ser del ente, en el cual los hombres caen presos y son devorados. De este modo, el discurso de Heidegger deja de ser político para pasar a ser un discurso ontológico. Esta es una característica del pensar de Heidegger; refuncionalizar toda discusión, para que ésta sea llevada a un nuevo orden de significación. Con ello, él puede atenuar o exaltar un fenómeno y, éste puede dejar de ser político, geográfico, historiográfico o ético para pasar a ser un fenómeno que sólo puede explicarse por medio de la "teoría ontológica o metafísica".

Según el filósofo, cuando comúnmente se habla de poder se piensa primordialmente en el poder político o en los políticos, también se piensa en poderes económicos, industriales o bélicos de una nación. Es difícil precisar cuál es el concepto de poder según lo concibe Heidegger, ya que, ontológicamente hablando, poder no significaría lo que entendemos cotidianamente, pues él nos dice que el poder no es un medio para toda violencia (*Gewalt*) con la cual se posibilite el domino. Para el filósofo de Messkirch, el poder es un *modo de ser del ente*[y, a su vez, "el poder de todo yace exclusivamente en el apoderamiento de su esencia". Es decir, al igual que la «voluntad» que sólo quiere querer; o al igual que la «nada», que sólo nadea: el poder sólo se apodera del apoderamiento de sí mismo: lo esenciante en el poder es el empoderamiento mismo. Por ello, Heidegger no habla del poder en un ámbito óntico-político, pues para él, «poder» es ya un nombre propio para un modo del Ser.

La forma en que en el comunismo se consigue el apoderamiento del poder es a través de asegurarlo de un modo peculiar, en el cual sólo se deja ser al ente en la medida en que éste es representado como *hacible*;esto es, sólo en tanto que algo puede ser hecho o fabricado, puede ser un ente. Heidegger vincula el concepto de «poder» con el de *Machenschaften*, hechuras o maniobras. El concepto de *Machenschaften* o hechuras es la palabra con la que (sobre todo) entre los años 1936-1940, Heidegger se refiere a lo que después de 1949 abordará más ampliamente con el término *Ge-Stell* para referirse a la esencia de la técnica.

De modo tal que, en el comunismo, Heidegger observa una relación de copertenencia entre el poder y las hechuras. Se trata de dos modos de darse el ser del ente, que encuentran la manera de ensamblarse en un "sistema político" denominado "comunismo ruso". La esencia del comunismo y la forma mediante la cual logra mantenerse en el poder y apoderarse de más poder es con el despliegue de las maniobras técnicas.

Para Heidegger, lo peligroso de este sistema comunista sería su promoción de la técnica, pues se confía en el presunto progreso que trae, se abandona a la organización que exige y se apoya en el *trabajo* del «proletariado» para consumar el ente. Aquí el ente se hace o produce

industrialmente. Se busca su utilidad y capacidad para aportar beneficios y progresos. Por tanto, para el filósofo de la Selva Negra, lo que se conoce como comunismo no sería un sistema político sino la *proyección de una metafísica*, la cual afirma la verdad del ente bajo la forma de las hechuras como base para que el mundo técnico sea llevado al poder.

Del mismo modo, hay una idea que Heidegger vincula tanto con comunismo como con americanismo. Esta es la idea de la desertización ontológica del mundo, la cual concierne al Ser y a la esencia del hombre. Heidegger piensa la desertización en relación con las hechuras. Para él, desertización es la socavación organizada de toda posibilidad de decisiones, lo que trae consigo que todo sea simple ordenamiento en lo común. En el comunismo acontecería esto, pues —dice Heidegger— "todos los modos de conducta y todas las formas de postura de todo son constreñidas a lo común".

Por ello, lo peligroso del comunismo no sólo es la promoción de la técnica, sino que esta metafísica de las hechuras trae consigo la anulación de lo humano en su esencia, pues el postulado básico de "lo común de lo igual" no sólo se extiende a las posesiones, sino también se exige la extrema organización del hombre normal, ya que todo pretende ser igual y no sólo en niveles de riqueza, sino también se tiene la finalidad de moldear similarmente a los individuos; con lo que no podría darse una "*apropiación*" de la existencia, sino sólo la *estandarización* de ella. Así, el comunismo consiste también en que toda conducta es constreñida a la región de la ausencia de decisiones. Esto equivaldría a buscar la prevalencia de lo «*Uno*» (del *Man*); tal como fue descrita en *Ser y tiempo*: en la que *uno* hace lo que *se* dice que debe ser hecho.

El peligro del comunismo radicaría en la instalación de la «vida estándar», en el engaño de las masas, en la constricción ocasionada por el dominio de un partido. Para Heidegger, aquí no hay forma de disentir política ni existencialmente. Sin embargo, todo esto es estimado en el comunismo como la forma misma del "progreso", mientras que —dice él— "la ausencia de decisión se convierte en el aire promedio que todos respiran".

Ahora bien, ¿cuál es la postura de Heidegger frente al americanismo? Para el filósofo de Messkirch, existe la opinión generalizada de que, políticamente hablando, el americanismo es fundamentalmente distinto respecto del comunismo, sin embargo, metafísicamente hablando, tanto uno como otro se apoyan en *lo Mismo* (*das Selbe*). "*Lo Mismo*" es un concepto que en este caso hace referencia a que dos posturas metafísicas, aparentemente u ónticamente distintas, tienen su fundamento en la misma realidad ontológica. Es decir, ambas metafísicas se apoyan en la técnica como única forma de darse el ser del ente.

En los *Aportes a la filosofía*, Heidegger esboza algunas características de lo que sería la existencia bajo el dominio de alguno de estos dos sistemas metafísicos (comunismo y americanismo), no queda claro qué características le correspondería a cada uno, ahí Heidegger habla del *aplanamiento de todo* y del ascenso de lo vivenciable. En cuanto a lo vivenciable (*Erlebnis*), Heidegger nos habla de que el hombre no puede tener experiencias, tal como si sólo pudiera tener acceso a simples vivencias cotidianas, que lo convierten un simple espectador de espectáculos boxísticos.

Las vivencias serían producto del disfrute y relación con objetos técnicos. Cabría advertir que con el nombre de «americanismo», Heidegger *no* quiere referirse únicamente a lo que ocurre dentro del espacio geográfico de los EEUU. Ciertamente, es difícil precisar a qué hace referencia Heidegger cuando habla de «americanismo», pues éste es un adjetivo que alcanza rango de nombre propio para un modo peculiar de vida, el cual podría marcar una pauta para un nuevo modo de ser del hombre en el que ocurriría un vaciamiento del sentido de la existencia. Por ello, el americanismo no debe entenderse como un estilo de vida, sino como la posible imposición de una nueva esencia del hombre. Se trata de una serie de ideas que, al

parecer, Heidegger no tematizó en alguna parte y que en algunos textos sólo esbozó con palabras como: lo gigantesco, industria, empresa, negocio, cálculo, ganancia, inautenticidad, desarraigo, planeación, "democracia", progresismo, industria de masas, etc. En otros textos, Heidegger explica que el americanismo no tiene un pensamiento metafísico u ontológico, sino que lo que se ha instalado en él es la doctrina de la filosofía del pragmatismo; con la cual "occidente" no podría ser salvado de su decadencia ontológica. También, Heidegger relaciona con el americanismo el dinero y el mercantilismo; y nos pide no entender al dinero sólo en simples términos económicos, sino nos sugiere que el mercado es un modo del esenciarse del ser.

Por otra parte, una similitud que Heidegger observa entre ambos "sistemas metafísicos", es que tanto el americanismo como el comunismo se apoyan en la figura del trabajador industrial para lograr la "movilización total" del ente. Para Heidegger, el trabajador es el factor metafísico o la figura paradigmática para poder llevar a cabo la realización efectiva del ente. De aquí que la técnica no sea para Heidegger un instrumento, sino la realidad misma de la época.

Por todo esto es que Heidegger dice que comunismo y americanismo son *lo Mismo*, la diferencia entre ambos radicaría en el supuesto modo de repartir el poder o en el modo de dirigir sus modelos económicos; diferencias modales que sólo tendrían importancia en un ámbito óntico. Por esto, Heidegger nos advierte que no debemos pensar el americanismo o el comunismo como simples sistemas «políticos», pues al colocarles el adjetivo de «políticos», estaríamos ocultado lo que esencialmente ocurre, pues estos sistemas no se basan en ideales políticos, sino *en metafísicas de la técnica*.

Ahora bien, para comenzar a cerrar, ya sería tiempo de reconocer que no es fortuita la postura de Heidegger respecto a estos dos "sistemas políticos", pues su intención no sólo radicaba en determinar o criticar a estas dos metafísicas, sino que él estaba pensando en el papel que jugaba Alemania dentro de toda esta trama, justamente durante la Segunda Guerra Mundial.

Heidegger piensa que es necesaria una determinada comunidad histórica que tenga las capacidades para corresponder a la esencia de la técnica. Europa, y más precisamente Alemania, sería uno de estos "pueblos" capaces de corresponder adecuadamente a la técnica, y al parecer a causa de ser heredera del mismo origen esencial de la técnica, por ser un "pueblo" histórico y por ser el pueblo metafísico por excelencia; donde aquí, metafísico, tendría un sentido positivo.

De aquí que a Heidegger parece preocuparle que alguno de estos dos sistemas político-metafísicos se apropie de la técnica, ya que por una parte, los EEUU son una nación que a los ojos de Heidegger ni siquiera tiene historia y, con ello, tampoco posee un destino propio. Quizá el hecho de que la técnica caiga en manos norteamericanas, significaría el extravío de la posibilidad de entrever su origen esencial o su esencia:

Hoy sabemos que el mundo anglosajón del americanismo está decidido a aniquilar Europa, es decir, la patria la *Heimat*], es decir el inicio de lo occidental. Pero lo inicial es indestructible. La entrada de América en esta guerra planetaria no es la entrada en la historia, sino que ya es de antemano el último acto americano de la ahistoricidad [*Geschichtslosigkeit*] y de la autodevastación norteamericana. Este acto supone la negativa a lo inicial y la decisión por lo carente de inicio [*Anfanglos*].

Ahora bien, lo mismo parece aplicarse al comunismo ruso, por ejemplo, en el texto titulado *La pobreza*, Heidegger deja entrever que el comunismo ruso tendría un origen esencial distinto al del que proviene la técnica moderna. No queda claro hasta qué punto se trataría de un origen distinto o si es que el comunismo deviene del mismo origen esencial de los "pueblos occidentales", pero que ya sería irreconocible con ellos. Para Heidegger, Rusia conoció "otro desarrollo [*Entwicklung*]" respecto al que experimentó la tradición latina bajo la especulación

teológico-filosófica de la Divina Trinidad. El otro desarrollo desde el cual se desplegó el mundo ruso fue desde la doctrina de la Santa Sofía. Heidegger piensa que esta otra doctrina es fundamentalmente «espiritualista» (*geistig*), donde "espiritual" tendría aquí un significado meramente despectivo. "Espiritual", dice Heidegger burlonamente, es algo casi mágico y proveniente de "la luz de la bola de cristal". Heidegger mismo reconoce que puede parecer exagerado —como en efecto parece—, el hecho de que él encuentre que Rusia tenga otra pro-cedencia. Por tanto, según el filósofo, el «peligro» del comunismo no consiste en las consecuencias económicas ni sociales, antes bien, consiste en que no se reconoce su esencia espiritualista [*geistig*].

Ninguno de estos puntos es claro, sólo podemos suponer que sería peligroso que la técnica fuera apropiada por una fuerza "política" o metafísica que posee una tradición espiritualista y que no tiene el mismo origen esencial y, por extensión, histórico y destinal de la técnica. Con ello, también se perderían las posibilidades de un vuelco (*Verwindung*) a lo inicial de esta historia del ser, donde Heidegger sospecha que puede darse el otro inicio. por el contrario, sólo se daría la posibilidad de que la técnica se extraviara aún más dentro de la historia del Ser. Por ejemplo, desde el punto de vista de Heidegger (aun cuando no estemos de acuerdo), es muy conocido que ocurrió un muy profundo extravío del Ser cuando aconteció el dominio de la tradición latina durante la Edad Media. Quizá Heidegger podría estar pensado en el acontecimiento de un fenómeno similar si es que la técnica logra ser "atenazada" por alguna de estas tradiciones. Por tanto, para Heidegger, Alemania sería el pueblo metafísico llamado a dominar la esencia de la técnica. Por esto, en 1935 el filósofo alemán opina que su "pueblo" se encuentra amenazado por la presión de estar en medio de la «gran tenaza», geográfica y metafísicamente hablando, es decir, que Alemania se encuentra en medio no sólo como centro geográfico (*Mitte*) de Europa sino también como centro de dos posturas metafísicas, mal llamadas políticas, que entronizan al ente desde la forma de la verdad de la técnica:

En efecto, para Heidegger fue una cuestión decisiva el hecho de que Alemania fuera el pueblo con las capacidades para dominar la técnica y "salvar" (*retten*) el destino de occidente de lo peligroso de ella y de lo amenazante de los otros dos "sistemas políticos". Alemania era el pueblo históricamente capaz para ello. Por ejemplo, las dos siguientes citas de dos cursos universitarios en plena Segunda Guerra Mundial:

· La comprensión de la esencia «metafísica» de la técnica es para nosotros históricamente necesaria si la esencia del hombre occidental debe ser históricamente salvada.

· El planeta está en llamas. La esencia del hombre se ha salido del cauce. La meditación sobre la Historia mundial sólo puede venir de los alemanes, a condición de que éstos encuentren y preserven *das Deutsche* lo alemán).

Ahora bien, como es sabido y de algún modo aceptado por Heidegger, durante "algún tiempo" él creyó que el nacionalsocialismo era, no la alternativa, sino el sistema político capaz de corresponder a la técnica en su esencia, lo que se expresa en la polémica frase de *Introducción a la metafísica*, donde habla acerca de "la verdad interior y la magnitud de este movimiento (a saber, con el encuentro entre la técnica planetaria determinada y el hombre contemporáneo)".

En efecto, desde el pensamiento de Heidegger, al tratarse el nacionalsocialismo de un "movimiento" alemán, bien podría corresponder con el origen histórico y destino occidental de Europa. Pero lo inquietante es que, como ya han observado varios autores (y como en realidad corroboran los hechos), el nacionalsocialismo no hubiera podido proyectar tal alcance si tampoco se hubiera apoyado en el uso de la técnica. Como se pregunta E. Nolte, ¿cómo podría no ser el nacionalsocialismo una de esta «visiones» o formas políticas que se "sirven" y sirven desenfrenadamente a la técnica? O como escribe Reyes Mate, ¿cómo hubiera podido el nacionalsocialismo llevar a

cabo el exterminio de millones sin la enorme industria de la muerte? Franz Neumann, por su parte, ha demostrado que la estructura económica del nazismo era un "capitalismo de Estado" y, por otra parte, es evidente que el nazismo apoyaba gran parte de su proyecto en la industrialización y en la técnica.

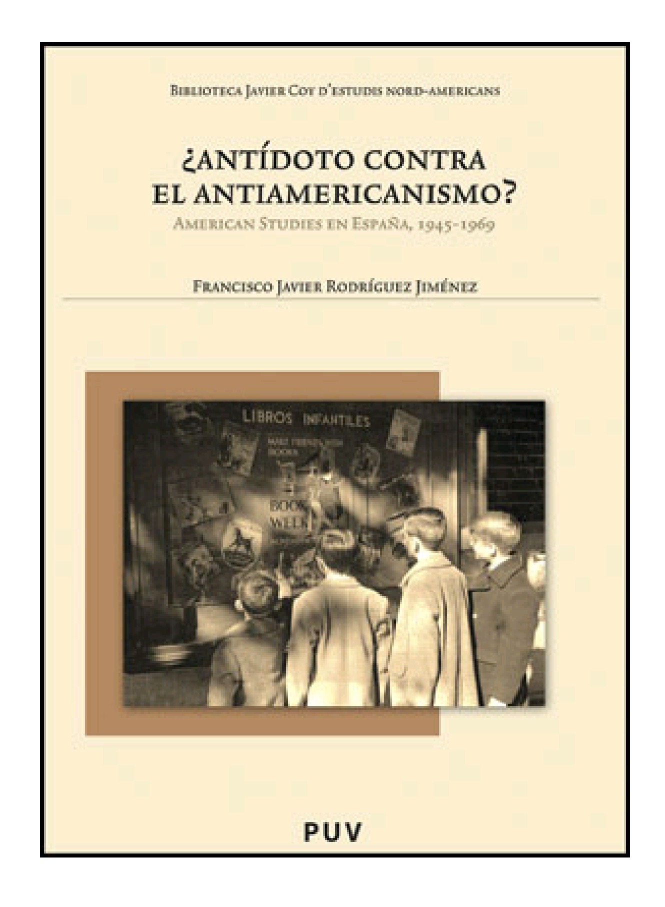
Resulta irónico que la descripción de varias características que Heidegger hace tanto del «comunismo» como del «americanismo» se aplicaría también, con toda justicia y sin ningún exceso, al nacionalsocialismo. Heidegger sabe que tanto «comunismo» como «americanismo» se basan en la técnica. ¿Pero Heidegger esperaría que este *factótum* no determinara también al nacionalsocialismo? ¿Acaso Heidegger no veía la *subsunción real* a la que también se encontraba sometida Alemania? Una respuesta afirmativa a esta pregunta parece insostenible, ya que, tempranamente, Heidegger tendría que haber observado que de igual forma el nazismo se apoyaba en lo Mismo, esto es, que se encontraba determinado por la técnica planetaria. Esto sólo lo pudo observar posteriormente, cuando en 1949 reconoce que "la fabricación de cadáveres en cámaras de gas y campos de concentración" pro-viene del *Ge-Stell*: esto es del solicitar de la técnica.

De este modo (parafraseando a Heidegger cuando define al comunismo como: sovietismo + electrificación), la Alemania previa a la Segunda Guerra Mundial y durante la Segunda Guerra también sería: nacionalsocialismo + técnica desenfrenada (y advertidos estamos de lo reduccionista que también es esta visión). Hitler mismo se servía del uso propagandístico y del manejo de las masas, los cuales Heidegger critica al comunismo ruso. En el nacionalsocialismo también existía la producción de la opinión pública a través de los medios de comunicación. El partido nacionalsocialista también era la concentración del poder entre unos pocos y también era el único partido, vertical y dogmático. También se exigía la organización de los individuos, sin contar la organización biologisista del hombre según la idea de raza (las cuales, por cierto, Heidegger consideraba producto de la subjetividad). Así, el Estado dejaba de ser una forma política y pasaba a ser un fenómeno biológico o antropogeográfico. Es curiosa esta lacónica capacidad de Heidegger para observar los problemas y contradicciones en los discursos políticos ajenos a Alemania, pero aún más sorpréndete es la incapacidad que tuvo para observar la aberración de la política alemana nacionalsocialista. Por ejemplo, Heidegger describe en el comunismo un Estado totalitario y además lo presenta como deleznable. Heidegger ve que el déspota de Rusia es Stalin, pero al igual que Stalin, Hitler era el dictador y líder supremo en Alemania.

Según sostiene Franz Neumann en su libro: *Behemoth: pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, la dúctil ideología nacionalsocialista tuvo como función constituyente la figura de Hitler, él era el líder supremo y era el eslabón que une al Estado, partido y "pueblo". Esta división se apoyaba en el principio del liderazgo, a partir del cual operaba toda organización política y social: "desde la cúspide hasta la base, y nunca al revés". Según muestra Neumann, el nacionalsocialismo, a pesar de apoyar buena parte de su lucha a favor del *Volk*, éste (el *Volk*) no era más que la *masa* alemana y el sector no-político del Estado, pues "no tiene nada que hacer en la adopción de las decisiones políticas". Basados en esta descripción, podemos sospechar que lo que Heidegger piensa con el nombre de «*masas*» en el comunismo ruso, sería lo mismo que en el nacionalsocialismo se hacía llamar «*pueblo*».

El concepto de "pueblo" se volvió el centro de la "filosofía" social y política del nazismo. El "pueblo", según ellos, era el manantial del Estado. Pero, a pesar de todo, ni el "pueblo" jugaba un papel importante en la política, ni el Estado era una entidad jurídicamente constituida, pues, por el contrario, el Estado se convirtió en un medio para el partido. El partido, por su parte, no era un órgano del Estado, sino más bien al revés, y el partido tampoco estaba basado en una teoría jurídica-estatal.

Heidegger tendría que haber observado todo esto y ser consecuente con su pensamiento, es de decir, criticando toda forma metafísica; como también lo era el nacionalsocialismo. Pero sobre esto, no hay nada. *Heidegger estaba ciego por aquel "movimiento"*.



La Civilización Americana

Julius Evola

Introducción

*E*n aquellos tiempos EE.UU. se descubría la nación líder del mundo y el modelo de civilización a seguir. Después de la Segunda Guerra Mundial parecía que el futuro de la Humanidad seria definido por el enfrentamiento entre EE.UU. y la URSS. En un lado estaba la Unión Soviética, como encarnación pura del ideal proletario; en el otro, estaba Estados Unidos, ofreciendo la ideología más burguesa que el mundo haya visto. Esos dos ideales eran percibidos modelos opuestos e irreconciliables de existencia, dos alternativas sociales, ideológicas, políticas y culturales contrapuestas; sin embargo, Evola afirmaría la similitud entre los dos sistemas en un articulo de 1929 en *Revuelta contra el mundo moderno*. Pese a las diferencias culturales, en comportamiento, en temperamento, y trayectoria histórica, habían aspectos que hacían converger a los dos sistemas: *la ausencia de significado de una vida centrada en la esfera económica y productiva, la tendencia a la mecanización y despersonalización de toda actividad humana, la colectivización de inmensas masas de individuos alienados por la movilidad de una sociedad frenética e incansable, la negación de toda noción de trascendencia (ya sea por la imposición del ateísmo estatal o por medio de la reducción de toda perspectiva religiosa a un moralismo banal y ridículo); el carácter sin forma y sin alma del arte, la utilización de todos los recursos intelectuales en exclusivo beneficio del crecimiento cuantitativo*. Según Evola, los dos sistemas solo tenían una diferencia relevante: la que radicaba en el tipo de estructura política que tenía cada uno y en la forma de proceder en la implementación de su programa común. La dictadura soviética se sostenía en la propaganda y en el uso de métodos brutales de administración que negaban todo derecho cívico, entre los que se

incluía la represión armada de cualquier rebelión popular. En la América "democrática" y capitalista el mismo fin se lograba con el discurso sobre el inevitable desarrollo de la sociedad que era realizado solo una vez que el hombre se hiciera más materialista y desligado de todos los lazos con la realidad espiritual y se absorbiera en una existencia unidimensional. En ese sentido el modelo de existencia americano era mas destructivo que el marxista.

Evola afirma que la "igualdad" es el principio dominante de la sociedad americana, aunque, no es mas que una igualdad en degradación. Un principio que es el resultado de la laicización del discurso igualitario de los Evangelios del "Nuevo Testamento", en el que, por ejemplo, Jesús promete que después de haber destruido completamente la Tierra y torturado a los pecadores entre la población durante el Apocalipsis, sus escogidos se levantaran de sus tumbas, transformados milagrosamente en seres iguales sin diferencias sexuales, étnicas, económicas, cronológicas o de estatura, e indistinguibles unos de otros como abejas de un panal y vivirán para siempre felices en una Jerusalén dorada carente de las privaciones padecidas en la tierra. América seria otra materialización herética de la utopía milenarista cristiana.

Evola acusa a la sociedad americana de crear un tipo de ser humano vacío, cuyo único punto de referencia es el enriquecimiento personal, financiero o "psicológico"; un ser incapaz de criterio autónomo, conformista, que ha sido domesticado por una vida fácil material desprovista de todo impulso idealista. Mas que ser la cumbre del progreso humano, la sociedad americana representa la etapa mas avanzada de desintegración de la civilización moderna. Y así sucede porque la regresión que sufre América se realiza en todos los niveles sociales y no es resistida por nadie: por lo tanto es un fenómeno espontáneo y natural que permea también a Europa (gracias a la influencia política de EE.UU.).

El recientemente fallecido John Dewey ha sido declarado por la prensa norteamericana la figura mas representativa de la civilización americana. Esto es bastante acertado. Sus teorías son representativas del concepto del hombre y de la vida que tienen el Americanismo y su "democracia."

La esencia de esas teorías es esta: todos pueden convertirse en lo que quieran, dentro de los límites que marquen los medios tecnológicos disponibles. Igualmente, una persona no es lo que dicta su verdadera naturaleza, por lo que no hay diferencias reales entre las personas, solo diferencias en cualificaciones. Según esta teoría todos pueden ser como otra persona si saben como entrenarse a si mismos.

Este es el ideal del "self-made man"; en una sociedad que ha perdido todo sentido de tradición el ideal del engrandecimiento individual se extiende a todos los aspectos de la existencia humana, reforzando la doctrina igualitaria de la democracia pura. Si se aceptan tales ideas, entonces toda la diversidad natural tiene que ser abandonada. Así, cada persona puede presumir de poseer el mismo potencial que otra y los términos "superior" e "inferior" pierden su significado; también toda noción de distancia y respeto; ya que todos los estilos de vida están abiertos a todos. Frente a todas las concepciones orgánicas de la vida, los americanos oponen una concepción mecanicista. En una sociedad que "empezó desde abajo," todo tiene la característica de ser fabricado. En la sociedad americana las apariencias son mascaras y no rostros. Al mismo tiempo, los proponentes del *American way of life* son hostiles al ideal de la personalidad.

La "apertura mental" de los americanos que a veces es citada a su favor, es simplemente la otra cara de su vacío interior. Igual sucede con su "individualismo." El individualismo y la personalidad no son lo mismo: el primero pertenece al mundo sin forma de la cantidad, el otro al mundo de la cualidad, la diferencia y la jerarquía. Los americanos son la refutación viviente del axioma cartesiano "pienso, luego existo": los americanos no piensan, sin embargo, existen. La "mentalidad" americana, pueril y primitiva, no tiene una forma característica y así esta abierta a todos los tipos de estandarización.

En una civilización superior, como, por ejemplo, aquella de los indoarios, el ser que carece de una forma característica o casta (en el sentido original de la palabra), es un paria. En este aspecto, América es una sociedad de parias. Hubo un papel para los parias: someterse a seres que tienen forma y leyes propias definidas. Sin embargo, los parias modernos se han emancipado y desean ejercer su dominio en todo el mundo.

Hay una idea popular que sostiene que Estados Unidos es "una nación joven" con "un gran futuro por delante." Así, los defectos americanos son descritos "errores de la juventud" o "dolores del crecimiento." No es difícil observar como el mito del progreso ha tenido una gran influencia en tal juicio de valor. Según la idea de que todo lo nuevo es bueno, América tendría un papel privilegiado que jugar entre las naciones civilizadas. Estados Unidos intervino en la Primera Guerra Mundial como el defensor del "mundo civilizado" por excelencia. La nación "más evolucionada" no solo se creyó con el derecho sino también con el deber de intervenir en los destinos de otros pueblos. Sin embargo, la estructura de la historia es cíclica mas no evolutiva. La mayoría de las civilizaciones recientes no son necesariamente "superiores". Más bien, son seniles y decadentes. Hay una correspondencia entre la etapa más avanzada de un ciclo histórico y la más primitiva. América es la etapa final de la trayectoria histórica de Europa moderna. Guenon llamo a América "el lejano oeste", en el sentido que EE.UU. representa el *reductio ad absurdum* de los aspectos mas negativos y seniles de la Civilización occidental. Lo que en Europa existe en forma diluida es magnificado y concentrado en Estados Unidos revelándose como los síntomas de desintegración y de regresión cultural y humana. La mentalidad americana solo puede ser interpretada como un ejemplo de regresión, que se manifiesta en su incapacidad e incomprensión de toda sensibilidad superior. La mente americana tiene horizontes limitados, reducidos a todo lo que es inmediato y simplista, con la consecuencia inevitable de que todo lo que existe es banalizado, reducido y nivelado hasta que pierde todo carácter espiritual. La vida en sentido americano es enteramente mecánica. El sentido del "Yo" en América es reducido enteramente al plano físico-material de existencia. El americano típico no tiene dilemas ni complicaciones espirituales: es un conformista "natural" que se integra fácilmente al resto del enjambre sin rostro.

La primitiva mentalidad americana solo puede ser comparada a una mentalidad infantil. La mentalidad americana es característica de toda sociedad regresiva.

La moralidad americana

Es ficticio el tan admirado sex appeal de la mujer americana que es mostrado en las peliculas y revistas. Una reciente investigación médica en EE.UU. mostró que el 75% de las jóvenes americanas carecen de una fuerte sensibilidad sexual y que en vez de satisfacer su libido prefieren buscar el placer narcisista en el exhibicionismo, la vanidad del culto al cuerpo y la salud en sentido estéril. Las chicas americanas no "tienen problemas con el sexo", son "fáciles" para el hombre que ve el proceso sexual como algo aislado y por consiguiente poco interesante. Así, por ejemplo, luego de ser invitada a ver una película o a bailar, es positivo, según las costumbres americanas, que una chica se deje besar sin que tal acto signifique nada en el plano sentimental. Las mujeres americanas son frías, frígidas y materialistas. El hombre que "tiene algo" con una chica americana esta bajo obligación material con ella. La mujer le ha concedido un favor material. En el divorcio la ley americana favorece mayoritariamente a la mujer. Las mujeres americanas piden el divorcio una vez que han conseguido un mejor candidato. Es un caso frecuente en América que una mujer esté casada con un hombre pero que ya este "comprometida" con el futuro esposo, el hombre con el que piensa casarse luego de un divorcio muy enriquecedor. En América, el matrimonio no es más que una relación monetaria, una forma de prostitución legal.

"Nuestros" medios de comunicación americanos

La americanización de Europa se extiende y se hace cada vez más evidente. En Italia, es un fenómeno que se ha desarrollado

rápidamente en estos años de la posguerra y que es considerado por la mayoría de las personas, sino en forma entusiasta, al menos algo natural. Hace algún tiempo escribí que de los dos grandes peligros que confronta Europa - el americanismo y el comunismo -- el primero era el mas negativo. El comunismo solo es un peligro por las consecuencias represivas que acompañarían a la imposición de la dictadura del proletariado. Mientras que la americanización se impone por medio de un proceso de infiltración gradual, que modifica las mentalidades y costumbres, y que parece inofensivo pero realiza una perversión y degradación contra la cual es imposible de luchar directamente.

Los italianos son débiles para empezar una lucha tal. Al olvidar su propia herencia cultural, rápidamente ven en EE.UU. una especie de guía en el mundo. Cualquiera que desee ser moderno tiene que medirse según el criterio americano de vida. Es triste ver a una nación europea devaluarse así. La actual veneración de América no tiene nada que ver con el interés cultural respecto a como otro pueblo vive. Al contrario, el servilismo hacia Estados Unidos lleva implícita la idea que no hay otra forma de vida aceptable que la americana.

Nuestro servicio radial ha sido americanizado. Sin ningún criterio de lo que es superior o inferior, solo sigue los temas de moda del momento y de lo que es considerado "aceptable" -- es decir, aceptable para el segmento más americanizado del publico, el cual también es el mas degenerado. El resto de nosotros simplemente es arrastrado por esta ola. El estilo de presentación de la radio también ha sido americanizado. "¿Quien, luego de escuchar un programa de radio americano, no puede sino considerar que la única forma de escapar al comunismo es americanizandose?" Esas no son las palabras de observador externo sino de un sociólogo americano, James Burnham, profesor en la Universidad de Princeton. Tal juicio de parte de un americano debería avergonzar a los programadores italianos de la radio.

Una de las consecuencias de la "democracia" es la intoxicación de la gran mayoría de la población, la cual no es capaz de discriminar y que cuando no esta guiada por un poder y un ideal, rápidamente pierde todo sentido de identidad.

El orden industrial en América

Werner Sombart resumió en su estudio clásico sobre el capitalismo, el significado de la ultima etapa del capitalismo en el adagio "Fiat producto, pareat homo" [Un producto de Fiat, parece el Hombre"]. Asi, el capitalismo es un sistema en el que el valor del hombre es estimado según la cantidad de mercancía que produzca o invente. Las doctrinas socialistas nacieron en reacción a la inhumanidad de este sistema.

Una nueva fase se ha iniciado en los Estados Unidos donde hay un incremento del interés en las llamadas relaciones laborales. En vez de una mejora: realmente es un fenómeno nocivo. Los empresarios y los patronos terminaron por reconocer la importancia del "factor humano" en una economía productiva, y que es un error ignorar el individuo implicado en la industria: sus motivos, sus sentimientos, su vida en el trabajo. Así pues, se ha desarrollado toda una escuela que estudia las relaciones humanas en la industria, basada en el conductismo. Estudios como *Human Relations in Industry* por B. Gardner y G. Moore proporcionan un análisis desmenuzado del comportamiento de los empleados y de sus motivaciones con el objetivo preciso de definir los mejores medios de hacer frente a todos los factores que pueden obstaculizar la maximización de la producción. Algunos estudios no vienen ciertamente de trastienda sino de la dirección, fomentados por especialistas de distintas escuelas. Las investigaciones sociológicas llegan hasta a analizar el ambiente social entre los empleados. Esta clase de estudio tiene un objetivo práctico: el mantenimiento de la satisfacción psicológica del empleado es tan importante como la física. En los casos donde un trabajador está vinculado a un trabajo monótono que no pide una gran concentración, los estudios llamarán la atención sobre el "peligro" que su

espíritu pueda extraviarse en una dirección que pueda finalmente reflejarse negativamente en su actitud hacia el trabajo.

Las vidas privadas de los empleados no se olvidan -- por ello el aumento de la denominada asesoría personal. Se llama a especialistas para disipar la ansiedad, las perturbaciones psicológicas y los "complejos" de no adaptación, hasta el extremo de dar consejos relativos a los problemas más personales. Se utiliza mucho la técnica psicoanalítica para hacer "hablar libremente" al individuo y de poner de relieve los resultados obtenidos por esta "catarsis".

Nada de eso intenta la mejora espiritual de los seres humanos o la solución de problemas verdaderamente humanos, tal como los comprendería un Europeo en esta "edad de la economía". Del otro lado de la Cortina de Hierro, se trata al hombre como una bestia de carga y su obediencia es garantizada por el terror y el hambre. En los Estados Unidos se ve al hombre también como un factor de trabajo y consumo, y ningún aspecto de su vida interior se descuida, y cada factor de su existencia tiende a la misma finalidad. En el "país de la libertad", por todos los medios de comunicación, se le dice al hombre que alcanzó un grado de felicidad inigualada. Se le invita a olvidar quien es, de dónde vino, y a simplemente gozar del presente.

La "democracia" americana en la industria

Hay una contradicción significativa y creciente en los Estados Unidos entre los valores de la ideología política dominante y las estructuras económicas efectivas de la nación. Se ha consagrado una gran parte de los estudios sobre la "morfología del trabajo" a este tema. Los estudios corroboran la impresión de que la empresa americana está muy lejos de ser una organización que corresponda al ideal democrático señalado por la propaganda americana. Las empresas americanas tienen una estructura "piramidal". Constituyen la cumbre de una jerarquía articulada. Las grandes empresas americanas son dirigidas de la misma manera que los Ministerios gubernamentales y son organizadas según líneas similares. Tienen cuerpos de coordinación y control que separan a los dirigentes de la empresa de la masa de los empleados. Más que devenir más flexible, en sentido social, "la élite gerencial" (Burnham) se hace más autocrática que nunca - lo que permite que sintonice bien con la Política Exterior americana.

Es el fin de otra ilusión americana. América: "el país donde todo el mundo tiene su oportunidad", dónde todas las posibilidades existen para todo el que sepa aprovecharlas, un país donde cada uno puede elevarse de la miseria a la riqueza. Al principio había una "frontera abierta" que conquistar, para todos. Aquella fue cerrada y la próxima nueva "frontera abierta" era el cielo, el potencial ilimitado de la industria y el comercio. Como Gardner, Moore y muchos otros lo mostraron, también ha alcanzado sus límites, y las oportunidades van reduciéndose. Por la especialización del trabajo, siempre creciente en el proceso productivo, y de la insistencia en la valoración de las "calificaciones", es evidente para los Americanos que sus hijos no "llegaran más lejos" que ellos. Así es que en la democracia política de los Estados Unidos, la fuerza y el poder del país, es decir, la industria y la economía, son cada vez más manifiestamente antidemocráticos. El problema es entonces: ¿la realidad debe adaptarse a la ideología, o viceversa? Hasta una fecha reciente, se demandaba la solución antigua, es decir, el retorno a la "verdadera América" igualitaria de la empresa sin obstáculos y del individuo emancipado de todo control del Gobierno central. Sin embargo, hay también quienes preferirían limitar la democracia para poder adaptar la teoría política a la realidad comercial. Si se retira la máscara de la "democracia" americana, se vería claramente hasta qué punto la "democracia" en América (y en otras partes) es solamente el instrumento de una oligarquía que utiliza un método "de acción indirecta", garantizándose la posibilidad de abusar y engañar a una gran mayoría de aquellos en otra circunstancia aceptarían un sistema jerárquico porque simplemente es el único que funciona. Este dilema de la "democracia" en los Estados Unidos podría un día dar lugar a interesante evolución.

La obsesión antiamericana

Jean Francois-Revel

Desde el hundimiento de la Unión Soviética, que acarreó la liberación de sus satélites de Europa central, el fin de la guerra fría y del mundo bipolar, se dice de buena gana que «el grito universal de antiamericanismo», *the universal shout of antiamericanism,* como dice Alexander Pope, se debe a que, a consecuencia de esas conmociones, los Estados Unidos han pasado a ser la única superpotencia mundial o incluso «hiperpotencia», según el término puesto de moda por un ministro francés de Asuntos Exteriores, Hubert Védrine. Esa interpretación presupone que la preponderancia americana parecía antes más justificada, en primer lugar porque se ejercía sobre un número más limitado de naciones y, en segundo lugar, porque respondía a la necesidad de protegerlas del imperialismo soviético. Ahora bien, no es así: el antiamericanismo era casi tan virulento en la época del peligro totalitario como ha seguido siendo después de que éste desapareciera, al menos en su versión soviética.

En los países democráticos, o algunos de ellos, una fracción de la población, partidos políticos y la mayoría de los intelectuales eran partidarios del comunismo o al menos daban alguna forma de apoyo a las ideas próximas al comunismo. Así, pues, el antiamericanismo por su parte era racional, ya que se identificaba a América con el capitalismo y el capitalismo con el mal. Menos racional era —cierto es— que, para preservar su creencia, aquellos comunistas y el inmenso rebaño de los compañeros de viaje se tragaran las mentiras más flagrantes y más estúpidas sobre la sociedad o la diplomacia americanas y rehuyeran cuidadosamente toda información exacta sobre la realidad de los sistemas comunistas. A decir verdad, el antiamericanismo irracional y el rechazo de la información verdadera y verificable sobre los Estados Unidos y sobre los enemigos de la democracia eran aún más paradójicos en los sectores de la opinión occidental, en verdad mayoritarios, que temían y rechazaban el comunismo, y, sin embargo, triunfaban en ellos y siguen haciéndolo a comienzos del siglo xxi. No obstante, el antiamericanismo de derecha e incluso de extrema derecha, tan ciegamente pasional, aunque diferente por sus motivos del antiamericanismo de izquierda, es una característica sobre todo francesa.

El antiamericanismo de derecha en Europa se debe a que este continente perdió en el siglo xx el papel que le correspondía desde el siglo xv como principal centro de iniciativa —y conquistadel planeta, y dejó de ser el foco artístico y científico más importante y casi el amo de la organización político—estratégica y de la actividad económica del mundo. Ora uno ora otro país europeo era el que encabezaba esa mundialización antes de tiempo, pero todos participaron en ella poco o mucho, simultánea o sucesivamente. Ahora bien, hoy no sólo ha perdido Europa esa capacidad para actuar sola a escala mundial, sino que está, a su vez —en grados diversos, según los problemas, pero siempre en cierto grado— situada en la estela de la capacidad de acción de los Estados Unidos y obligada a recurrir a su ayuda. En Francia es donde la pérdida de la condición —real o imaginaria— de gran potencia causa la amargura más intensa. En cuanto al antiamericanismo de extrema derecha, su motor, como el de extrema izquierda, es simplemente el odio a la democracia y a la economía liberal, que es su condición.

A lo largo del decenio de 1960, yo había empezado a abrigar dudas sobre el fundamento de aquel antiamericanismo mecánico, que infamaba confusamente y en su totalidad a la vez la política exterior americana, el «imperialismo» —el de los soviéticos era simple filantropía— y la sociedad americana en su funcionamiento interno. Pero, durante la gira de varias semanas que hice por América al comienzo del invierno de 1969 y que me llevó de la costa oriental a la occidental, con una

estancia en Chicago entremedio, me sentí fulminado por la evidencia de la falsedad de todo lo que se contaba sobre ese país en Europa. Mientras que me describían una sociedad conformista, me encontré con una sociedad agitada por la efervescencia de la «impugnación» y la puesta en entredicho de todos sus hábitos sociales y de las bases de su cultura. Los franceses se imaginaban y siguen imaginándose que fueron los inventores, en mayo de 1968, de esa impugnación que inflamaba las universidades y a las minorías americanas desde hacia ya varios años. No sólo los impugnadores americanos habían tomado impulso mucho antes que los nuestros, sino que, además, los impugnados, es decir, los dirigentes y los representantes elegidos democráticamente, se comportaban de forma mucho más democrática que los nuestros. Además, la impugnación americana, aunque no exenta de tonterías, no dejó de conservar su originalidad, sin esforzarse por copiar precedentes antiguos, mientras que la europea perdió en seguida su frescor para fundirse en el tedio de los antiguos moldes ideológicos, en particular el maoísmo, antes de caer en un terrorismo sanguinario y limitado, sobre todo en Alemania e Italia. En 1969 también me llamó la atención en los Estados Unidos la amplitud del abismo que separaba nuestras informaciones televisadas, controladas por el Estado, afectadas, charlatanas y monótonas, entregadas a la versión oficial de la actualidad, y las chispeantes, agresivas, *Evening news* de NBC o CBS, cuya vivacidad desbordaba de informaciones e imágenes inesperadas, sin miramientos para con las taras sociales o políticas de América ni para con su acción en el exterior. La guerra de Vietnam constituía, naturalmente, su blanco principal. Entonces luchaban cada vez más contra ella sectores cada vez mayores de la opinión pública y los medios de comunicación tenían mucho que ver con ello. ¡Y aquélla era la sociedad que los europeos, desde lo alto de su ignara altivez, describían como una sociedad sometida a censura! Otra experiencia que me asombró —siento la tentación de decir que me sosegó— fue la de las conversaciones que mantuve con toda una serie muy diversa de americanos, personalidades políticas, periodistas, hombres de negocios, profesores universitarios, republicanos, demócratas, liberales o radicales, simples transeúntes o vecinos de asiento en avión, numerosos estudiantes, pintores, cantantes, actores, funcionarios y obreros *(blue collars)* Mientras que en Francia conocía de antemano más o menos las afirmaciones que cada cual iba a hacer en función de su categoría o familia socio-político-intelectual, lo que oía en América me resultaba mucho más variado y, la mayoría de las veces, imprevisto. Dicho claramente, significaba que muchos más americanos que europeos tenían lo que se llama trivialmente una opinión personal —inteligente o idiota, eso es otra cuestión—, en lugar de limitarse a repetir la opinión prevaleciente en el círculo en el que se movían. En una palabra, la América que yo descubría contrastaba totalmente con la representación habitual que de ella se proponía y se aceptaba en Europa. De ese choque entre la impresión que yo llevaba conmigo desde Francia y la realidad que se desplegaba ante mis ojos brotó *Ni Marx ni Jesús.*

Aun sin salir de Francia, no hacía falta, por lo demás, entregarse a un trabajo sobrehumano de investigación para demostrar la falsedad de ciertos argumentos particularmente groseros de la vulgata antiamericana. Así, por odiosos que fueran el maccarthysmo y McCarthy, ¿por qué no hacer constar que los propios americanos, encabezados por los republicanos, habían desmontado en cuatro años a aquel molesto senador? Además, está demostrado que el espionaje soviético permitió a Moscú ganar varios años en la construcción de su bomba atómica. En la actualidad ha quedado más que de sobra confirmado, y ya se había demostrado en 1970, que el matrimonio Rosenberg era efectivamente espía del Komintern y que su papel fue de lo más nefasto o que Alger Hiss, uno de los colaboradores más próximos del Presidente Franklin Roosevelt, en particular en la conferencia de Yalta, trabajaba también para los servicios del Este e informaba a Stalin. Aquellos agentes y muchos otros durante mucho tiempo disfrazados de mártires de la histeria anticomunista ya han encontrado el

lugar que les corresponde en la Historia, al menos para quienes respetan la verdad histórica.

O incluso, por asombrosa que pueda parecer esa barbaridad medio siglo después, la propaganda soviética, gracias a sus numerosos repetidores en el mundo «libre» (pero ingenuo), había logrado durante años hacer creer a millones de personas, no todas ellas de mala fe, que había sido Corea del Sur la que había atacado a Corea del Norte en 1950 y no al revés. El propio Picasso se había alistado en aquella cohorte de fraudes ideológicos al pintar sus *Matanzas en Corea,* en las que se ve una escuadra de soldados americanos abriendo fuego sobre un grupo de mujeres y niños desnudos. Con ello mostraba que se puede ser pictóricamente genial y moralmente servil. Naturalmente, dichas matanzas sólo podían haber sido perpetradas por los americanos, ya que a José Stalin y Kim Il-Sung les repugnaba desde siempre —resultaba notorio— cualquier acto que pudiera atentar contra la vida humana. Mencionaré sólo a título informativo la inmensa broma de la «guerra bacteriológica» americana en Corea, inventada *in situ* por un agente soviético, el periodista australiano Wilfred Buchett. Pierre Daix, entonces redactor jefe del periódico comunista *Ce soir,* contó más adelante, en 1976, en *J'ai cru au matin,* cómo se montó aquel fraude periodístico. Lo asombroso no es que los comunistas lo montaran, sino que en aquella época obtuviese cierto crédito, fuera de los círculos comunistas, en países en los que la prensa era libre y las comprobaciones fáciles. El misterio del antiamericanismo no es la desinformación —la información sobre los Estados Unidos es muy fácil de conseguir—, sino la voluntad de ser desinformado.

Exposición de motivos

Al desplegar ese antiamericanismo, inspirado o, mejor dicho, decuplicado en 1969 por la guerra de Vietnam, los europeos y sobre todo los franceses, de forma más notablemente injustificada, olvidaban o fingían olvidar que la guerra americana de Vietnam era el retoño directo de la expansión colonial europea en general y de la guerra francesa de Indochina en particular. Precisamente porque la Francia ciega había rechazado cualquier descolonización después de 1945, porque se había extraviado inconsideradamente en una guerra lejana e interminable durante la cual había implorado, por lo demás, en numerosas ocasiones y a veces había obtenido la ayuda americana, porque la Francia derrotada en Dien Bien Fu había tenido que firmar en 1954 los desastrosos acuerdos de Ginebra, que la obligaron a entregar la mitad septentrional de Vietnam a un régimen comunista, que al instante se apresuró a violarlos, y, por tanto y sin lugar a dudas, a consecuencia de una larga serie de errores políticos y de fracasos militares *de Francia* fue por lo que los Estados Unidos se vieron obligados a intervenir más adelante.

Así se desarrollaba un guión que vemos con frecuencia en la base de las relaciones geoestratégicas y psicológicas entre Europa y América. En un primer momento, los europeos o determinado país europeo suplican a una América reticente que vuele en su ayuda, que entre en acción y, en general, pase a ser comanditaria y operadora de una intervención destinada a sacarlos de un peligro que ellos mismos han creado. En un segundo momento, se transforma a los Estados Unidos en únicos instigadores de todo el asunto. Ahora bien, si éste sale bien, como en el caso de la guerra fría, no se les demuestra agradecimiento alguno. En cambio, si sale mal, como en el caso de la guerra de Vietnam, se centra en ellos todo el oprobio.

En *Ni Marx ni Jesús,* ya había tenido yo ocasión de exponer numerosas muestras del carácter intrínsecamente contradictorio del antiamericanismo pasional. Voy a tener que alargar aquí esa lista, en vista de lo poco que han cambiado las mentalidades en treinta años. Esa falta de lógica consiste en reprochar a los Estados Unidos sucesiva o simultáneamente una cosa y su contraria. Se trata de una señal que demuestra que no nos encontramos ante un análisis, sino ante una obsesión. Las muestras que he mencionado, extraídas del período del decenio de 1960, pero respecto de las cuales podemos encontrar fácilmente antepasados muy anteriores y vástagos muy posteriores,

revelan un hábito profundamente anclado. No se ha modificado lo más mínimo en la actualidad, como acabo de decir, pese a las enseñanzas que se desprenden de los acontecimientos del último tercio del siglo XX y que no han quitado la razón precisamente a los Estados Unidos. Antes de abordarlo más por extenso, quisiera servir como aperitivo una de las manifestaciones más flagrantes, porque ha sobrevenido en el momento en que escribo estas líneas (comienzos de septiembre de 2001). Hasta mayo de 2001, aproximadamente, y desde hacía varios años, la queja principal formulada contra América era la del «unilateralismo», propio de una «hiperpotencia» que se entrometía en todo y se consideraba el «gendarme del mundo». Después, durante 2001, resultó que el Gobierno de George W. Bush era menos propenso que los anteriores a imponerse como socorrista universal en las crisis del planeta, en particular en la crisis palestino—israelí en vías de alarmante agravación. Conque el reproche contra los Estados Unidos se convirtió de repente en el de «aislacionismo» de un gran país que no cumple con todos sus deberes y sólo se ocupa, a costa dé un monstruoso egocentrismo, de sus intereses nacionales exclusivamente... Con una falta de lógica admirable, la misma rabia inspiraba la primera y la segunda requisitoria, aunque fueran espectacularmente antitéticas. Esa falta de lógica me recordó la de un razonamiento del general De Gaulle, quien, para explicar en 1966 la retirada de Francia del mando integrado de la OTAN, arguyó que en dos ocasiones, en 1914 y en 1940, cuando Francia se encontraba desamparada, los Estados Unidos habían tardado varios años en acudir en su ayuda. Ahora bien, ¿acaso no servía precisamente, por su concepción misma, la Organización del Tratado del Atlántico Norte para desencadenar, en función de las experiencias pasadas, automática e inmediatamente la intervención militar americana (y la de los demás signatarios) en caso de agresión contra uno de los Estados miembros? La pasión puede cegar a un gran hombre hasta el punto de hacerlo proferir barbaridades. Así, Alain Peyrefitte consigna en *C'était de Gaulle* estas palabras del general: «En 1944, a los americanos les importaba tan poco liberar a Francia como a los rusos liberar a Polonia». Cuando sabemos la forma como trataron los rusos a Polonia, primero durante la última fase de las operaciones de la segunda guerra mundial (retrasando el avance del Ejército Rojo para dejar a los alemanes el tiempo de hacer una carnicería con los habitantes de Varsovia) y después, cuando convirtieron el país en su satélite, el lector no puede por menos de sentirse estupefacto ante la audacia de semejante paralelismo, establecido por semejante inteligencia o pese a ella.

Pero un tercio de siglo después, hemos visto cosas peores. Después de la destrucción terrorista de la parte baja de Manhattan, en Nueva York, y de una parte del Pentágono, en Washington, el martes 11 de septiembre de 2001, pocos fueron los franceses que se negaron a participar en los tres minutos de silencio observados en todo el país como homenaje a la memoria de los millares de muertos. Entre los recalcitrantes figuraron los delegados y los militantes de la CGT, en la fiesta de *L'Humanité,* que se celebró durante el fin de semana de los días 15 y 16 de septiembre. Después, durante el fin de semana siguiente, les tocó el turno a los adeptos del Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen, en la fiesta tradicional de los de Azul-Blanco-Rojo. ¡Era la primera vez que la CGT desobedecía de forma tan pública al Partido Comunista! Así, pues, volvíamos a ver juntos bajo el estandarte del antiamericanismo, en el mismo bando, fueran cuales fuesen sus cantinelas ideológicas propias e incluso cuando eran en apariencia antagonistas, a todos los xenófobos, a todos los partidarios de los regímenes regresivos y represivos, sin olvidar a los antimundialistas y a nuestros seudoverdes.

En la esfera del antiamericanismo, el grado máximo de degradación intelectual — ni siquiera menciono la ignominia moral, que produce hastío, hablo sólo de la incoherencia de las ideas— se alcanzó en septiembre de 2001, después de los atentados contra las ciudades de Nueva York y Washington. Pasado el instante de la primera emoción y de las condolencias, en muchos puramente

formalistas, se empezó a representar aquellos actos terroristas como una réplica al mal que, al parecer, causaban los Estados Unidos al mundo. Esa reacción fue, en primer lugar, la de los países musulmanes, pero también de dirigentes y periodistas de ciertos países del África subsahariana, todos los cuales no son de mayoría musulmana. Se trataba de la evasiva habitual de sociedades en quiebra crónica, que han fracasado completamente en su evolución hacia la democracia y el crecimiento y que, en lugar de buscar la causa de su fracaso en su propia incompetencia y su propia corrupción, acostumbran a imputarlo a Occidente de forma general y a los Estados Unidos en particular. Pero, aparte de esos casos clásicos de ceguera voluntaria aplicada a uno mismo, también en la prensa europea, sobre todo en la francesa, naturalmente, entre los intelectuales y algunos políticos, no sólo de izquierda, sino también de derecha afloró al cabo de unos días la teoría de la culpabilidad americana.

¿Acaso no había que preguntarse por las causas profundas, las «raíces», del mal que había movido a los terroristas a llevar a cabo su acción destructiva? ¿Acaso no tenían los Estados Unidos una parte de responsabilidad en su propia desgracia? ¿Acaso no había que tener en cuenta los sufrimientos de los países pobres y el contraste de su miseria con la opulencia americana?

Esa argumentación no fue formulada únicamente en los países cuya población, exaltada por la *yihad,* aclamó, ya en los primeros días, la catástrofe de Nueva York, a su juicio castigo bien merecido. Se abrió paso también en las democracias europeas, donde, muy pronto, se dio a entender aquí y allá que el deber de llorar a los muertos no debía ocultar el derecho a analizar los motivos.

En este caso reconocemos el rudimentario razonamiento marxista, repetido por los adversarios de la mundialización, según el cual los ricos se vuelven cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres y la riqueza de unos es la causa de la pobreza de los otros. Marx creyó poder predecir que en los países industrializados que estudiaba el capital se concentraría entre las manos de un grupo cada vez más limitado de propietarios cada vez más opulentos que afrontarían a hordas cada vez más numerosas de proletarios cada vez más miserables.

Ante la prueba de la Historia, esa teoría ha resultado tan falsa respecto de las relaciones entre las clases sociales dentro de las sociedades desarrolladas como de las relaciones entre las sociedades desarrolladas y las llamadas en vías de desarrollo. Pero la falsedad nunca ha impedido prosperar a una opinión, cuando va apoyada por la ideología y protegida por la ignorancia. El error, cuando satisface una necesidad, rehúye los hechos.

Rápidamente se dio un paso suplementario hacia esa degradación intelectual que he señalado, cuando empezaron a cundir las declaraciones que instaban a los Estados Unidos a no desencadenar una guerra cuyas consecuencias sufriría todo el planeta. Así, pues, unos fanáticos suicidas, adoctrinados, entrenados y financiados por una potente y rica organización terrorista multinacional, asesinaban al menos a tres mal personas en un cuarto de hora en América, ¡y esa misma América resultaba ser la agresora! ¿Por qué? Porque se proponía defenderse y erradicar el terrorismo. Aquellos inconscientes, obnubilados por su odio y repantigados en su falta de lógica, olvidaban, además, que, al hacerlo, los Estados Unidos obraban no sólo en pro de su interés, sano también del nuestro, de nosotros, los europeos, y de muchos otros países amenazados o ya subvertidos y arruinados por el terror.

Así, pues, ahora como antes y antes como en el pasado, un labro sobre los Estados Unidos está condenado, en cierto modo, a ser un labro dedicado a la desinformación sobre los Estados Unidos, tarea temible e interminable, san cesar y en vano reanudada, ya que esa desinformación no es consecuencia de errores, siempre posibles, perdonables y rectificables, sano de una necesidad psicológica profunda de los desinformadores y de quienes los creen. El mecanismo de la «mentara desconcertante» que afecta a América y del rechazo de todo lo

que podría disiparlo recuerda a la mentara simétrica y generalizada que actuaba desde 1917 en sentado anverso, no en detrimento, sano a favor, de los países comunistas. También en aquel caso había como un espantamoscas mental que apartaba toda información exacta, al menos en aquellos, muy numerosos, que se alimentaban políticamente de la imagen falsificada e idealizada del «socialismo real».

Además de la colisión entre la rutinaria representación de los Estados Unidos en Europa y lo que era efectivamente el país que yo volvía a descubrir en 1969 —tanto más pasmosa cuanto que ese país estaba sacudido por una metamorfosis acelerada—, descubrí algo que se podía, a mi juicio, calificar de revolución.

Esta palabra puede prestarse a discusión. La mayoría de las veces se entiende por revolución, en sentado estricto y técnico, la substitución de un régimen político por otro, generalmente mediante un golpe de Estado violento secundado por insurrecciones y seguido de proscripciones, depuraciones, detenciones y, en su caso, ejecuciones. Pero eso es confundir el fondo con el guión. Muchas «revoluciones» acordes con ese esquema escolar han acabado, de hecho, en regresiones y dictaduras. En *Ni Marx ni Jesús* precisé en varias ocasiones que entendía por revolución americana menos un epifenómeno político sobre las camas visibles del poder que una serie de transformaciones habidas espontáneamente en las profundidades de la sociedad. Aquellas transformaciones radicales habían nacido, habían crecido, proseguían y proseguirían independientemente de las alternancias de mayoría que había habido o habría en el nivel federal. Se puede cambiar de régimen san cambiar de sociedad y se puede cambiar de sociedad san cambiar de régimen. El *Free Movement* americano brotó y perseveró con presidencias tanto demócratas como republicanas. Es que nunca o muy raras veces cayó, como sus réplicas europeas, en las ideologías atrasadas del siglo XIX y los yugos teóricos de las seudorrevoluciones marxistas del XX. Quien dice revolución, sostenía yo, dice, por definición, acontecimiento hasta entonces inusitado y que sobreviene por vías diferentes de los cauces históricos conocidos. Quien dice revolución habla de lo que no se puede pensar ni concebir siquiera mediante conceptos antiguos. Resultaba una evidencia para mí: la verdadera revolución no estaba en Cuba, sino en California. Dicha evidencia impresionó igualmente a Edgar Morin, en el mismo momento que a mí, y la narró en su *Diario de California* (1970), sin que nos hubiéramos puesto de acuerdo lo más mínimo. No intercambiamos algunas ideas al respecto hasta después de la publicación de nuestras obras respectivas, tras haber comprobado la convergencia de nuestras impresiones.

Así, pues, la prueba en sentido contrario que había hecho yo, aquella brutal confrontación entre lo que se repetía por doquier sobre los Estados Unidos y lo que se veía en ese país cuando se accedía a contemplarlo *in situ,* en su vida real, me inspiró una requisitoria que, al parecer, tocó una cuerda sensible en numerosas personas de todo el mundo. *Ni Marx ni Jesús* fue un éxito de librería en Francia y, en su versión inglesa, en los Estados Unidos. Un éxito que despegó por sí solo de forma prodigiosa antes de que se publicara crítica alguna y después prosiguió, pese a las críticas, con frecuencia reservadas o incluso hostiles. Se tradujo a unos veinte idiomas. Aquella conmoción evidenciaba el divorcio entre el deseo de saber de las «mayorías silenciosas» y la voluntad de ignorar de las potencias intelectuales, de los amos de la información, no sólo en los países bajo influencia comunista declarada, como Francia, Italia o Grecia, sino también en países socialdemócratas incluso, opuestos en principio al totalitarismo y dispuestos a aceptar la verdad: por ejemplo, Suecia. Mi editor sueco, un sibarita gran aficionado a los cangrejos, me invitó para el lanzamiento del libro a Estocolmo. Pero no consiguió ni una sola aparición mía en televisión, cosa que, por lo demás, no perjudicó lo más mínimo a las ventas. En Finlandia, tuve que afrontar a dos delegaciones de *apparatchiks* intelectuales comunistas psicorrigidos, una procedente de Rumania y la otra de Polonia. El escritor alemán Hans-Magnus Enzensberger fue

quien me prestó una voz compasiva para intentar mantener el debate en un nivel decente, aunque sus propios ensayos fueran críticas violentas del «imperialismo» americano. Mi editor griego llevó el masoquismo hasta el extremo de escribir él mismo (sin consultarme ni avisarme, por lo demás) un prefacio en el que pedía perdón a sus compatriotas por haber encargado la traducción y la publicación en su lengua de semejante sarta de errores e imbecilidades. Me calificó de sectario, cuando emití una tímida protesta contra esa clase de procedimiento. El *Corriere della Sera,* al tiempo que me honraba con una aprobación moderada, se refirió al escándalo indignado *(scalpore)* provocado en Francia y en Italia por mi tesis, tan ultrajantemente a contracorriente. Mi traductor italiano sembró su versión de notas en las que reprobaba mis ideas. Me divertí felicitándolo en un artículo titulado «II traduttore bollente». A juzgar por el éxito internacional de mi libro, es como para creer que a veces ciertos ataques están redactados de tal manera; que, lejos de ahuyentar al lector, tienen, al contrario, la virtud de picar su curiosidad. Se dice que, si el autor no hubiera acertado en el blanco al menos en algunos aspectos, no se habrían producido semejantes convulsiones y que el crítico se deja llevar más por el desvarío que por el razonamiento.

La izquierda lo veía perfectamente: en aquel libro se trataba menos de América y del americanismo que de la lucha del siglo entre socialismo y liberalismo. Temía que la victoria empezara a inclinarse a favor de este último. La función principal del antiamericanismo era —y lo es aún hoy— la de difamar al liberalismo en su encarnación suprema. Disfrazar a los Estados Unidos de sociedad represiva, injusta, racista, casi fascista, era una forma de clamar: ¡ya veis cuál es el resultado de la aplicación del liberalismo! Cuando precisamente yo describía en los Estados Unidos no sólo un sistema democrático clásico que funcionaba bastante mejor que en otros países, sino también una sociedad en plena mutación revolucionaria, que trastornaba sus valores tradicionales, perturbaba con brutalidad el sueño dogmático y la comodidad ideológica de la mayoría de las minorías selectas de todo el mundo, incluidos los propios Estados Unidos, pues el antiamericanismo era —y sigue siéndolo— fuerte, próspero entre sus minorías selectas universitarias, periodísticas y literarias. La consigna *Blame America First* («Lo primero culpar a América») a propósito de cualquier problema fue durante mucho tiempo y sigue siendo en gran medida la máxima de los amos de la cultura de ese país.

Cuando Richard Nixon fue reelegido Presidente, el 7 de noviembre de 1972, tras aplastar a George McGovern, su adversario demócrata «liberal» (la izquierda del Partido Demócrata, en el léxico de allende el Atlántico), fui blanco en Francia de diversas pullas. ¿Acaso no ridiculizaba mi tesis aquel triunfo de un republicano considerado de derecha? ¡Ah, bonita estaba mi revolución americana! Objetarme aquella lección era no comprender nada de lo que yo había entendido por revolución, en el caso de los Estados Unidos de aquel período. En el `núcleo de la realidad social y cultural, *el Movement* nunca cesó de avanzar hasta el final del siglo y más allá de él. Gertrude Himmelfarb, en su libro de 1999, *One Nation, Two Cultures* [Una nación, dos culturas], muestra perfectamente que la sociedad americana contemporánea constituye «una sola nación», pero «está compuesta de dos culturas». Según la autora, la contracultura revolucionaria de los decenios de 1960 y 1970 (en la que no ve sólo cualidades, como tampoco yo, y volveré a abordar ese asunto) ha llegado a ser actualmente la cultura dominante. Quienes profesan los valores morales tradicionales son los que representan, a su vez y a la inversa, la cultura minoritaria y disidente, que no ha cesado de hundirse en esa condición minoritaria, incluso durante la «revolución conservadora» de Ronald Reagan, por la sencilla razón de que la revolución reaganiana no fue una revolución de las costumbres, sino una revolución de la economía, una revolución liberal, en el sentido europeo de ese adjetivo.

Pero, al desreglamentar la economía, al substraerla lo más posible a la férula del Estado, al abrirla también más a todo el

mundo, Reagan no contrarrestaba —y créase que no se trata de una paradoja— la contracultura de los decenios de 1960 y 1970: al contrario, la realizaba. En efecto, la tesis central de *Ni Marx ni Jesús* es la siguiente: la gran revolución del siglo xxi no habrá sido, a fin de cuentas, la socialista, cuyo fracaso por doquier resultaba ya patente en 1970, sino la liberal. Una serie de capítulos del libro levanta acta de ese fracaso del socialismo, tanto en los países del «socialismo real» (¡demasiado real, por desgracia!) como en aquellos países del Tercer Mundo (¡demasiado numerosos, por desgracia!) que habían creído encontrar en recetas dirigistas y socialistas la clave del desarrollo, y, por último, su fracaso en las democracias industriales, en las que la estatalización de la economía no iba a cesar de retroceder, bajo la presión de las realidades, hasta el final del siglo.

Aquella revolución liberal americana estaba volviéndose, además, el centro motor y propagador de lo que más adelante se llamaría mundialización (en francés, pues en la mayoría de las demás lenguas el término generalmente empleado para designar ese fenómeno es el de «globalización», menos exacto a mi juicio). En efecto, me permito recordar que el subtítulo de *Ni Marx ni Jesús* es: «De la segunda revolución americana a la segunda revolución mundial». Esa mundialización liberal, que triunfaría de forma clamorosa a partir de 1990, después de la desintegración de los comunismos, es lo que Francis Fukuyama denominaría, en el momento de aquel hundimiento, «el fin de la Historia», expresión que quienes se la reprochaban no habían entendido bien, pues mucha gente considera, por desgracia, que ha leído un libro cuando ha leído su título. Fukuyama no quiere decir que la Historia se haya detenido, cosa absurda, sino que la experiencia ha refutado la concepción hegeliana y marxista de la Historia, imaginada como un proceso dialéctico que debe necesariamente acabar en un modelo final hacia el cual tendía supuestamente la Humanidad, sin saberlo e independientemente de su acción, desde el origen de los tiempos.

Así, pues, *Ni Marx ni Jesús* yo era tanto un libro sobre los Estados Unidos como tales cuanto sobre América como *laboratorio de la mundialización liberal.* En efecto, en todas las épocas, al menos en todas las épocas de progreso, existe lo que podemos llamar una sociedad—laboratorio, en la que se inventan y prueban soluciones de civilización —no necesariamente buenas todas, pero que prevalecen irresistiblemente— que posteriormente otras naciones transpondrán de grado o por fuerza en sus ámbitos. Atenas, Roma, la Italia del Renacimiento, Inglaterra y Francia en el siglo XVIII fueron sucesivamente una de esas sociedades—laboratorio, no por obra de determinado «proceso», sino por la acción de los hombres. En el siglo XX, le tocó el turno a los Estados Unidos de llegar a serlo. Así, pues, no carece de motivo, aun cuando sea a costa de una manifiesta exageración, que, para miles de millones de seres humanos, al comienzo del siglo xxi, mundialización liberal sea sinónimo de americanización. Ésa es la evolución cuyo despegue intenté describir en *Ni Marx ni Jesús.* ¿En qué medida debemos atribuirla exclusivamente a América y a su «hiperpotencia»? ¿Han asumido los Estado Unidos voluntaria o involuntariamente esa función de laboratorio? ¿Se debe a su «imperialismo», a su «unilateralismo», o al vigor de su capacidad de innovación? ¿No es el modelo americano criatura al menos tanto como creador de una necesidad mundial? A esa pregunta es a la que intento responder.

Sobre algunas contradicciones del antiamericanismo (I)

Es una paradoja: desde el fin de la guerra fría los Estados Unidos son más detestados y desaprobados, a veces incluso por sus propios aliados, que durante ella por los partidarios declarados o no del comunismo. Observemos la diligencia y la constancia con que las autoridades democráticas o religiosas se han puesto de parte de Fidel Castro, por la única razón de que es objeto del embargo americano, por lo demás falazmente bautizado «bloqueo» para las necesidades de la causa. Ahora bien, Cuba no ha cesado de comerciar con el mundo entero, salvo con los Estados Unidos, y el bajo nivel de vida de los cubanos se debe ante todo al régimen

socialista. Durante el invierno 1997-1998, el anuncio por Bill Clinton de una posible intervención militar en Iraq para obligar a Sadam Husein a respetar sus compromisos de 1991 hizo aumentar también varios grados en Europa el sentimiento hostil para con los Estados Unidos. Sólo el Gobierno británico se puso de su parte.

Sin embargo, el problema estaba claro. Desde hacía varios años, Sadam se negaba a destruir sus depósitos de armas de destrucción en gran escala e impedía a los inspectores de las Naciones Unidas controlarlas, con lo que violaba una de las principales condiciones por él aceptadas con ocasión de la paz consecutiva a su derrota de 1991. En vista de cómo las gasta ese personaje, no se podía negar la amenaza para la seguridad internacional que representaba la acumulación en sus manos de armas químicas y biológicas. Pero el principal escándalo que a una gran parte de la opinión internacional le parecía oportuno denunciar era, una vez más, el embargo infligido a Iraq. Como si el verdadero culpable de las privaciones sufridas por el pueblo iraquí no fuera el propio Sadam, que había arruinado a su país al lanzarse a una guerra contra Irán en 1981 y después contra Kuwait en 1990 y, por ultimo, al oponerse a las resoluciones de las Naciones Unidas sobre su armamento. Por lo demás, Sadam vendía al extranjero mucho más petróleo de lo que su contingente «petróleo por alimentos» le autorizaba, pero no utilizaba el dinero para alimentar a su pueblo. Prefería comprar armas. Ahora bien, el apoyo dado —por odio a los Estados Unidos— a un dictador sanguinario procedía tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda (Frente Nacional y Partido Comunista en Francia) o de los socialistas de izquierda (el semanario *The New Statesman* en Gran Bretaña o Jean-Pierre Chevènement, entonces ministro del Interior, en Francia) y de Rusia como de una parte de la Unión Europea. Así, pues, se trata de un común denominador antiamericano pasional más que de un razonamiento estratégico compartido.

Muchos países, entre ellos Francia, no negaban la amenaza representada por el armamento iraquí, pero declaraban preferir la «solución diplomática» a la intervención militar. Ahora bien, hacía siete años que Sadam Husein, que había puesto numerosas veces en la calle a los representantes de las Naciones Unidas, rechazaba la solución diplomática. En cuanto a Rusia, clamó que el uso de la fuerza contra Sadam pondría en peligro sus propios «intereses vitales». No se veía en qué. La verdad es que Rusia no perdía oportunidad de manifestar su rencor por haber dejado de ser la segunda superpotencia mundial, cosa que era o creía ser en la época de la Unión Soviética. Pero la Unión Soviética murió de sus propios vicios, cuyas consecuencias sigue soportando Rusia.

En el pasado ha habido imperios y potencias de escala internacional, antes de los Estados Unidos de este final del siglo xx. Pero nunca había habido ninguno que alcanzara una preponderancia planetaria. Eso es lo que subraya Zbigniew Brzezinski, antiguo consejero de Seguridad del Presidente Jimmy Carter, en su libro *El gran tablero mundial.* Para merecer el título de superpotencia mundial, un país debe ocupar el primer rango en cuatro esferas: económica, tecnológica, militar y cultural. Los Estados Unidos son actualmente el único país —y el primero en la Historia— que cumple esas cuatro condiciones a la vez a escala planetaria y ya no sólo continental. En economía, desde la recuperación de 1983 hasta el comienzo de la recesión en 2001, destaca, al aunar crecimiento, pleno empleo, equilibrio presupuestario (por primera vez desde hace treinta años) y ausencia de inflación. En tecnología, en particular desde el desarrollo fulgurante que imprimió a los instrumentos de comunicación de vanguardia, goza casi de un monopolio. Desde el punto de vista militar, es la única potencia capaz de intervenir en todo momento en cualquier punto del globo.

En cuanto a la superioridad cultural, es más discutible. Se trata de saber si entendemos «cultura» en sentido estricto o amplio. En el primer sentido, es decir, el de las altas manifestaciones creadoras, en las esferas de la literatura, la pintura, la música o la arquitectura la civilización americana es brillante, desde luego, pero no es la única ni siempre la mejor. En ese nivel prestigioso, no

se puede comparar su irradiación con lo que fueron las de la Grecia antigua, Roma o China. Se podría decir incluso que la cultura artística y literaria americana tiene tendencia a provincializarse, en la medida en que, dado el predominio del inglés, cada vez menos americanos, incluso cultos, leen las lenguas extranjeras. Cuando los universitarios o los críticos americanos se abren a una escuela de pensamiento extranjera, a veces es más por un conformismo de moda que por un juicio original.

En cambio, Brzezinski tiene razón en lo relativo a la cultura en sentido amplio, la cultura de masas. La prensa y los medios de comunicación americanos llegan al mundo entero. Las formas de vida americanas —vestimenta, música popular, alimentación, distracciones— seducen en todas partes a la juventud. El cine y los seriales americanos de televisión atraen en todos los continentes a millones de espectadores, hasta el punto de que algunos países, entre ellos Francia, intentan establecer un proteccionismo en nombre de la «excepción cultural». El inglés se impone *de facto* como la lengua de Internet y resulta ser, desde hace mucho, la principal lengua de comunicación científica. Buena parte de las minorías políticas, tecnológicas y científicas de las naciones más diversas son diplomadas de las universidades americanas.

Más decisiva aún ha sido seguramente, mal que pese a los socialistas pasados y presentes, la victoria mundial del modelo liberal, a consecuencia del hundimiento del comunismo. Asimismo, la democracia federalista a la americana suele ser imitada en otros países, empezando por la Unión Europea. Sirve de principio organizador de muchos sistemas de alianzas, entre ellos la OTAN, así como las Naciones Unidas. No se trata de negar aquí los defectos del sistema americano, sus hipocresías y sus desviaciones, pero el caso es que ni Asia ni África ni América Latina tienen muchas lecciones de democracia que darle. En cuanto a Europa, ella fue la que inventó las ideologías criminales del siglo. Ésa es la razón precisamente por la que los Estados Unidos tuvieron que intervenir en dos ocasiones en nuestro continente, con ocasión de las dos guerras mundiales. Y ese fracaso europeo es la causa de su situación actual de única superpotencia.

Pues la preponderancia de América se ha debido seguramente a sus cualidades propias, pero también a faltas cometidas por los demás, en particular por Europa. Aún recientemente, Francia reprochó a los Estados Unidos querer arrebatarle su influencia en África. Ahora bien, Francia tiene una enorme responsabilidad en la génesis del genocidio ruandés de 1994 y en la posterior descomposición del Zaire. Así, pues, se desacreditó sola y ese descrédito fue el que excavó el vacío que después colmó una presencia en aumento de los Estados Unidos. La propia Unión Europea apenas avanza hacia la consecución de un centro único de decisión diplomática y militar. Es un coro en el que cada uno de sus miembros se considera solista. ¿Cómo va a poder, sin unidad, hacer contrapeso a la eficacia de la política exterior americana, cuando resulta que, para esbozar la menor acción, debe lograr antes la unanimidad de sus quince miembros? ¿Y qué ocurrirá cuando sean veintisiete y más heterogéneos aún que ahora?

Por una parte, la superpotencia americana es resultado exclusivo de la voluntad y la creatividad de los americanos y, por otra, se debe a los fallos acumulados por el resto del mundo: el fracaso del comunismo, el naufragio de África, las divisiones europeas, los retrasos democráticos de América Latina y de Asia.

Como la palabra superpotencia le parecía demasiado débil y trivial, Hubert Védrine, ministro de Asuntos Exteriores francés en el gobierno de la «izquierda plural», la substituyó en 1998 por el neologismo «hiperpotencia», más fuerte y adecuado, según él, para la hegemonía actual de los Estados Unidos en el mundo. No se ve demasiado bien en qué sentido, puesto que el prefijo griego «hiper» tiene el mismo sentido exactamente que el prefijo latino «super». Según el señor Védrine, define la posición dominante o predominante de un país en todas las categorías, incluidas «las actitudes, los conceptos, la lengua, las formas de vida». El prefijo «hiper», comentó el

ministro, está considerado agresivo por los medios de comunicación americanos, pero, aun así, carece del menor carácter peyorativo. Simplemente, «no podemos aceptar un mundo políticamente unipolar y culturalmente uniforme, como tampoco el unilateralismo de una sola hiperpotencia». Argumentación contradictoria, pues, si la palabra hiperpotencia no es peyorativa, ¿por qué es inaceptable la realidad que designa? Lo sea o no, resulta innegable que existe. Y lo que falta a la reflexión europea, que dista de ser la única en este caso, es preguntarse por qué razón se ha instaurado. Sólo descubriendo e interpretando correctamente esas razones tendremos la posibilidad de propiciar los medios de contrapesar la preponderancia americana.

Los europeos, muy en particular, deberían forzarse a responder sobre sus propias responsabilidades en la génesis de esa preponderancia.

Son los europeos, que yo sepa, quienes hicieron del siglo xx el más negro de la Historia... en las esferas política y moral, se entiende. Ellos fueron los que provocaron los dos cataclismos de una amplitud sin precedentes que fueron las dos guerras mundiales; ellos fueron los que inventaron y realizaron los dos regímenes más criminales jamás infligidos a la especie humana. ¡Y esas cimas del mal y la imbecilidad las alcanzamos nosotros, los europeos, en menos de treinta años! Cuando digo que no se pueden comparar esas calamidades con ninguna otra del pasado, me refiero sólo, naturalmente, a los desastres provocados por el hombre, excluidas las catástrofes naturales y las epidemias. Si a la degradación europea, engendrada por las dos guerras mundiales y los dos totalitarismos, sumamos los quebraderos de cabeza resultantes en el Tercer Mundo de las secuelas de la colonización, en Europa es donde hay que buscar una vez más a los responsables, al menos parciales, de los callejones sin salida y las convulsiones del subdesarrollo. Fue Europa, fueron Inglaterra, Bélgica, España, Francia, Holanda, más tardíamente y en menor grado Alemania e Italia, las que conquistaron o quisieron apropiarse de los demás continentes. En vano se objetará la exterminación de los indios y la esclavitud de los negros a los Estados Unidos. Pues, al fin y al cabo, ¿quiénes eran los ocupantes de los futuros Estados Unidos sino colonizadores blancos procedentes de Europa? ¿Y a quiénes compraban sus esclavos aquellos colonos europeos sino a negreros europeos?

A la situación creada por los intentos de suicidio europeos que constituyeron las dos guerras mundiales y a la propensión de los europeos a engendrar regímenes totalitarios, también intrínsecamente suicidas, se sumó, a partir de 1990, la obligación de acondicionar el campo de ruinas dejado por el comunismo después de su hundimiento. Tampoco a ese respecto tenía apenas Europa solución que proponer. Como la mayoría de sus dirigentes políticos, culturales y de los medios de comunicación nunca habían entendido el comunismo (pensemos en las alabanzas con que, incluso en la derecha, se cubrió a Mao en los peores momentos de su fanatismo destructivo), estaban mal equipados intelectualmente para comprender el fin del comunismo y actuar en consecuencia. Ante ese problema suplementario e inédito, la «hiperpotencia» americana actual no es sino la consecuencia directa de la impotencia europea antigua y contemporánea. Colma un vacío debido a las insuficiencias no de nuestras fuerzas, sino de nuestro pensamiento y nuestra voluntad de acción. Pensemos en la perplejidad de un ciudadano de Montana o de Tennessee, al enterarse de la intervención americana en la antigua Yugoslavia. Puede preguntarse con toda razón qué interés tienen los Estados Unidos en meterse en el sangrante atolladero de los Balcanes, obra maestra multisecular del innegable ingenio europeo, pero Europa, que confeccionó con sus propias manos ese caos asesino, no es capaz de poner orden en él. Para hacer cesar o disminuir las matanzas balcánicas, deben encargarse los Estados Unidos de la operación, sucesivamente en Bosnia, en Kosovo y en Macedonia. Después los europeos se lo agradecen tachándolos de imperialistas, al tiempo que tiemblan de canguelo, y calificándolos de cobardes aislacionistas desde el momento en que hablan de retirar sus tropas.

Algunas críticas infundadas revelan más las debilidades o los fantasmas de quienes las formulan que las faltas o los crímenes de aquellos a quienes las dirigen. Cierto es que, como todas las sociedades, incluso las democráticas, la americana tiene muchos defectos y merece numerosas críticas. Pero, para expresar otra cosa que las fobias de sus detractores, seria necesario que esas críticas estuvieran justificadas y que esos defectos fuesen los verdaderos. Ahora bien, las risas burlonas y compasivas de que son objeto ritual los Estados Unidos en los medios europeos de comunicación emanan la mayoría de las veces de una falta de información tan profunda, que acaba pareciendo intencional. Por atenernos tan sólo al período de surgimiento de los Estados Unidos como única superpotencia, han aparecido decenas de libros y centenares de artículos serios sobre América, debidos a autores americanos y europeos. Contrastan con la morralla de la literatura y del periodismo puramente obsesivos. Aportan a quien quiera enterarse una información exacta, equilibrada y matizada, sobre el funcionamiento interno y externo de la sociedad americana, sobre sus éxitos y sus fracasos, sus virtudes y sus defectos, sus lucideces y sus cegueras. Como la pereza no lo explica todo, la ignorancia de esa documentación por la masa de los creadores de opinión europeos ha de ser por fuerza, la mayoría de las veces, voluntaria y sólo puede explicarse por las ideas fijas de los que se confinan en ellas. No es que no se puedan extraer de esos inventarios escrupulosos conclusiones sobre muchos aspectos muy graves. Al menos no están dictados por la incompetencia.

El rechazo intencionado de la información, que es el caso más frecuente, afecta en primer lugar a las cuestiones sociales en los Estados Unidos, la supuesta ausencia de protección y solidaridad, el famoso «umbral de pobreza» (expresión empleada a tontas y a locas por personas que no conocen, visiblemente, su sentido técnico, como si ese indicador tuviera el mismo valor cifrado en el Canadá que en Zimbabue) o la tasa de desempleo. Que éste haya caído desde 1984 por debajo del 5 por ciento, cuando el nuestro subía por las nubes del 12 por ciento, no quería decir nada bueno para América, según nuestros comentaristas, ya que los empleos en este país eran «trabajillos». ¡Ah! ¡Cómo nos ha consolado el mito de los trabajillos! Cuando se produjo la aminoración del crecimiento económico en el primer semestre de 2001, el desempleo americano aumentó de 4,4 por ciento de la población activa a... 5,5 por ciento. En seguida, el diario económico francés *La Tribune* (7 de mayo de 2001) tituló a toda página en su portada: «Toca a su fin el pleno empleo en los Estados Unidos». Ahora bien, en aquel mismo momento, el Gobierno francés se ovacionaba a sí mismo frenéticamente por haber devuelto nuestro desempleo al... 8,7 por ciento, es decir, casi el doble que el americano (sin contar las decenas de miles de desempleados efectivos a los que se mantiene en Francia fuera de las estadísticas). En septiembre de 2001, el desempleo francés había vuelto a subir ya por encima del 9 por ciento. *Le Monde* (15 de febrero de 2001) publicó un artículo titulado: «El fin del sueño económico americano». Así, un crecimiento casi ininterrumpido durante diecisiete años (1983—2000), una revolución tecnológica sin precedentes desde el siglo xix, la creación de decenas de millones de empleos nuevos, un desempleo reducido al 4 por ciento, un aumento tan enorme como imprevisto de la población (que pasó de 248 millones a 281 millones entre 1990 y 2000), ¡todo eso no era sino un sueño! ¡Qué lástima que Francia no hubiera tenido ese sueño! El autor del artículo, aferrándose también — cierto es— a la cantinela de los «trabajillos», deplora que Francia se haya americanizado a veces hasta «copiar el triste ejemplo de los *working poors»,* único, evidentemente, que ofrece la economía americana, de la que no parece desprenderse ninguna enseñanza. A Francia le ha ido mejor seguramente al permanecer fiel a su modelo de los *not working poors.*

Tendremos ocasión de volver a referirnos al desolador catálogo que los acusadores públicos confeccionan de la civilización americana. En este breve bosquejo me he limitado a señalar el carácter intrínsecamente contradictorio de sus

diatribas, pues, a fin de cuentas, si, según el panorama que presentan, esa civilización no fuera otra cosa que un montón de calamidades económicas, políticas, sociales y culturales, ¿cómo es que el resto del mundo se inquieta hasta ese punto de su riqueza, de su primacía científica y tecnológica, de la omnipresencia de sus modelos de cultura? Esa desdichada América debería dar más piedad que envidia y suscitar menos animosidad que conmiseración. ¡Qué enigma el de ese éxito del pueblo americano, procedente enteramente de su abismal nulidad y nunca, según nosotros, de sus propios méritos!

Después de las cuestiones sociales, lo que no se entiende bien ni se quiere entender es el funcionamiento de las instituciones americanas. Voy a citar un solo ejemplo de momento: las reacciones a la vez gozosas y despreciativas que acogieron en el mundo entero, y muy en particular en Europa, la larga incertidumbre sobre los resultados de la elección presidencial americana de noviembre de 2000.

Hace muchos años, estaba yo contemplando una función cómica en el teatro de variedades El Salón México (inmortalizado por la composición para orquesta de Aaron Copland que lleva ese título): era una discusión entre un peón (hombre del pueblo) mexicano y un turista americano. El turista elogiaba las proezas de su país con este ejemplo: «En mi país, los Estados Unidos, conocemos el nombre del nuevo presidente tres minutos después del escrutinio». A lo que el peón replicaba: «Mire, amigo, en mi país lo sabemos seis meses antes». En efecto, en aquella época, y durante mucho tiempo más, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) acaparaba en México todos los poderes y amañaba todas las elecciones. Cada presidente designaba en la práctica a su sucesor.

¡Cómo han cambiado los tiempos! En el año 2000, el candidato de un partido de la oposición mexicana conquistó por primera vez la presidencia gracias a unas elecciones limpias cuyo resultado no se conocía de antemano. Y, en cambio, en los Estados Unidos hicieron falta semanas para saber a quién correspondería. Así, pues, la democracia ha progresado indiscutiblemente en México. ¿Quiere eso decir que ha retrocedido en los Estados Unidos? Ésa es la interpretación que muchos comentaristas extranjeros creyeron poder dar de la larga incertidumbre que siguió a las elecciones del 7 de noviembre de 2000.

Ahora bien, se trata de un grosero contrasentido. Recordemos en primer lugar una verdad elemental: que un escrutinio muy igualado, que obliga incluso a volver a contar las papeletas, es más una muestra de democracia que de su contrario. En las dictaduras, aunque estén disfrazadas de presidencias, es en las que el vencedor gana por márgenes colosales. Además, el sistema de los grandes electores, que se ha considerado antidemocrático, en modo alguno lo es. Es un mecanismo para convertir el escrutinio proporcional en mayoritario, por eliminación de los pequeños candidatos, y «premia» al candidato que haya obtenido más votos, Estado por Estado.

Sobre algunas contradicciones del antiamericanismo (II)

Existen varios métodos para obligar a los electores a inclinarse por el voto útil. Francia tiene el método de las dos vueltas: sólo pueden participar en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales los dos candidatos que hayan llegado en cabeza a la primera. El método inglés de escrutinio mayoritario con una sola vuelta para las elecciones a la Cámara de los Comunes es aún más brutal cuando los postulantes a un mismo escaño son numerosos. Un candidato puede ganar el escaño con un cuarto o un tercio de los votos, siempre que llegue el primero.

En comparación, el sistema americano de los grandes electores parece notablemente más justo. En efecto, su número es proporcional a la población de cada uno de los Estados. El candidato que supera el 50 por ciento de los sufragios populares en un Estado recibe la totalidad de sus grandes electores, del mismo modo que en Francia un candidato recibe la totalidad del poder presidencial en la segunda vuelta, aun cuando el 49,9 por ciento de los electores

hayan votado contra él. Nadie discute su legitimidad. Entonces, ¿por qué hablar de «elitismo» a propósito del sistema americano de los grandes electores? Éstos, según la tradición, ya que no la Constitución, tienen un mandato imperativo en 30 de los 50 Estados. En otros 19 Estados, así como en el *District of Columbia,* pueden en teoría no ratificar el escrutinio popular y elegir el candidato minoritario. Pero nunca ha ocurrido desde el comienzo del siglo xix.

Así, pues, se puede ver la mala fe de ciertos dirigentes o intelectuales de países poco o nada democráticos, cuando tachan a los Estados Unidos de «República bananera». Esa apreciación, en boca de un Muamar el Gadafi o un Robert Mugabe, enterradores patentados de la democracia en sus países, resulta cómica. Por parte de Rusia, donde la restauración del sufragio universal fue —cierto es— alentadora, pero no estuvo exenta de algunas sombras, resulta hipócrita. ¿Y cómo no sonreír cuando leemos la afirmación del novelista Salman Rushdie de que «la India queda mejor que los Estados Unidos gracias a su sistema de elección por sufragio universal directo»? Rushdie parece ser el único que ignora que la India bate todas las marcas de fraude electoral. Fingimos no verlo, pues nos conformamos con que siga siendo, mal que bien, una democracia.

Así, pues, lo que nuestra prensa europea llamó todo el tiempo con condescendencia el «serial» americano fue un proceso perfectamente acorde con la Constitución. En ésta se previó el caso de un empate: se rompe mediante la elección del futuro presidente por la Cámara de Representantes, en caso necesario.

También se ha comentado con cierto desdén, en Europa y en otros sitios, el recurso a los tribunales, requeridos para que se pronunciaran sobre el derecho de los candidatos a pedir o no un nuevo recuento de las papeletas de voto en Florida. Por tratarse del cargo mundial que más ocupa el primer plano, aquel lío pareció de un nivel deplorable.

Objetemos en primer lugar que el arbitraje de los jueces es, en cualquier caso, preferible al de la calle. Ahora bien, durante todo el período crítico, pese a la intensidad de la polémica, no hubo en los Estados Unidos la menor violencia ni la sombra de una pelea, pese a una confusión que habría incitado a muchos otros países al golpe de Estado, a la guerra civil o incluso a la comisión de matanzas.

Además, los comentarios irónicos sobre los jueces americanos revelan una incomprensión del lugar que ocupa el poder judicial en los Estados Unidos y de su acción sobre el poder político. Ya en 1835, Tocqueville escribía *(La democracia en América,* Primera parte, capítulo VI): «Lo que más cuesta entender de los Estados Unidos a un extranjero es la organización judicial. No hay, por decirlo así, acontecimiento político sobre el que se descarte la posibilidad de recurrir a la autoridad del poder judicial».

De que determinadas cuestiones políticas se transformen, así, en asuntos judiciales el extranjero deduce aún con frecuencia que los jueces usurpan el poder político. Tocqueville muestra claramente por qué es falsa esa afirmación. En efecto, la justicia, en los Estados Unidos, sigue ateniéndose a los límites clásicos de su funcionamiento apropiado. Por tres razones: sirve siempre y únicamente de árbitro; sólo se pronuncia sobre casos particulares y no sobre principios generales; sólo puede actuar cuando se recurre a ella, nunca cuando no es así.

Así, pues, es erróneo hablar de un «gobierno de los jueces». Los jueces no pueden substituir ni al poder ejecutivo ni al poder legislativo. Lo que es cierto es que el derecho prevalece sobre el Estado en las instituciones y en las mentalidades americanas. Sólo mediante la interpretación del derecho tiene el poder judicial una influencia política y sólo si alguien se la solicita.

Por último, se ha criticado, no sin fundamento, la complejidad de las papeletas de voto, que a algunos electores les cuesta descifrar, y las (supuestas) incertidumbres de su lectura por las máquinas electrónicas. Y, en efecto, en los Estados Unidos se vota, en el mismo día, a representantes, senadores, gobernadores de Estados, sheriffs o... jueces. Cierto es que se puede procurar que esos

procedimientos sean más sencillos y más seguros. Pero en ese caso se trata de conjurar un inconveniente técnico, no una amenaza a la democracia.

De hecho, la democracia en la Unión Europea funciona mucho peor que en la Unión de Estados Americanos. El peso respectivo de cada uno de los países europeos en el Parlamento y en la Comisión tiene tan sólo una lejana relación con su peso demográfico real. En la Europa de los Quince, los diez países menos poblados tienen en total una población equivalente a la de Alemania, pero en el Consejo de Ministros tienen treinta y nueve votos y Alemania sólo diez. En el Parlamento, Alemania tiene un eurodiputado por cada millón doscientos mil habitantes y Luxemburgo uno por cada sesenta y siete mil habitantes. La Cumbre de Niza, celebrada en diciembre de 2000, se limitó a tratar superficialmente la corrección de esos desequilibrios. Así, pues, a los europeos les pareció menos equitativa que a los americanos la transacción consistente en dar a los Estados más pequeños una representación y poderes mínimos sin por ello dejar de respetar cierta proporcionalidad en la representación entre el peso demográfico y los poderes políticos de los Estados más grandes.

Además de satisfacer la pasión antiamericana, la función en última instancia de las descripciones falsificadas de las relaciones sociales y del nivel de vida de los Estados Unidos es la de denigrar la economía liberal. Asimismo, el desconocimiento o la caricatura de las instituciones americanas difunden la idea de que los Estados Unidos no son una verdadera democracia y, mediante una extrapolación, que las democracias liberales sólo son democráticas en apariencia. Pero en la esfera de las relaciones internacionales es, evidentemente, en la que la «hiperpotencia» se ve vituperada con toda la execración que merecen los monstruos. Vuelvo a precisarlo: la política exterior americana merece sin lugar a dudas, en muchos sentidos, que se la critique. La prensa americana, en primerísimo lugar, no se abstiene de hacerlo. Esas críticas, aun cuando no sean enteramente convincentes, son legítimas y útiles, a condición de que se basen en una mínima argumentación racional. Pero, cuando Vladimir Putin afirma con una seguridad admirable que los «crímenes» de la OTAN, es decir, según él, de América, en Kosovo, en 1999, y la comparecencia de Slobodan Milosevic ante el Tribunal Penal Internacional en 2001 fueron los que «desestabilizaron» a Yugoslavia —que se «desestabilizó» solita a partir de 1991—, no se trata de una crítica racional, sino de una mentira deliberada o de una alucinación intrínsecamente contradictoria. ¿Acaso no consiste en tomar el efecto por la causa? Su único fin es psicológico: halagar no sé qué amor propio eslavo. Su utilidad política, para el propio interesado y para los servios, es nula. Si recurriendo a fábulas de esa índole es como Putin espera restaurar el estatuto de «gran potencia» de Rusia, corre el riesgo de comprobar muy deprisa que a partir de análisis erróneos no se puede actuar eficazmente. Si Rusia no es, al comienzo del siglo xxi, una superpotencia, es porque en 1917 se lanzó a la absurda experiencia del comunismo, que la convirtió en una sociedad mucho más atrasada de lo que había sido antes de ella. Partiendo del reconocimiento de esas realidades es como Rusia podrá superar ese atraso y no acusando sin ton ni son a los Estados Unidos.

La Unión Europea y por extensión toda la «comunidad internacional» (como se dice mediante antífrasis) se lanzaron también con impetuosidad a esa mezcla de autodesinformación consoladora e inconsecuencia narcisista en su forma de acoger las primeras iniciativas del Presidente George W. Bush en política exterior, durante las semanas que siguieron al comienzo efectivo de su mandato. Contentémonos de momento con un solo ejemplo: las reacciones internacionales a la negativa de Bush a confirmar los compromisos, puramente platónicos, por lo demás, de su predecesor en materia de medio ambiente.

Sabido es que en 1997, bajo la égida de las Naciones Unidas, los delegados de ciento sesenta y ocho países reunidos en Kyoto firmaron un protocolo de reducción de las emisiones de gases con efecto de invernadero. Ahora bien, después de su entrada en funciones, en enero de 2001, Bush

retiró la adhesión americana a dicho protocolo de Kyoto. En seguida, brotaron la indignación e incluso los insultos, procedentes principalmente de Europa. Según los clamores, Bush sacrificaba cínicamente el futuro del planeta al beneficio capitalista y, en particular, a las compañías petroleras, cuyo lacayo notorio es, según nos aseguraban. Los autores de tan fino análisis pasaban por alto, desgraciadamente, algunos hechos sobre los que, sin embargo, podrían haberse informado. En primer lugar, ya en 1997, siendo presidente Clinton, el Senado de los Estados Unidos había rechazado el protocolo de Kyoto por 95 votos contra cero: acertadamente o no, eso es otro problema. El caso es que Bush nada tenía que ver con ello. Además, Bill Clinton, justo antes de transmitir sus poderes a su sucesor, había firmado un *executive order* (decreto—ley) por el que se restablecía el apoyo americano al dichoso protocolo. La decencia democrática exige que las *executive orders* de un presidente al final de su mandato no afecten nunca a cuestiones de gran importancia que comprometan el futuro político del país. En aquel caso, la intención evidente de Clinton era la de hacer una mala pasada a Bush legándole una corona de espinas. Si la aceptaba, el nuevo presidente afrontaría la enorme dificultad de reducir el 5,2 por ciento de las emisiones de gases sin por ello amputar demasiado dolorosa y precipitadamente la producción industrial y el consumo de energía de los particulares, objetivo insostenible. Si la rechazaba, desencadenaría las vociferaciones del mundo entero contra él, cosa que no dejó de suceder. Vociferaciones tanto más hipócritas cuanto que quienes más gritaban y ponían al margen de la Humanidad a los Estados Unidos en nombre de la moral ecológica se guardaban mucho de aplicarse a sí mismos los criterios de dicha moral. En efecto, a mediados del 2001, cuatro años después de la conferencia de Kyoto, *¡ni uno* de los demás ciento sesenta y siete signatarios y, en particular, ninguno de los países europeos había ratificado el protocolo!

Dejo momentáneamente de lado la cuestión de si el protocolo de Kyoto era realista o incluso si el calentamiento de la atmósfera está científicamente comprobado. Limitémonos a hacer constar que la Unión Europea, junto con ciertos países muy contaminantes —Brasil, China, la India—, exige a los Estados Unidos que apliquen restricciones que ellos mismos no se sienten obligados a observar. En un informe publicado el 29 de mayo de 2001, la Agencia Europea de Medio Ambiente observaba una agravación en Europa de la contaminación, sobre todo porque «el transporte está en constante aumento, en particular los modos menos respetuosos con el medio ambiente (aéreo y por carretera)». La Agencia observaba, además, un aumento de la contaminación por las calefacciones domésticas y la contaminación de las aguas con nitratos. Los que dan lecciones no son los que dan ejemplo.

De ahí a pensar que existe una psicopatología antiamericana, que consiste en transformar a los Estados Unidos en chivo expiatorio acusado de todos los pecados que comete todo el mundo hay un pequeño paso que sentimos la tentación de dar. Los ecologistas responderán que es falso, que América, pese a representar el cinco por ciento, más o menos, de la población mundial, produce el 25 por ciento de la contaminación industrial del planeta. Tal vez sea cierto. Pero entonces habría que añadir que también produce el 25 por ciento de los bienes y servicios del mismo planeta y que, aún a mediados del año 2001, los demás ciento sesenta y siete signatarios de Kyoto no habían hecho nada para empezar a reducir colectivamente y cada uno por su lado su 75 por ciento de contaminación. Así, pues, nos movíamos en plena incoherencia. Cierto es que se trataba menos de descontaminar que de excomulgar.

En efecto, sean cuales fueren los reproches que merezca o no la política americana de medio ambiente, no se puede dejar de ver que el centro del debate en modo alguno radica en eso. El objetivo de los ecologistas occidentales es el de hacer de los Estados Unidos, es decir, del capitalismo, el culpable supremo o incluso el único culpable de la contaminación del planeta y del supuesto calentamiento de la atmósfera. Pues nuestros ecologistas en modo alguno

son ecologistas: son izquierdistas. Sólo les interesa el medio ambiente en la medida en que, al fingir defenderlo, lo utilizan para atacar a la sociedad liberal. Durante los decenios de 1970 y 1980, nunca denunciaron la contaminación en los países comunistas, mil veces más atroz que en el Oeste. No era una contaminación capitalista. Guardaron silencio cuando sucedió la catástrofe de Chernóbil, como ahora respecto de las deterioradas centrales nucleares que aún constelan los antiguos territorios comunistas. Guardan silencio a propósito de centenares de submarinos ex soviéticos atestados de armas atómicas que los rusos hundieron en el mar de Barents. Exigir que se libre a la Humanidad de ese peligro mortal que va a planear sobre ella durante milenios carecería, desde su punto de vista socialista, de utilidad. Pues esa fastidiosa empresa en nada fortalecería su cruzada contra el azote, a su juicio mucho más temible, que es la mundialización liberal. En tiempos hubo un ecologismo sincero, ¡aparecido durante el decenio de 1960, en los Estados Unidos, precisamente! Pero desde entonces ha sido manipulado y desviado por un ecologismo mendaz, que ha pasado a ser la máscara de antiguallas marxistas coloreadas de verde. Ese ecologismo ideológico ve amenazada la naturaleza sólo en las naciones en que reina más o menos la libertad económica y ante todo en la más próspera de ellas, naturalmente.

Si los partidos verdes aspiraran sinceramente a obtener resultados prácticos, empezarían a esforzarse por lograr la adopción cada cual en su país del draconiano 5,20 por ciento de reducción del consumo de energía acordado en Kyoto. Que se dediquen ellos —y sobre todo los que participan en gobiernos— a la tarea de lograr que se acepte una limitación de velocidad disminuida a la mitad en las autopistas y una calefacción doméstica reducida en un tercio en los pisos, por no hablar de los inevitables aumentos de facturación de la electricidad por encima de determinado límite máximo de consumo. Pero recomendar sin ambigüedad un programa tan drástico y, más aún, aplicarlo a corto plazo expondría a los Verdes y a sus aliados a humillantes reveses electorales. Por eso, condenar a los Estados Unidos a las llamas del infierno es, en su caso, el substituto de la acción.

Así, Francia, que tuvo ministros verdes desde 1997 hasta 2002, durante los cincos años del gobierno de Jospin, no adoptó, durante ese largo período, ninguna de las medidas de protección del medio ambiente que habría requerido valor: entre otras, ni la prohibición de los nitratos, que habría permitido volver a disponer de un agua más pura, ni la ecotasa, que habría ahuyentado los votos de numerosos contribuyentes ya despiadadamente desvalijados por el Estado. Las autoridades francesas no intentan siquiera hacer respetar las limitaciones de velocidad, pese a ser poco severas, actualmente establecidas. ¿Cómo iban a proponerse reducirlas aún más? ¿Acaso fue América quien impidió al Gobierno francés empezar a esbozar el proceso de Kyoto con la previsión de una reducción del consumo de energía de 5,2 por ciento por debajo del nivel de 1990 de aquí a 2012? Cierto es que el 31 de mayo de 2002 los quince miembros de la Unión Europea acabaron ratificando, con cinco años de retraso, el protocolo de Kyoto firmado en 1997. Ya veremos si a dicha ratificación seguirá la aplicación en los plazos previstos...

Ese comportamiento contradictorio se ve facilitado en gran medida, como ya he dicho, por el rechazo de la información o incluso por la fabricación sin escrúpulos de una falsa información. Veamos una ilustración de ello. A comienzos de junio de 2001, la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos hizo público un informe, fruto de varios años de observaciones, sobre el cambio climático. En seguida los medios de comunicación presentaron ese texto como un grito de alarma que confirmaba las peores inquietudes de los ecologistas izquierdistas sobre el calentamiento de la atmósfera. El primero, la CNN, proclamó que el informe era el resultado «de una decisión unánime de la Academia, del que se desprende que el calentamiento del planeta es real, va empeorando y se debe a la acción del hombre. Ya no se puede seguir vacilando a ese respecto». Gran parte de la prensa reprodujo esa versión de la tesis de los

científicos, en las dos riberas del Atlántico, hasta el punto de que la Academia Americana de Ciencias, indignada con aquella grosera falsificación, publicó (véase el comunicado en *The Wall Street jornal* del 12 de junio) una rectificación en la que precisó exactamente lo que había dicho y lo que no. Subrayaba, en particular, en el informe que veinte años era un período de observación demasiado corto para permitir la evaluación de las tendencias a largo plazo. Lo que podía afirmar con certidumbre —proseguía— era lo siguiente: 1) que la elevación global de la temperatura media había sido de *medio grado* en el *siglo* transcurrido; 2) que el nivel de dióxido de carbono en la atmósfera había aumentado durante los *dos* últimos siglos; 3) que ese dióxido de carbono engendra sin duda un efecto de invernadero, pero menos importante que el producido por el vapor de agua y las nubes.

Sobre todo, concluía la Academia, nada permite atribuir con certeza al dióxido de carbono un cambio climático ni prever siquiera lo que será el clima en el futuro. Hace treinta años —recuerda— ¡lo que constituía la preocupación mayor de los climatólogos era el *enfriamiento* del planeta!

Se pasó por alto deliberadamente esa puntualización. Un semanario mundialmente apreciado por su seriedad, *The Economist,* publicaba con soberbia tranquilidad *después* del comunicado, en su número del 16 de junio, un artículo titulado «Burning Bush», en el que, pese al desmentido ya aparecido, se repetía la mentira según la cual «un reciente informe de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos confirma la realidad del calentamiento global».

De modo que los Estados Unidos nunca tienen razón y, al mismo tiempo, su intervención financiera o militar es universalmente deseada. Por ejemplo, los dirigentes africanos, en la reunión de la Organización de la Unidad Africana, celebrada en junio de 2001, en Lusaka (Zambia), reclamaban «un plan Marshall para África». «Plan Marshall» evoca, evidentemente, un precedente histórico de origen americano, una iniciativa que sacó a Europa de las ruinas provocadas por la segunda guerra mundial. Ahora bien, casi todos los jefes pedigüeños que «gobiernan» (¡si podemos decirlo así!) África profesan un antiamericanismo habitualmente frenético. Acusan a los Estados Unidos de ser los culpables de la pobreza del continente o de la epidemia del sida. Así, pues, el antiamericanismo funciona como un agente de irresponsabilización. Pues las ayudas internacionales recibidas por África desde las independencias equivalen a cuatro o cinco planes Marshall, cuya cuantía ha sido derrochada, dilapidada o desviada, cuando no se la han tragado guerras incesantes o la han aniquilado reformas agrarias estúpidas, copiadas del asfixiante sistema colectivista soviético o chino. Pero resulta cómodo atribuir a América la responsabilidad de los errores cometidos por uno mismo, al tiempo que se pide socorro. La propia Europa no está exenta de esa fisión intelectual. En el momento en que se beneficiaba por su cuenta del plan Marshall, los partidos de izquierda se mostraban hostiles a él, por considerarlo un medio mediante el cual América sometía a su férula a la Europa occidental. Era una maniobra neocolonialista e imperialista. Su actitud era una simple aplicación del dogma marxista, pero los partidos socialistas o de centro derecha demócrata cristiano que entonces ejercían el poder en la mayoría de los países europeos aliados de los Estados Unidos, se guardaban, a su vez, de expresar el menor sentimiento de gratitud, por considerar que América, con la generosidad que demostraba, beneficiaba a sus propios intereses. Al parecer, ¡debería haber ido contra sus intereses, además! No se atribuía en modo alguno al crédito de su inteligencia política haber comprendido que ayudar a Europa a recuperarse económicamente redundaría en su propio beneficio. Además, también conforme a la habitual estructura contradictoria del razonamiento antiamericano, acusábamos y seguimos acusando a los Estados Unidos de oponerse a una Europa fuerte. O sea, ¡que la fortalecen porque quieren debilitarla! Está claro que el pensamiento europeo respecto de los Estados Unidos es un modelo de coherencia.

El mundo entero tiene por fuerza que observar que América es, al menos de momento, la única potencia capaz a la vez de salvar a México de la quiebra económica y financiera (en 1995); de disuadir a la China comunista de atacar militarmente a Taiwán, de intentar hacer una mediación entre la India y Pakistán a propósito de Cachemira, de presionar eficazmente al Gobierno servio para que acceda a enviar a Slobodan Milosevic a La Haya a comparecer ante el Tribunal Penal Internacional o que esté en condiciones de laborar con cierta posibilidad de éxito en pro de la reunificación de las dos Coreas dentro de un mismo régimen democrático. La Unión Europea no dejó de intentar abordar este último problema enviando a Pyongyang, en mayo de 2001, una delegación dirigida por el Primer Ministro sueco, pero ésta nada consideró más oportuno que echarse a los pies de Kim Jong-Il, jefe criminal de una de las últimas prisiones totalitarias del planeta. La «solución» europea, si no hemos entendido mal, consistiría en que el régimen de Corea del Sur se adaptara al de Corea del Norte y no al revés. Si con aciertos de esa clase es como creen los europeos que pueden poner fin al «unilateralismo» de los Estados Unidos, la primacía diplomática americana puede durar aún mucho tiempo.

Pues el unilateralismo es, en efecto, consecuencia mecánica del fracaso de las otras potencias, a menudo más intelectual que material, es decir, debida más a errores de análisis (como en el caso de Corea) que a la influencia de los medios económicos, políticos o estratégicos. Nada obligaba, por ejemplo, a los europeos a dejar a los Estados Unidos acudir en socorro de los resistentes afganos que luchaban contra el invasor soviético durante el decenio de 1980. No fue por falta de medios por lo que Europa se abstuvo de ayudar a los afganos. Fue por obsequiosidad para con la Unión Soviética y como consecuencia de un análisis lamentablemente erróneo, con la falsa ilusión o la excusa de «salvaguardar la distensión», que entonces estaba muerta y bien muerta, si es que había existido alguna vez, por lo demás, salvo en el optimismo occidental.

La misma confusión mental reina a propósito de las realidades económicas. Por una parte, los extranjeros reprochan a los americanos querer «imponer a los demás su modelo económico y social». Por otra parte, en cuanto se produce una aminoración del crecimiento económico en los Estados Unidos, los otros países sufren a plazo más o menos corto sus consecuencias. Entonces todos acechan la «recuperación» americana con la esperanza de que la suya se le pegue. De modo que sentimos perplejidad: ¿cómo es que una economía tan mala, cuyas recetas no quiere, supuestamente, copiar nadie, tiene la capacidad de servir de locomotora o de freno a las economías de tantos otros países?

En esas condiciones, ante tantas inconsecuencias por parte de los demás, es comprensible que los Estados Unidos se consideren de buen grado investidos con una misión universal en cierto modo. Dicha convicción mueve con frecuencia a sus portavoces a hacer declaraciones irritantes, que rayan en la megalomanía, lo odioso o lo cómico. Esas desafortunadas declaraciones requieren tres observaciones.

La primera es la de que, por exageradas que sean, parten de una indiscutible situación de hecho, experimentalmente verificada.

La segunda es la de que se pueden descubrir miles de declaraciones igualmente grotescas en labios de franceses que celebran a lo largo de los siglos la «proyección universal» de Francia, «patria de los derechos humanos», encargada de difundir por el mundo entero la libertad, la igualdad y la fraternidad. También la Unión Soviética se considera investida de la misión de transformar el universo mediante la revolución. Los musulmanes quieren obligar incluso a los países no musulmanes a respetar su sharia.

La tercera es la de que el principio de la razón de Estado, indiferente a la moral y a los intereses de los demás, fracasó en política internacional a partir de la guerra de 1914-1918. Lo substituyó el principio de la seguridad colectiva, traído de los Estados Unidos a Europa por Woodrow Wilson en 1919 y reafirmado con fuerza por Franklin

Roosevelt y Harry Truman en 1945. La política internacional inspirada por dicho principio es de invención americana y funciona desde 1945 bajo la dirección americana. No se ve otra que pueda conducir a un mundo menos inaceptable. Para que esa política de seguridad colectiva (incluida, naturalmente, la lucha contra el terrorismo) no propiciara el surgimiento de una «hiperpotencia» americana, sería necesario que muchos otros países tuvieran la inteligencia de participar en su elaboración y su aplicación, en lugar de denigrar a sus promotores.



Una genealogía del antiamericanismo

James W. Ceaser

La ascensión de Estados Unidos a la posición de primera potencia mundial, aunque suscita mucha admiración, también provoca mucha suspicacia y hostilidad. En un libro reciente y extensamente discutido en EEUU, *Après L'Empire*, que presuntamente influyó en la posición del gobierno francés en la guerra de Irak, Emmanuel Todd escribe: "Hay una sola amenaza a la estabilidad global en el mundo hoy: la de Estados Unidos que ha pasado de protector a depredador." Semejante suspicacia de las motivaciones americanas era fácilmente perceptible en la cobertura europea de la guerra. Haber seguido la guerra en la televisión y los periódicos de Europa era presenciar un acontecimiento totalmente diferente al que presenciamos la mayoría de los americanos. Durante los pocos días antes del ataque a Bagdad, los comentaristas europeos apenas podían ocultar su júbilo - casi lo que los alemanes llaman schadenfreude - ante la perspectiva de que las fuerzas americanas se fueran a ver empantanadas en un compromiso largo y difícil. Max Gallo, en el semanario Le Point, sacaba la conclusión típica acerca de la arrogancia y la ignorancia americanas: "Los americanos, arrastrados por el hubris de su poderío militar, parecen haber olvidado que no todo puede tratarse por la fuerza de las armas... que la gente tiene una historia, una religión, un país."

El tiempo dirá, por supuesto, si Gallo tenía aunque solo fuera una pizca de razón en sus dudas sobre la política de EEUU. Pero la prisa con la que llegó a semejantes conclusiones nos hace sospechar que estaban basadas mucho más en prejuicios sobre Estados Unidos que en un análisis concreto de la situación. En realidad, eran expresión

de una de las formas de pensamiento más fuertes en el mundo de hoy: el antiamericanismo. Según el analista francés Jean François Revel, "Si usted elimina el antiamericanismo, no queda nada del pensamiento político francés, ni en la Izquierda ni en la Derecha." Revel hubiera podido decir lo mismo del pensamiento político alemán o de casi cualquier otro país de Europa Occidental, donde el antiamericanismo reina como la lingua franca de los intelectuales.

La América simbólica

El antiamericanismo descansa en la idea singular de que algo asociado con Estados Unidos, algo en el centro mismo de la vida americana, es profundamente injusto y amenazante para el resto del mundo. Ciertamente, esta idea no es nada nueva. Hacde más de medio siglo, el novelista Henry de Montherlant puso la siguiente declaración en boca de uno de sus personajes (un periodista) : "Una nación que logra bajar la inteligencia, la moral, la calidad humana en casi toda la superficie del planeta es algo nunca antes visto en la historia. Acuso a Estados Unidos de vivir en un permanente estado de crimen contra la humanidad." Desde este punto de vista, Estados Unidos es un símbolo de todo lo que es grotesco, obsceno, monstruoso, embrutecedor y desarraigado.

Es tentador, calificar al antiamericanismo de un estereotipo o un prejuicio pero, en realidad, es mucho más que eso. Un prejuicio, por lo menos un prejuicio corriente, es un atajo que generalmente tiene alguna base en la experiencia de la gente y que se usa para tratar de aprehender una realidad compleja. Aunque a menudo sumamente erróneos, los prejuicios tienen el mérito que, cuando son confrontados con hechos, generalmente pueden ser rectificados. El antiamericanismo, aunque tiene algunos de los elementos de un prejuicio, ha sido básicamente una creación del "alto" pensamiento y la filosofía europeas. Algunas de las mayores mentes europeas de los últimos dos siglos han contribuido a su creación. El concepto de Estados Unidos se elaboró de tal manera que es casi imposible refutarlo con simples hechos. Estos pensadores no estaban interesados ni en un verdadero país ni en verdadero pueblo sino en ideas generales sobre la modernidad, para la que "América" se convirtió en el símbolo. En realidad, muchos de los que han jugado un papel importante en descubrir esta América simbólica nunca han visitado Estados Unidos ni mostrado mucho interés en sus verdaderas condiciones sociales y políticas. La identificación de América con una idea o un concepto general ha llegado hasta producir palabras nuevas que se tratan como normales categorías del pensamiento, tales como "identificación" o "americanismo." (Sin embargo, nadie habla de venezolanismo ni de australianismo) Hoy, por ejemplo, la americanización es casi el sinónimo perfecto de "globalización." Quizás la única diferencia sea tener una connotación un tanto más siniestra.

Aunque el antiamericanismo sea una fabricación del pensamiento europeo sería un error suponer que ha permanecido limitado a su lugar de nacimiento. Al contrario, en el último siglo el antiamericanismo se ha difundido por gran parte del mundo, ayudando, por ejemplo, a formar la opinión en el Japón anterior a la II Guerra Mundial, donde gran parte de su elite había estudiado filosofía alemana, e influyendo en el pensamiento de los países latinoamericanos y africanos de hoy, donde la filosofía francesa tiene tanto peso. Su influencia también ha sido considerable dentro del mundo árabe. Recientes historias de los orígenes intelectuales de los actuales movimientos radicales islámicos han demostrado que sus perspectivas de Occidente y Estados Unidos no se derivan exclusivamente de fuentes indígenas sino que se han derivado en gran medida de diversas corrientes de la filosofía occidental. El pensamiento occidental es, por lo menos, parcialmente responsable por los innumerables fatwahs y jihads que se han pronunciado contra Occidente. Lo que se ha atribuido al "choque de civilizaciones" a veces no ha sido más que una faceta de una guerra intelectual intestina, realizada con la ayuda de fuerzas mercenarias reclutadas de otras culturas. Es sumamente importante que

entendamos el complejo linaje intelectual del antiamericanismo. Nuestro objetivo debe ser rectificar el daño que se ha hecho sin usarlo como una excusa para proteger a este país de toda crítica.

Degeneración y monstruosidad

Desarrollado durante un período de más de dos siglos por muy diversos pensadores, el concepto de América ha implicado por lo menos cinco capas o estratos mayores, cada uno de los cuales ha influido en el siguiente. La capa inicial, que está en el pensamiento científico de mediados del siglo dieciocho, consiste en la "tesis de la degeneración." Se puede concebir de como una especie de prehistoria del antiamericanismo puesto que ocurrió fundamentalmente antes de la fundación de los Estados Unidos y se refería no sólo a este país sino a todo el Nuevo Mundo. La tesis sostenía que, debido principalmente a condiciones atmosféricas, y en particular la excesiva humedad, todos los seres vivos de las Américas no sólo eran inferiores a los europeos sino que además estaban en condiciones de decadencia. Un resumen excelente de esta posición aparece, bastante inesperadamente, en *The Federalist Papers*. En medio de una discusión política, Publius (Alexander Hamilton) repentinamente introduce el siguiente comentario: "Hombres admirados como profundos filósofos afirmaron gravemente que todos los seres vivos, y los seres humanos junto con ellos, degeneraban en América y que hasta los perros dejaban de ladrar tras de respirar nuestra atmósfera." La extravagancia de esta afirmación no contradice el hecho de que, durante cierto tiempo fuera considera como el último grito de la ciencia. Como tal, mereció largas respuestas de dos de los más notables pensadores norteamericanos: Benjamín Franklin y Thomas Jefferson. En el caso de Jefferson, la mayor parte de su único libro, *Notes on the State of Virginia*, es una detallada respuesta al autor de esta tesis y principal biólogo de su tiempo, el Conde de Buffon. El interés de Franklin y Jefferson en refutar esta tesis iba más allá del interés científico y era, obviamente, de política práctica. Quién en Europa iba a estar dispuesto a invertir y apoyar a Estados Unidos si en definitiva se trataba de un continente moribundo?

Aunque Buffon fuera su creador, el defensor más serio y mejor conocido de la tesis de la degeneración en aquel tiempo era Cornelius de Pauw, que Hamilton citó en relación con la mencionada alegación de mudez canina. El estudio de Pauw sobre América en tres volúmenes, que era considerado como el mejor libro sobre el tema, comienza con la observación de que "es un espectáculo magnífico y terrible ver a la mitad del planeta tan desfavorecida por la naturaleza que todo lo que se encuentra en ella es degenerado o monstruoso." (La atribución de monstruosidad se pensaba como válida para especies inferiores, como lagartos, serpientes, reptiles e insectos, produciendo un retrato todavía más siniestro de Estados Unidos.) Fue Pauw el que insistió también en la inevitabilidad de una degeneración progresiva en América, un punto en cuál Buffon vacilaba. En cuanto los europeos desembarcaron de sus barcos comenzó el proceso de decadencia, físico y mental. América, por consiguiente, nunca sería capaz de producir una cultura ni sistema políticos de ningún mérito. Parafraseando una oración de Pauw, el enciclopedista Abbé Raynal dijo en frase celebre: "América todavía no ha producido un buen poeta, un matemático capaz o un hombre de genio en ningún arte ni en ninguna ciencia."

Ilusiones racionalistas

Al final, la tesis de la degeneración no podía resistir las criticas cuidadosamente empírica de Franklin y Jefferson, que demostraron que nada, en la superficie de la tierra, por lo menos, estaba degenerando de manera excepcional en América. La naturaleza, como dijo Jefferson, era la misma en ambos lados del Atlántico. Pero lo que sus respuestas no podían refutar enteramente era que la calidad de la vida y el sistema político de América era inferior. Precisamente esta alegación esta en el centro mismo de la segunda capa del pensamiento antiamericano, desarrollado por varios pensadores románticos en la primera parte del siglo XIX. Estos pensadores colocaban la degeneración - porque se usaba casi el

mismo lenguaje - sobre una base teórica nueva, alegando que no era producto de un ambiente físico sino de las ideas en que Estados Unidos se había fundado. El antiamericanismo se convirtió en lo que ha seguido siendo desde entonces, una doctrina aplicable exclusivamente a los Estados Unidos, y no a Canadá ni a México ni a ninguna otra nación del Nuevo Mundo. Muchos de los que se quejan amargamente de que Estados Unidos se ha apropiada injustificadamente del nombre de América permiten alegremente, sin embargo, que el antiamericanismo solo se refiera a los Estados Unidos.

La interpretación romántica de América le debió algo a la Revolución Francesa, que inspiró aborrecimiento entre filósofos conservadores tales como Edmund Burke y Joseph de Maistre. La Revolución Francesa fue vista como una tentativa de rehacer constituciones y sociedades sobre la base de principios abstractos y universales de la naturaleza y la ciencia. Estados Unidos, como precursor de la Revolución Francesa, estaba frecuentemente implicado en esta crítica. El principal alegato de estos filósofos era que nada creado o ideado bajo la guía de principios universales o con la ayuda de la ciencia racional - nada, para usar las palabras del Federalista, construido principalmente por "reflexión y elección" - era sólido o podía durar. Joseph de Maistre llegó hasta negar la existencia del "hombre" o "la humanidad," tal como reza en la Declaración de la Independencia: "todos los hombres son creados iguales." Según Maistre, "no hay ningún hombre en el mundo; he visto franceses, italianos y rusos... pero en cuanto al hombre, confieso que nunca me he reunido con uno en toda mi vida; si existe, es enteramente sin mi conocimiento." No sólo estaba basada la Declaración en premisas falsas sino que también lo estaba la Constitución de EE.UU. con su proposición de que los hombres podían establecer un nuevo gobierno. "Todo lo que es nuevo en la Constitución [de Estados Unidos), todo que lo que resulta de la deliberación común," advirtió Maistre, "es la cosa más frágil del mundo: uno no podría reunir más síntomas de debilidad y decadencia."

Para principios del siglo diecinueve, como la principal sociedad sobreviviente basada en la noción de naturaleza de la Ilustración, Estados Unidos se convirtió en el blanco de muchos pensadores románticos. En vez de la razón humana y la reflexión racional, los pensadores románticos pusieron su confianza en el crecimiento orgánico de comunidades diferenciadas y separadas; pusieron su confianza en la historia. Ahora, simplemente por sobrevivir - para no decir prosperar - los Estados Unidos habían refutado las acusaciones sobre la inherente fragilidad de sociedades fundadas con la ayuda de la razón. Pero los románticos pasaron a señalar que esa supervivencia se había conseguido a costa de todo lo hondo o profundo. Nada construido sobre el delgado terreno de los principios de la Ilustración podía sostener una verdadera cultura. El poeta Nikolaus Lenau, que algunas veces es llamado el "Byron alemán," nos dio la síntesis clásica del antiamericanismo de los románticos: "Con la expresión Bodenlosigkeit [desarraigo] creo que puedo indicar el carácter general de todas instituciones americanas; lo que nosotros llamamos Patria aquí es sólo una especie de seguro de la propiedad." En otras palabras, no había ninguna verdadera comunidad en América, ningún *volk* verdadero. La cultura de Estados Unidos "en ningún sentido ha surgido orgánicamente desde dentro." Sólo habia un burdo materialismo: "El americano no sabe nada; no busca nada sino dinero; no tiene ideas." Entonces vino la imagen de Lenau, evocadora del retrato que Pauw habia hecho de América: "la verdadera tierra del fin, la orilla exterior de hombre."

Hasta la elogiada libertad de Estados Unidos era vista por muchos románticos como una ilusión. La sociedad americana era la imagen misma de un embotadora conformidad. El gran poeta romántico Heinrich Heine expresó ese sentimiento:

Algunas veces pienso zarpar para América, esa pajarera de la libertad habitada por brutos que viven en igualdad."

Estados Unidos, como escribió Heine en prosa, era "una gigantesca prisión de la libertad" donde "la más vasta de las tiranías, la de las masas, ejerce su cruda autoridad."

El espectro de la impureza racial

Un tercer estrato del pensamiento en el desarrollo del antiamericanismo fue producto de la teoría racista, sistemáticamente elaborada por primera vez a mediados del siglo XIX. Comprender hoy por qué este pensamiento puede considerarse como antiamericanismo requiere, por supuesto, permitirse pensar en el contexto de otro período. El centro de la teoría racista era la idea que las diversas razas - y raza no sólo se refería a los principales grupos de color sino a diferentes subgrupos tales como arios, eslavos, latinos y judíos - estaban jerárquicamente ordenadas en cuanto a cualidades tan importantes como fuerza, inteligencia y valor. Se decía que un mezcla de las razas era imposible, en el sentido de que no podría sostener la fertilidad biológica; o, si la fertilidad fuera sostenible, que resultaría en una nivelación de las cualidades generales de la especie, y la raza más alta seria halada hacia abajo como resultado de su mezcla con las más bajas.

El individuo más responsable por elaborar una teoría completa de la raza fue Arthur de Gobineau, hoy conocido como el padre del pensamiento racista. La gran obra de Gobineau, de mil páginas, el *Ensayo Sobre la Desigualdad de las Razas Humanas*, se concentraba sobre el destino de los arios, que él consideraba la más pura y más alta de todas las razas. Su exposición era profundamente pesimista puesto que argumentaba que los arios se estaban dejando extinguir en Europa. Estados Unidos llegó a ser un foco importante de su análisis puesto que, como explicó, en aquella época muchos consideraban a Estados Unidos como la Gran Esperanza Blanca, la nación en la que los arios (anglo-sajones y nórdicos) iban a revigorizar su cepa y reafirmar su justa dominación del mundo. En esta perspectiva, aunque el principio formal de Estados Unidos era la democracia, su verdadera constitución era la de la hegemonía racial anglo-sajona. Pero Gobineau estaba convencido de que esta esperanza era ilusoria. La idea universal de la igualdad natural en América estaba, en realidad, promoviendo una democracia de la sangre, en que la misma idea de "raza," que debía ser un término de la distinción, estaba desapareciendo. Europa descargaba sus razas de "basura" en América, y estos habían comenzado a mezclarse con la de los anglo-sajones.

Con notable perspicacia, Gobineau previó el fenómeno de Tiger Woods. El resultado natural de la idea democrática, dijo, era la amalgama. América estaba creando una nueva "raza" de hombre, la última raza, la raza humana - que no era ninguna raza. Gobineau modeló su sistema en la filosofía de la historia de Hegel, substituyendo la sangre por el Espíritu como el motor del movimiento histórico. La eliminación de las razas marcaba el fin de la historia. Presentó - y aquí uno puede, en su perspectiva, ver el futuro de Estados Unidos - un lamentable espectáculo de criaturas de "la mayor mediocridad en todos los campos: mediocridad en fuerza física, mediocridad en belleza, mediocridad de capacidades intelectuales - casi podríamos decir la nada."

Las ideas racistas persistieron a través del siglo diecinueve y afectaron muchas de las ciencias sociales, especialmente la antropología, una disciplina que permanece tan traumatizada por sus orígenes que ni aún hoy puede tratar problemas raciales sin verdaderos paroxismos de culpa. El extremo del pensamiento racista a principios del siglo XX sirvió como de base al nazismo. Hoy, la sustancia de la filosofía racista es rechazada salvo por unos pocos elementos de la extrema derecha. Con todo, sus rezagos han logrado introducirse, a menudo inconscientemente, en las subsiguientes teorías sobre América. La izquierda antiamericano europea se ha dividido hoy en sus críticas raciales en relación con Estados Unidos. Algunos siguen el análisis, aunque no las evaluaciones, de Gobineau, alegando que los principios universales en la experiencia americana, cuando no han producido la represión brutal del "Otro" (el indio y el africano), han fomentado blandenguería y homogeneidad. Alternativamente, se dice a veces que el proceso de la fusión no ha procedido con la suficiente rapidez, especialmente con respecto a los afroamericanos. Estados Unidos ha sido tardío e hipócrita en su

promesa de eliminar la raza como base de juicios sociales y políticos.

El imperio de la tecnología

El cuarto estrato en la construcción del antiamericanismo se elaboró durante la era de industrialización pesada a fines del siglo XIX y principios del XX. América se asoció ahora con una clase diferente de deformación, esta vez en la dirección de lo gigantesco y lo colosal. América se vio como la fuente de las técnicas de producción en masa y de los métodos y la mentalidad que sostenían este sistema. Nietzsche fue un temprano exponente de esta perspectiva alegando que Estados Unidos buscaba la reducción de todo a lo calculable en un esfuerzo por dominar y enriquecerse: "La prisa jadeante con que ellos [los americanos] el trabajo - el vicio distintivo del nuevo mundo - comienza ya a infectar ferozmente a la vieja Europa y a esparcir su vacío espiritual sobre el continente." Mucho antes de las películas de Hollywood o la música rap, la extensión de la cultura americana fue comparada a una especie de enfermedad. Su progreso en Europa parecía ineluctable. "La fe de los americanos se está convirtiendo en la fe de los europeos," advirtió Nietzsche.

Fueron discípulos de Nietzsche, sin embargo, los que transformaron la idea de América en una categoría abstracta. Arthur Moeller Bruck, mejor conocido para haber popularizado la frase "El Tercer Reich," propuso el concepto de Amerikanertum (Americanidad) que debía ser comprendido " espiritual y no geográficamente." La americanización marca "el paso decisivo por el que pasamos de una dependencia de la tierra a una utilización de la tierra, el paso que mecaniza y electrifica el material inanimado y convierte los elementos del mundo en agencias del uso humano." Abarca una mentalidad de dominación, uso y explotación en una escala siempre creciente, o lo que vino a llamarse la mentalidad del "tecnologismo" (die Technik) : "En Estados Unidos, todo es un bloque, pragmatismo, y sistema nacional de Taylor." Otro autor, Paul Dehns, tituló un artículo, significativamente, "La Americanización del Mundo." La americanización era definida aquí en el "sentido económico" como "la modernización de los métodos de la industria, del intercambio y la agricultura, así como también de todas áreas de la vida práctica," y en un sentido más amplio y más general como la "ininterrumpida, exclusiva e implacable búsqueda de la ganancia, la riqueza y la dominación."

Ausencia de alma y consumismo desenfrenado

El quinto y final estrato en la construcción del concepto de antiamericanismo - y el que más poderosamente influye en el discurso contemporáneo sobre Estados Unidos - fue la creación del filósofo Martin Heidegger. Como sus predecesores en Alemania, Heidegger ofreció una vez una definición técnica o filosófica del concepto de americanismo, aparte, como si dijéramos, de los Estados Unidos. El americanismo es "el tranquilo desplegar y todavía incompleta esencia de la emergente monstruosidad de los tiempos modernos." Pero Heidegger en este caso estaba claramente menos interesado en definiciones que en elaborar un símbolo - algo más vívido y humano que "tecnologismo." En una palabra - y la palabra era de Heidegger - América era *katestrophenhaft*: el sitio de la catástrofe.

En sus pasajes más tempranos y quizás mejores conocidos sobre América, en 1935 Heidegger se hizo eco del punto de vista predominante de que Europa estaba en una posición "mediana":

"Europa yace hoy cogida en un gran tenaza, apretada entre Rusia en un lado y Estados Unidos en el otro. Desde un punto de vista metafísico, Rusia y Estados Unidos son lo mismo, con el mismo triste frenesí tecnológico y la misma organización irrestricta del hombre promedio".

Aunque los pensadores europeos, como fundadores de la ciencia moderna, eran en gran medida responsables de este desarrollo, Europa, bajo la presión de sus tradiciones, había logrado detenerse mucho antes de su completa ejecución. Era en Estados Unidos y Rusia donde la idea de la cantidad divorciada de la calidad se había hecho dominante y desarrollada hasta convertirse, como decía Heidegger, "en un ilimitado

etcétera de indiferencia y eterna igualdad." El resultado en ambos países era "un violento ataque que destruye todo rango y todo impulso de crear un mundo... Esto es el ataque de lo que llamamos lo demoníaco, en el sentido de la maldad destructiva."

Estados Unidos y la Unión Soviética comprendían, uno pudiera decir, el eje del mal. Pero Estados Unidos, en el panorama de Heidegger, representaba la mayor y más significativa amenaza. "El bolchevismo es sólo una variante del americanismo." En una especie de apertura a la izquierda después de la Segunda Guerra Mundial, Heidegger habló de entrar en un "diálogo" con el marxismo, que era posible a causa de su sensibilidad a la idea general de la historia. Un encuentro similar con americanismo era imposible puesto que Estados Unidos carecía de un sentido genuino de la historia. El americanismo era "la forma más peligrosa de ilimitación, porque aparece en una forma de vida de clase media mezclada con la Cristiandad, y todo esto en una atmósfera que carece completamente de cualquier sentido de historia." Cuándo los Estados Unidos la declararon la guerra a Alemania, Heidegger escribió: "Hoy sabemos que el mundo anglo-sajón del americanismo está decidido a destruir a Europa. ... La entrada de Estados Unidos en esta guerra mundial no es una entrada en la historia, sino el último acto americano de la ausencia americana de sentido histórico."

Al crear este símbolo de Estados Unidos, Heidegger logró incluir dentro del mismo muchos de los problemas o enfermedades de los tiempo modernos, desde el ascenso de la comunicación instantánea y global, y la indiferencia hacia el medio ambiente, hasta la reducción de la cultura a una mercancía para el consumo. El estaba especialmente interesado en el consumerismo, que pensaba era emblemático del espíritu de la época: "el consumo por amor al consumo es el único procedimiento que caracteriza distintivamente la historia de un mundo que ha llegado a ser un in-mundo. ... Hoy, ser es ser reemplazable." Estados Unidos era el hogar de esta manera de pensar; era la personificación misma del reinado del ersatz, alentando la absorción de lo único y lo auténtico dentro de lo uniforme y lo estándar. Heidegger citó un pasaje del poeta alemán Rainer Maria Rilke:

"Ahora está surgiendo de Estados Unidos cosas puramente indiferenciadas, simples cosas de apariencia, artículos falsos... Una casa en el sentido americano, una manzana americana o una vid americana no tienen nada en común con la casa, con la fruta, o con la uva que habían sido adoptados en las esperanzas y pensamientos de nuestros antepasados".

Siguiendo a Nietzsche, Heidegger representó a Estados Unidos como una fuerza invasiva que se estaba apoderando del alma de Europa, socavando su profundidad y su espíritu: "La rendición de la esencia alemana al americanismo ha ido ya tan lejos como para producir el desastroso efecto de que Alemania se siente verdaderamente avergonzado de que su pueblo hubiera sido considerado una vez como 'el pueblo de la poesía y el pensamiento.'" Europa estaba casi muerta, pero no completamente. Todavía podía ponerse en la posición de estar lista para recibir lo qué Heidegger llamó "el Happenng," pero sólo si era capaz de convocar suficiente fuerza interior como para rechazar el americanismo y empujarlo hacia el otro hemisferio.

Las ideas políticas de Heidegger son generalmente deploradas debido a su temprano y abierto apoyo del nazismo, y muchos suponen que su subsiguiente influencia en el pensamiento político de Europa ha sido exigua. Nada pudiera estar más lejos de la verdad. Las grandes ideas de Heidegger eran lo suficientemente proteicas como para que no pudieran ser fácilmente adoptadas por la izquierda con un poco de manipulación. Después de la guerra, el pensamiento de Heidegger, podado de su nacional socialismo pero reforzado con su antiamericanismo, fue abrazado por muchos en la izquierda, a menudo sin identificarlo. A través de los escritos de pensadores como Jean Paul Sartre, el "heideggerianismo" fue casado con el comunismo, y esta extraña pareja llegó a ser el centro de la izquierda intelectual en Europa en la próxima

generación. Los partidos comunistas, para sus propios y obvios propósitos, agarraron el arma del antiamericanismo. Lo emplearon con tanta frecuencia y eficacia que vino a ser ampliamente considerado como una creación del comunismo condenada a desaparecer si alguna vez desapareciera el comunismo. El colapso del comunismo ha servido, por el contrario, para revelar la verdadera profundidad y fuerza del antiamericanismo. Separado del comunismo, que le dio una cierta fuerza pero que también puso ciertos límites a su atractivo, el antiamericanismo ha penetrado más profundamente que nunca en la corriente principal del pensamiento europeo.

Solo queda una parte de la famosa tenaza de Heidegger, sólo una fuerza amenaza a Europa. Si Europa encontró una vez su identidad como "el medio" (o como una "tercera fuerza"), muchos dicen hoy que tiene que encontrar su identidad como "polo de oposición" a Estados Unidos (y como líder de la "segunda fuerza.") Emmanuel Todd desarrollo esta lógica en su libro, alegando que Europa debía organizar una nueva "Entente" con Rusia y Japón que sirva como una contra fuerza del imperio americano.

¿El verdadero choque de civilizaciones?

Hoy existe una gran necesidad, tanto para europeos como para americanos, de entender la historia de esta poderosa doctrina del antiamericanismo. Mientras permanezca su influencia, la discusión racional sobre las diferencias prácticas entre Estados Unidos y Europa se hará cada vez más difícil. Ningún tema, ninguna interrogante se puede abordar de acuerdo a méritos y, en vez de eso, los comentaristas tienden a razonar de las conclusiones a los hechos en vez de los hechos a las conclusiones. Los argumentos, por muy razonables que parezcan en la superficie, se plantean para promover o confirmar el prejuicio existente sobre Estados Unidos elaborado por Heidegger y otros filósofos. En el pasado, los líderes políticos europeos tenían poderosas razones poderosas para resistir este enfoque. Preocupaciones tan prácticas como las alianzas, las relaciones personales y los contactos con funcionarios americanos, las relaciones comerciales y un temor del comunismo trabajaban para relajar el antiamericanismo. Pero últimamente, los líderes europeos se han visto tentados a usar el antiamericanismo como una manera fácil de cortejar el favor de una parte del público, especialmente de la elite de intelectual y los medios de comunicación. Infortunadamente, esto ha agregado un nuevo nivel de legitimidad a la mentalidad del antiamericanismo.

No sólo el antiamericanismo imposibilita la discusión racional sino que amenaza la idea de una comunidad de intereses entre Europa y América. En realidad, amenaza la idea misma del Occidente. Según los extremistas del antiamericanismo, no hay la comunidad de intereses entre los dos lados del Atlántico porque Estados Unidos es un lugar diferente y extraño. Para "probar" este argumento sin usar términos tan obvios y cargados como "degeneración" o el "el sitio de la catástrofe," sus defensores le dan a las diferencias que existen entre Europa y América un nivel de significado totalmente fuera de proporción con su verdadera importancia. Ciertamente, los europeos gastan más en el estado benefactor que los americanos, y los europeos han eliminado la pena capital mientras muchos estados americanos todavía la emplean. Pero al escuchar la manera en que estos hechos se discuten, uno pensaría que llegan a significar civilizaciones diferentes. Esta clase de análisis llega hasta cuestionar que tengamos la democracia en común. Puesto que ahora la democracia es considerada incuestionablemente buena - no importa, por supuesto, que semejante vinculación con la democracia constituya el mejor ejemplo de americanización - Estados Unidos no puede ser una verdadera democracia. De aquí que se diga que el capitalismo americano hace una burla de la idea de la igualdad, o que las bajas tasas de participación en las elecciones descalifica a Estados Unidos como miembro de los estados democráticos.

Reparar la brecha

Casi ninguna persona razonable descartaría hoy la seriedad de muchos de los desafíos que se han alzado en contra de la "modernidad." Ni ninguna persona razonable negaría que Estados Unidos, como

una de las naciones mas modernas y poderosas, ha sido la fuente efectiva de muchas de las tendencias de la modernidad que, por consiguiente, inevitablemente toma un aspecto americano. Pero es posible reconocer todo esto sin identificar modernidad con un solo pueblo o lugar, como si los problemas de la modernidad tuvieran un origen únicamente americano o como si sólo europeos, y no americanos, hubieran estado luchando con la cuestión de cómo confrontarlos. El antiamericanismo se ha convertido en la forma en que los perezosos enfocan estas cuestiones. Permite que los que usan esas etiquetas eviten confrontar algunos de las duras preguntas que sus propios análisis demandan sean preguntadas. Para solo dar un ejemplo, Estados Unidos es regularmente criticado por ser demasiado moderno (tiene, por ejemplo, muy desarrolladas las "comidas rápidas"), menos cuando es criticado por no ser los suficientemente moderno (una gran parte de la población todavía es religiosa).

Un verdadero diálogo entre Estados Unidos y Europa solo será posible cuándo los europeos inicien el largo y arduo proceso de liberarse del antiamericanismo - un proceso que varios valientes intelectuales europeos, afortunadamente, ya han empezado. Pero también es importante que los americanos no caigan en el error de usar el antiamericanismo como una excusa para ignorar todas las críticas que se les hagan. Esta tentación se encontrara mucho más entre intelectuales conservadores que entre "liberales," que tradicionalmente han prestado mucha más atención a los argumentos de los pensadores antiamericanos. Últimamente, mucho comentario conservador ha sido demasiado rápido en descartar los desafíos al actual pensamiento estratégico americano y en atribuirlos inmediatamente, sin el suficiente análisis, a los peores elementos del antiamericanismo, desde el anti-tecnologismo hasta el antisemitismo. Sería más que irónico - sería trágico – si, al combatir el antiamericanismo, fuéramos a abrazar una ideología de anti-europeismo.